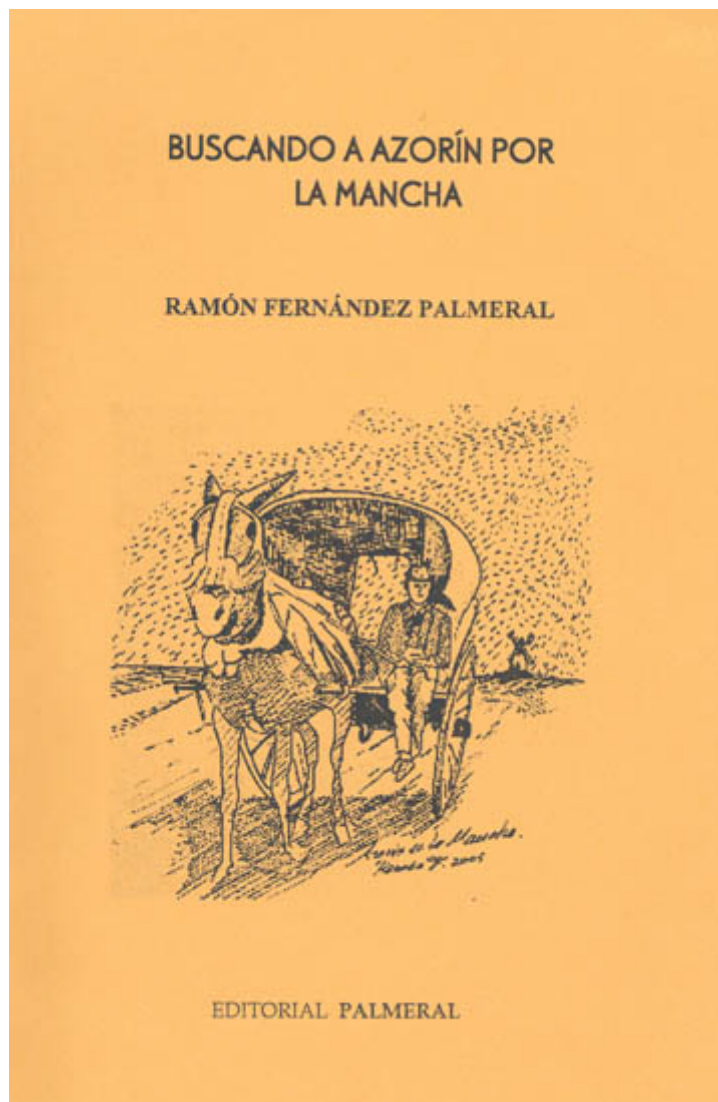




Buscando a Azorín por La Mancha

Ramón Fernández Palmeral



Notas para un prólogo



Con motivo del I Centenario de la publicación de *La ruta de don Quijote*, de José Martínez Ruiz (Azorín), uno de los libros más leídos y traducidos del maestro de Monóvar, creí que la mejor forma de celebrar esta efeméride era visitar los mismos lugares de La Mancha que él recorriera entre los días 4 a 25 de marzo de 1905. Por ello me propuse hacer el viaje acompañado de mi esposa Julia Hidalgo durante los días 10 al 12 de mayo de este 2005, que además celebramos el IV Centenario de la publicación de la I Parte del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ocasión que creí tan irrepetible y única que no dudamos en ponernos en camino. Salir de los libros para entrar en los lugares míticos y venerables de una Mancha que nada tiene que ver con los descritos por Azorín, y menos aún con los inventados por Cervantes, a través de su narrador Cide Hamete Benengeli, y de otros narradores más.

La idea de publicar el resultado de nuestro viaje en Internet se la propuse a mi amigo Luis Alonso director de *Monòver punto com*, quien sin dilaciones por su parte aceptó mi propuesta inmediatamente, lo cual supone un estímulo muy elogiabile, y que he de agradecerle. A nuestro regreso y conforme escribía las crónicas y las ilustraba con fotografías que había hecho en ese safari literario y fotográfico más los dibujos míos se los fui enviando en grupos de cuatro crónicas, excepto los últimos que fueron tres, y los publicó a lo largo de los meses de junio y julio como crónicas de viajes por entregas.

La acogida fue buena, también me pidió autorización Eusebio García del Castillo Jerez para publicarlas en sus páginas *Mi Ciudad Real*, que las ha publicado con otro diseño. Además, y como resultado de estas publicaciones, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes en su sección dedicada al IV Centenario me publicó en junio mi libro ilustrado *Encuentros en el IV Centenario*, lo que supuso un importante reconocimiento a mi trabajo cervantino. Más no puedo olvidarme de la revista *Baquiana* de Miami en los Estados Unidos, que a través de su directora Maricel Mayor, confiando mis trabajos me pidió un ensayo: «Cervantes y la filosofía española», que se publicó en mayo.

Y después de esta aventura, *Buscando a Azorín por La Mancha* publicada en Internet, quedaba la necesaria publicación en papel tangible. Creo que Internet contribuye a la divulgación global de las noticias; sin embargo, el papel es un testigo ineludible, que da fe del tiempo; libros como cuerpos en las bibliotecas constituyen idea de lo real y consistencia de lo físico, de lo duradero y de lo íntimo que no pude ser sustituido por las nuevas tecnologías.

Alicante, 30 de junio 2005

El Autor

Carta para Azorín



Señor Azorín:

Mucho ha cambiado La Mancha desde su visita en la quincena del mes de marzo de aquel lejano año jubilar de 1905. Ahora vivimos en el 2005, y se cumple el I Centenario de aquel viaje, ¿recuerda? Aquellas quince crónicas de encargo que le hizo don José Ortega Munilla, director de *El Imparcial*, para dar testimonio en fe de la presencia vigente del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* en el III Centenario. Ahora, para conmemorar este I Centenario me he propuesto recorrer los mismos lugares que usted pisara hace un siglo, y, de alguna forma crédula, tal vez ingenua, dejar testimonio de la situación actual, o como se dice ahora: «tomarle el pulso» a La Mancha, una Mancha que se ha engalanado para también celebrar el IV Centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*. Será un viaje literario en el que me he propuesto buscar las huellas y vestigios que usted nos legara, maestro de las letras; el recuerdo difícil en el rescoldo ya aventado tras las palabras escritas. Mucho pueden cambiar sus gentes, la economía y el paisaje, pero los santos lugares de *jote* permanecerán ubicados e inamovibles en los mismos sitios inmortales descritos por Cervantes.

Para empezar a buscarle nada mejor que visitar el lugar de su nacimiento: Monóvar, una villa en el Alto Vinalopó de Alicante, una localidad industrial y laboriosa casi colindante con La Mancha. Luego, desde ahí, su villa natal, visitaremos y disfrutaremos de los lugares de privilegio que aparecen descritos en su libro *La ruta de don Quijote*, pues ya quisieran muchos americanos o japoneses, por poner un ejemplo, poder verlos, tocarlos y pisarlos como yo lo voy a hacer ahora, a paso lento, con paradas atentas y poder oír los mismos bronces que oyera usted.

Seguiremos los pasos que usted nos marca en su libro de *La ruta...*, en la edición de José María Martínez Cachero, Cátedra, Madrid, 1995, aunque hemos de adaptarnos al itinerario de una salida desde Alicante y no desde Madrid. En adelante anotaré páginas de esta edición.

Desde Monóvar iremos a Ruidera, entraremos en la Cueva de Montesinos. «Y como la cueva está cerca, baja usted a la cueva. ¿No se atreverá usted? No estará muy profunda». ¿Recuerda usted, señor Azorín, fueron las recomendaciones que Ortega Munilla le hizo, en casa de éste, cuando le dio las directrices para el viaje a La Mancha y además le entregó un revólver chiquito: «En todo viaje hay una legua de mal camino»? Un viajero que pretendía visitar España en el siglo XVIII preguntó: ¿cuántos hombres armados necesito para viajar a España? Yo iré armado de lápiz, papel y cámara de fotos.

Será mi propósito bajar a la cueva aunque me rompa la prótesis de la rodilla. Desde Ruidera será lo más afortunado acercarnos a Argamasilla de Alba: según todos los eruditos, este es el *lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...* porque parece ser que Cervantes estuvo preso en la casa o cueva de Medrano, donde empezó a escribir el *Quijote*, y no quiso nombrar la localidad como venganza a esa indisposición transitoria de su infortunio carcelario, según se cuenta la leyenda popular a causa de un «piropo de más dirigido a la sobrina de un tal don Rodrigo de Pacheco». En 1972 se declaró Monumento Histórico Artístico. El hecho de prisión de Cervantes en este lugar tiene sus reservas, que comentaremos en su momento. Luego haremos nuestra visita a

Villanueva de los Infantes, capital de los Campos de Montiel, para ver la casa del Caballero del Verde Gabán. Haremos una salida a Puerto Lápice como mandan los reglamentos de los nuevos caballeros motorizados, a Villarta y Alcázar, ambas de San Juan, nos acercaremos a los molinos del Campo de Criptana o tierra de los Sanchos, para ir desde allí al Toboso y Puerto Lápice. Y por qué no, al final de nuestro viaje acercarnos a la Biblioteca Nacional de Madrid, y visitar la «Sala Miguel de Cervantes» para ver qué podemos encontrar.

Usted, señor Azorín, llega a una conclusión muy veraz, y que ha servido de provecho a muchos epígonos: la de que una obra de arte literaria no es ni su contenido ni la historia, sino una estética, la forma en que se cuenta, o sea, el estilo personal. Las características del periodismo de Investigación se reflejan al comentar la obra de Cervantes, a cuyos personajes de *El Quijote*, usted le da un tratamiento de realidad absoluta: aquí estuvo, aquí se sentó, aquí le golpearon, por aquí pasó, aquí están sus huellas... Es la transformación de una obra ficticia a la historia real. Los manchegos creemos que don Quijote existió realmente, bien como novelación, de una realidad, o realidad de una novelación. Y este estilo, certero, conciso, detallista, le da una importancia literaria a la realidad verdadera porque la realidad total no existe, sino la verdad parcial, la historia contada y desechando otras realidades, porque la selección es ya una manipulación, el punto de vista, que a los cervantistas nos llena de alegría, porque vemos a don Quijote no como a un personaje literario, sino el mito que toma cuerpo y vida por el estilo de un autor ágil e imaginativo.

También he de decirle que este libro suyo tuvo sus detractores, entre ellos el insigne cervantista Francisco Rodríguez Marín (tomo la nota de Cachero, pág. 46): «tentativas baladíes en que no hay ni pizca de cervantinismo». No estoy de acuerdo con esta aseveración de Rodríguez Marín porque usted salió de los libros en 1905 a recorrer a pie la ruta de don Quijote, viaja con su maleta de cartón, su capa y recado para escribir, nos enseña a ver, y que es posible la novela y el viaje, donde todo cabe. Anteriormente, muy pocos viajeros españoles recorrieron nuestra geografía, que siempre tuvimos que conocer España por los viajeros extranjeros, y usted nos enseña que para investigar a Miguel de Cervantes es necesario salir de nuestras bibliotecas y emprender el camino, comportar la aventura. Me da el tufo de que no han sido los libros de viajes los preferidos por los lectores españoles.

Me queda una pregunta: ¿por qué duró usted tan sólo 56 días en *El Imparcial*? Quizás porque se metió usted con el hambre del campo andaluz, o hubo otras razones políticas. Pero lo bueno de este libro es que usted marcó el principio de una nueva estética de hacer periodismo, donde se mezcla el diario íntimo con la crónica de viajes, la crítica literaria, la historia y el contacto directo con los habitantes a través del diálogo.



Casa-Museo de Azorín en Monóvar



Señor Azorín:

Cuando mi mujer preparaba las maletas, yo metí unos libros que nos iban a acompañar.

-Cariño, no metas ahí esos libros que me vas a ensuciar la ropa, aquí tienes la bolsa de las zapatillas, y ahí en un lado metes los libros y cuanto de escribanía llevas.

-Tienes toda la razón, soy un descuidado -ella siempre tiene la razón, sobre todo cuando me entra la amnesia los días previos a cualquier viaje. Los libros que llevo son cuatro: un *Quijote*, *La Ruta djote*, una Guía del Quijote titulada *Las Rutas de don Quijote* de Antonio Aradillas, que documenta la historia de toda La Mancha, más una guía de carreteras que no puede faltar, amén de cámaras fotográficas, bloc de dibujos y escribanía.

Una mañana de mayo mi mujer y yo salimos sobre las nueve horas, el cielo mostraba ese azul cobarde y cobalto, limpio, característico del levante marino, ese azul comestible que nos regalan los cielos y no merecemos. Mi mujer se santiguó como de costumbre cada vez que se sube al Nissan. Tomamos la Avenida Orihuela que ella sola se convierte en autovía de Madrid A-31, que también llaman la E-7, antigua N-330, amplias curvas en subida hacia la meseta nos elevan por un valle de tierras grises y manchones verdes del cultivo de la vid de parra, hasta Elda, donde hay una salida a la derecha, se pasa por debajo de autovía, hay una rotonda, y ya ves el cartel de *Monòver* a 8 kilómetros, que así es como se escribe Monóvar en valenciano. Esta es una zona valenciano-parlante (perteneció a la Corona de Aragón) pero no son cerrados, es decir

que si tú les hablas en castellano, ellos cambian el registro sin ningún problema, son gente amable y hospitalaria. Esta provincia alicantina tiene sus parcelas de habla valenciana y otras de habla castellana (el artículo 3 de nuestra Constitución, dice que el castellano es la lengua oficial del Estado...). Por ello, yo prefiero decir castellano en lugar de español, que es la acepción recomendada desde 1926 por la Real Academia de la Lengua, criterio ya defendido en 1931 por Ortega y Gasset y Unamuno. En 1978, algunos senadores propusieron que se dijera «castellano o español». Las lenguas vernáculas son una riqueza cultural, el catalán incluye dos variables: el valenciano y el mallorquín. Se ha discutido en las Cortes Valencianas si el nombre del idioma de la comunidad valenciana es el valenciano o el catalán, cuestión ésta que no ha quedado a gusto de todos.

Ya estamos en Monóvar: dista a 34 kilómetros de Alicante, situado en 38,430 latitud N y 0,830 longitud O, a 341 metros de altitud, tiene 12.077 habitantes según el censo de 2002. Entramos en la ilustre villa siguiendo la calle Mayor, que es principal. Nos llevaba hacia la parte alta de la ciudad; pasada la iglesia tuvimos que preguntar a una mujer con su carrito de la compra que pasaba por la acera, cerca del Ayuntamiento, donde estaba su Casa-Museo. «Siga pasada la obra y allí verá una plaza, está cerca». La gente es amable, atenta y hospitalaria. Subí por la calle Argentina y aparqué en una plaza amplia, cerca de un buzón amarillo de correos, desde donde se ve la torre de una iglesia; cerca está la calle Salamanca.

Una vez en la acera de los números pares, en el número 6, aparece la fachada ocre de la casa que fue de sus padres, la lápida o placa de mármol que dice Casa-Museo de Azorín, a mi izquierda, si miro a la puerta de frente está el símbolo de la CAM Cultura (el triángulo y el cuadrado inscrito en un círculo), institución bancaria que la adquirió y rehabilitó respetando la fachada y el interior, la buhardilla, despachos de su padre, salones y que se inauguró el 10 de mayo de 1969. La calle tiene calzada y aceras, pero es estrecha y no se puede aparcar, sólo es transitable de paso, y el silencio fluye de aquí para allá, el incorrupto e impenetrable balcón de donde cuelga una especie de auca o cartel que anuncia la exposición Cervantes y Azorín. No acuden las voces de los murmullos de los vecinos, el maullar de los gatos ni el pasar de los carros porque ya no hay carros sino carritos de la compra donde el cartero lleva su mercancía de cartas: va sin uniforme ni gorra de plato ni usa la trompetilla.

Está dirigida la Casa Museo por el erudito azoriniano don José Payá Bernabé, secretario Enrique y una azafata con traje azul pespuntado, amable y discreta. La casa se ha convertido en un centro de cultura, lugar y foro obligado para los azorinianos de corazón, que deseen investigar su vida y obra. Creo que usted no se ha de preocupar por la conservación y persistencia de su legado literario y personal, está en buenas manos. Nos informan en un folleto que la casa fue residencia de la familia Martínez-Ruiz desde 1876. Cuando José Martínez Ruiz se trasladó a ella tenía tres años de edad. La casa perteneció a Loreto Ruiz, tía de la madre doña María Luisa Ruiz, legataria del testamento de su tía. Allí vivieron sus hermanos, Amparo y Amancio, hasta 1961. Cuando entramos, hay un porche o saloncito con vitrinas de exposiciones, frente sube una escalera con pasamanos de madera, a la derecha sala de exposiciones con un busto suyo en una urna de cristal, a la izquierda la sala de reuniones, auditorio y oficinas.

La azafata nos invitó a una visita guiada de las dos plantas de casa, del despacho del padre y de la biblioteca de la buhardilla, donde por suerte además está el cuarto de aseo

porque tuve que hacer uso de él, porque las ganas de orinar me aprietan cuando menos falta hace. La biblioteca está ordenada, no se preocupe señor Azorín, todos los libros están muy bien conservados y guardados, hay vitrinas con manuscritos, libros abiertos, recortes de prensa...

Qué lejos quedaron los invencibles días de su infancia y juventud, días de desafueros y colegios de escolapios en Yecla descrito en *La Voluntad*, explicada por la introducción de E. Inman Fox, en la edición de Castalia, 1989. También me gustaría saber por qué razón emotiva en *Confesiones de un pequeño filósofo* no hay mención a sus queridos progenitores: don Isidro y a doña María Luisa; no nombra a este pueblo lleno de encanto y de historia latente, perceptible, constada y aclimatada al esfuerzo del trabajo. En cambio, sí nos traslada sus melancolías del colegio de los escolapios de Yecla, esa Yecla murciana de su adolescencia.

Tuvimos la suerte de poder saludar a don José Payá, un hombre activo, de ojos vivos tras las gafas, charlamos sobre mis intenciones de escribir un libro con ilustraciones que titularía *Buscando a Azorín por La Mancha*, le entusiasmó la idea, yo le regalé mi libro *Encuentros en el IV Centenario*, y en un cambio muy ventajoso para mí, me dio una bolsa grande de papel, la cual llenó de libros y anales azorinianos editados por la CAM, el patrocinador de esta Casa-Museo, que me llenó una antigua y desea satisfacción por ver lo que tanto había oído y leído durante años sobre su obra. Pero también he de resaltar que el Ayuntamiento de Monóvar con su alcalde Salvador Poveda, y el Concejal de Cultura Miguel Salvador, convencidos de la universalidad de su nombre y la publicidad que, constantemente, le da a su pueblo, contribuyen en todos sus medios presupuestarios a su realce y a promocionar su nombre.

Entre los anales azorinianos estaba el número 2, donde hallé un artículo que me ilustró sobre lo que yo buscaba, titulado «La ruta de don Quijote», pp. 145-146, firmado precisamente por el ya aludido José Payá Bernabé, en cuyo artículo se comentan dos ediciones sobre su libro *La ruta de don Quijote*. La primera es la edición que hizo el editorial Rembrant, Alicante, 1982, con prólogo de Santiago Riopérez Milá, autor de *Azorín íntegro*, y además biógrafo, ilustrada con aguafuertes el magnífico dibujante Agustín Redondela, una edición para bibliófilos, numerada de 236 ejemplares, 139 puestos a la venta. Otra edición que se comenta es la de Letras Hispánicas, Madrid, 1984, de José María Martínez Cachero, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Oviedo, donde aparece una bibliografía crítica muy completa.

En la Casa-Museo conocí las últimas dos ediciones homenajes sobre su libro *La ruta...*, para conmemorar el I Centenario de su publicación, una de la Universidad Castilla-La Mancha ilustrada con fotos de época de La Mancha con Introducción de Esther Almarcha, catedrática en la Universidad de Ciudad Real e Isidro Sánchez. Otra edición conmemorativa es la que ha tenido el acierto de editar la Diputación de Alicante con introducción de José Ferrándiz Lozano, periodista y especialista en la vida y obra de Azorín, con ilustraciones de Joan Castejón. Diputación que promueve cada año el Premio Azorín de novela, en colaboración con la editorial Planeta.

Finalizada la visita cultural quedaba la visita sobre la piel de la ciudad, patearla, pues el turista tiene que mover la parte ósea, bielas mojadas en líquido sinovial, lo mejor para enfriar el motor humano es tomar unos vinos, como allí lo más cercano era el Casino que tanto usted nombró en sus escritos. A buen paso, aunque tengo los huesos

hechos a la pena y al flagelo de la artrosis, alcancé la iglesia parroquial. La farmacia ha dejado de ser botica. Doña Laura, la viuda del señor del mármol Ignacio Villacastín, pasa conduciendo su propio coche. No sé si usted sabe que hace más de treinta años que las mujeres aprendieron a conducir sus propios automóviles, son cocheras. Ahora Monóvar tiene un floreciente negocio del mármol, construcción, tienen azulejos, fortuna y más Mercedes. Esther y Natalia vestidas con pantalones vaqueros cortos de pirata, pasean con carritos de la mano, van a la compra, al mercadillo de los martes, porque los martes tienen licencia los mercaderes «de bastimentos» que autorizó Sancho en su ínsula de Barataria, para vender al pormenor en sus puestos de ropa barata, zapatos y demás verduras.

Y el reloj de la torre de la iglesia, monstruo devorador de las horas y del tiempo insobornable, marca las once, ya no tocan a cada hora del día y de la noche que usted, cuenta en el capítulo XV «La misteriosa Elo» de su libro *Confesiones de un pequeño filósofo* cuando pregunta: «¿Por qué tocan las campanas a todas horas llamando a misas, a sufragios, a novenas, a rosarios, a procesiones, de tal modo que los viajeros de comercio llaman a Yecla la ciudad de las campanas?». El camarero de la cafetería Azorín, C/ Juan Carlos I, con cierto aire de mestizaje debía ser un aimara de los que últimamente han tomado asiento en esta España de acogida y sueños de fortuna. El llamado vino del país tiene la denominación de origen: Alicante. La familia Poveda es una saga de vinicultores. Famoso es Cantaluz, Viña Vermeta Reserva del 78, el Rosella rosado de *monastrel* botella estilo de Rhin, y el más famoso de todo es el dulzón de Fondillón, el cual, y según el saber popular es enviado una caja a la Casa Real por Navidad. En Xiri, o rincón del sibarita en *Monòver*, utilizan los tomates secos para aderezar los guisos, los secan a la antigua: partidos por la mitad rociados con sal los ponen sobre cañizos hasta que el sol extrae el agua.

Después de percibir a través de mi indocto paladar las turbias imágenes de las tierras medias y altas del Vinalopó, y esas esencias a fruta y canela de un vino amplio en boca y madera nueva, de la que hablan los enólogos, se hicieron las once y media de la mañana y con urgencia tomamos de nuevo la autovía A-31. Recordé que una vez fui a comer a una aldea que creo está hacia Pinoso que se llama Chinorlet en la CV-83, y allí aparecimos una vez un grupo de 4 matrimonios, era una casona más de huéspedes que restaurante, donde nos sirvieron la especialidad: arroz con conejo y caracoles en una paellera amplia y extensa paila con un dedo escaso de grosor de arroz con azafrán de hebra de la Solana. Este tipo de arroz tiene sus secretos, y perdón por mi atrevimiento gastronómico, reside en que después de ser cocido en leña pasa por el horno. Buen precio, buen servicio y sobre todo familiar y cercano, sales con esa sensación de haberte ganado a un amigo, y no hay nada para presumir de hombre mundano como conocer a los *maîtres*, restauradores o cocineras mayores del Reino de Valencia. Porque si vienes un domingo a comer sin la reserva previa, te quedas sin comer o a la luna de Valencia.

No se puede decir que se conoce un lugar hasta que te has casado en él, pero si este negocio matrimonial no es posible, al menos, párate a comer y a beber sus caldos de la zona, tomar unas fotos, y sobre todo oír lo que la gente te tenga que contar por boca, un viajero es como un testigo ocular, o diplomático que informa de sus reuniones y contactos sin preceptos que cumplir, sin censurar costumbres.



De Monóvar a las Lagunas de Ruidera



Señor Azorín:

Hemos salido de Monóvar por la carretera comarcal hasta tomar la autovía A-31 o E-7 en Elda dirección Villena. Pasado el túnel ya empiezan a verse los aparatosos molinos de energía eólica o aerogeneradores, que no son molinos de viento, en la provincia de Albacete, en el término de Caudete. Diversos colectivos almanseños se han unido para denunciar los «destrozos» que la energía eólica está ocasionado en la Sierra de Oliva y Cerro de Santa Bárbara. Aseguran que la flora y la fauna están sufriendo las consecuencias de las escombreras ilegales y la apertura de pistas. Asimismo, estos colectivos añaden que, además del medio ambiente, están sufriendo los restos arqueológicos de la zona.

Aparece Almansa embarazada por su castillo; luego Albacete, que es la ciudad más poblada de La Mancha. En la circunvalación tomamos el desvío a Manzanares por la N-430, y en la primera gasolinera de los Hnos. Segovia S.L. llené el depósito por lo que pudiera pasar. El gasolinero con gafas no hacía más que sonsacarme mi procedencia, por simple curiosidad policial. La llanura se nos abría en un campo de trigo candeal en crecimiento de unos veinte centímetros de alto, que el viento «maricote» del oeste, ligero y agradable peinaba los trigos aterciopelados, verdes, amarillentos. La carretera es una línea recta que pasa por Barrax, Munera, Socuéllamos y Ossa de Montiel. La carretera se convierte en una lenta travesía con badenes artificiales o bandadas de

barreamiento para los velocistas. Allí hay un desvío hacia las Lagunas de Ruidera pero optamos por continuar y seguir por la N-430, donde se inicia una serie de curvas a ambos lados de la dirección tomada (izquierdas y derecha), en prolongadas bajadas que nos indica el inicio de una depresión en el terreno, empieza a cuajar el verde vejiga de los carrascales en el monte bajo, y algún que otro pino y espesa el encinar.

Los álamos que en la primavera sueltan su pelusa blanca nos anuncian el pueblo de Ruidera, situado en el kilómetro 409. Es el primer pueblo de la provincia de Ciudad Real, a la derecha una gasolinera o estación de servicios Cinco Hermanos y más adelante el nuevo edificio de la Casa Consistorial que fue inaugurado el 7 de mayo de 1999 (esta fecha me trae recuerdos propios, porque yo nací un 7 de mayo de un año que no quiero acordarme) por el Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha José Bono Martínez, y siendo alcalde Nemesio Chaparro Salinas. Frente al ayuntamiento se halla la iglesia con su torre campanario, paños laterales sostenidos por contrafuertes. A Ruidera llegó usted, señor Azorín, en el capítulo IX y X de su ya referido libro *La ruta de Don Quijote*, un día del mes de marzo de 1905, escribe:

«Después de las veinte horas de carro que la ida y la vuelta a Puerto Lápice suponen, hétenos aquí ya en la aldea de Ruidera -célebre por las lagunas próximas-, aposentados en el mesón de Juan, escribiendo estas cuartillas, apenas echado pie a tierra, tras ocho horas de traqueteo furioso y de tumbos y saltos en los hondos relejes del camino, sobre los pétreos alterones. Hemos salido a las ocho de Argamasilla». Es decir, que usted llegó a las cuatro de la tarde.

De Ruidera a Argamasilla hay exactamente 31 kilómetros, nos lo indica una señal de situación en la esquina de la bifurcación que se abre a nuestra derecha, con una serie de curvas hacia la laguna Cenagosa, donde hay un viejo molino de agua abandonado, casi como si pareciera los Batanes, narrado en el capítulo XX de la I parte. Es hora de buscar y preguntar por Azorín. La plaza de Ruidera tiene una fuente en el centro y se llama Plaza de Cervantes, hay una tienda de ultramarinos, una de venta de quesos Manchegos y dos bares. En la otra parte, cruzando la carretera una pizzería y un bar de desayunos y bocadillos, la tienda de recuerdos, también está la panadería con un amplio arcén que sirve de aparcamiento. Veo a un joven con gafas y dos bastones, se tambalea.

-Buenos días, ¿puedes decirme donde está el mesón de Juan?

-¿Cómo te llamas? -es su respuesta, y claro, yo he de identificarme porque de lo contrario el joven no parece dispuesto a hablar.

-Me llamo Ramón, ¿y tú cómo te llamas?

-Me llamo Vicente.

Y a la vez sonrío con una cara muy ancha. Es alto, moreno y de pelo rizado. Le digo que mi cojera parece más grave que la suya, porque los cojos estamos deseando que nos pregunten por nuestro mal, y él responde que lo suyo fue un accidente de tráfico: le atropelló un coche en la travesía, por eso hay tan altas y escabrosas bandas de barreamiento por el puente del Rey, que es lo primero que hubiera en Ruidera, y una fábrica de pólvora. Su problema físico es un problema de equilibrio, se le rompieron los huesos del oído interno que nos mantiene en equilibrio, llamados martillo, yunque,

estribo, lenticular... Este tipo de lesiones son muy molestas, sobre todo por la noche a la hora de dormir. A mi amigo Juan Caminero le pasó algo parecido cuando le explotó un cohete cerca y le rompió el oído interno: le dieron por inútil, y lo pasa muy mal a la hora de dormir.

Siguiendo con mis investigaciones, me contó Vicente que no recuerda la existencia de un mesón que se llamara *de Juan*; la antigua posada estaba detrás de la gasolinera y se llamaba *El Bautista*, que ahora ya no existe, y en su lugar hay una pensión que se llama *La Mancha*, junto al nuevo edificio de un cine. Sin embargo, aquí, en esta calle que no tiene nombre, me parece encontrar el mesón de Juan que nombra usted en su libro (p. 120), porque podemos observar que el Bautista se llamara Juan: Juan el Bautista. Y con estos pequeños indicios hemos de conformarnos.

Actualmente Ruidera es un pueblo turístico, próspero, con hoteles, restaurantes, albergues juveniles, que ninguno lleva su nombre. Al final del pueblo y antes de llegar al puente del Rey, se encuentra el desvío señalizado con un *Stop*, y carteles a la izquierda: Las Lagunas de Ruidera y Cueva de Montesinos, es la carretera comarcal 650, de borne amarillo, a tres kilómetros bordeando el margen de la laguna del Rey y La Colgada, llegamos al Hotel/Restaurante La Colgada, que recibe el mismo nombre que la laguna. El hotel se ha remodelado y por lo tanto se ve nuevo, limpio, tiene cafetería y comedor, aunque se construyó sobre el año 1976. La recepcionista es una chica joven, usa gafas; el camarero luce un tatuaje de un ancla en el brazo derecho; un fornido y barrilete joven de bigote, fue el mismo que hace años nos atendiera, en mi primer viaje, hace años, a la Cueva de Montesinos. Hospedado en la habitación 409, primer piso sin ascensor, la ventana se abre a la paz de la laguna quieta, mansa, espejo del cielo y de los frondosos choperales, olmos y álamos.

Comida en el restaurante, los problemas que tuvimos fueron: primero mucho ruido, sí, ruido porque había más de 50 colegiales de una excursión comiendo y no paraban de hablar, jugar y de gritar, lo que reconforma es que son incipientes cervantistas: la comida muy buena, sin embargo la carta de vinos a un precio prohibitivo, no entiendo cómo en una región como Castilla-La Mancha los vinos en los restaurantes están tan caros entre 18 a 20 euros la botella, por eso pedimos el vino de la casa, un Valdepeñas desconocido que no había forma de beberlo, pero me negué a gastarme 20 euros para un menú de 12 euros, y tuve que pedir una cerveza y dejar tres cuartos de botella de aquel brebaje tintorro o tintote. Durante los tres días que estuve en La Mancha se celebró FENAVIN (Feria Nacional del Vino) en el Palacio de la Granja de Ciudad Real, donde se ha debatido sobre todos los aspectos del cultivo, producción y exportación, y el desequilibrio entre el precio que los agricultores reciben por la uva y lo que paga el consumidor, sin embargo, he llegado a la misma conclusión que algunos gastrónomos recomiendan: «En el restaurante el vino de la casa y el de reserva en tu casa».



En la Cueva de Montesinos



Señor Azorín:

Por la tarde tocaba visitar la Cueva de Montesinos, ya le dije que iríamos. Recordamos mi mujer y yo que hace años hicimos una excursión a esta misma cueva, pero en otras condiciones, donde tuvimos que pagar la novatada; ahora hemos llegado en coche. La carretera ha sido ensanchada, en el cruce para Ossa de Montiel y Ermita de San Pedro hay un cruce, y hay que tomar la derecha, muy cerca; a cien metros hay una explanada y un cartel que lo indica, donde han erigido una escultura moderna de hojalata oxidada de don Quijote y Sancho montados sobre Rocinante y el jumento. Al entrar al recinto, a la derecha se levanta una caseta de madera de Información y Turismo y un guía que te acompaña si los pides, y además te proporciona una linterna para poder hacer un poco de espeleología. De Ruidera a la cueva contabilicé 12 kilómetros.

Ahora, 10-05-2005, la boca de la cueva nos parece más pequeña; rodeado del mismo encinar, hay unos asientos de madera y un cartel indicador de la fauna de la cueva y su historia, con las diferentes especies de murciélagos que la habitan. Cuando menos nos lo esperábamos salió de la cueva y por sorpresa un fotógrafo con su cámara *reflex*, en vez

de grajos como cuenta Cervantes: «... salieron por ella infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo». (Cap. XXII, II parte).

-¿Cómo está la bajada? -pregunté medroso.

-Bien, se puede bajar, hay escalones, ¿quiere que le ayude?

-No, gracias, muy amable.

Bajamos mi mujer y yo a la cueva, despacio, con lento cuidado de no resbalar; hay unos escalones en el terreno y es fácil su bajada, entre los grandes bloques de piedras caídos por desprendimiento que originaron la boca que está a nivel del suelo. No vimos el hornillo de cerámica que dice el cartel que es romano. Llevaba abierto *La ruta...*, por capítulo X, «La cueva de Montesinos», donde efectivamente como dice usted en su libro «es preciso sortear por entre ellos para bajar a lo profundo». Empecé buscando los letreros esculpidos que usted vio: «Miguel Yáñez, 1854», «Enrique Alcázar, 1851», «Domingo Carranza, 1870», «Mariano Merlo, 1883». Lamentablemente el tiempo, el humo de las hogueras de algún pastor, el de los hachones de los visitantes, han destruido estos carteles; ahora se leen otros. Son los llamados ahora *graffiti*, en todos los monumentos aparecen como una señal de auxilio, una profanación de lo sagrado, una estupidez de las almas pequeñas que necesitan dejar una marca para ser recordados. Desde este punto intermedio, más sima que cueva, se pueden ver mazacotes de murciélagos colgados desde los techos cerca de las estalactitas: el *Myotis myotis* o ratonero y el *Rhinolophus ferrum equinum* o de herradura, suelen vivir de diez a doce años, se orientan y localizan a sus presas emitiendo ultrasonidos por la boca y la nariz, en lo que se llama ecolocación; suelen emigrar.

Desde este punto recordé mis años mozos de espeleólogo en el grupo GEMA de Málaga, donde estuve unos cuatro años, recorrimos todas y cada una de las cuevas y simas de esa provincia. En la sima que llaman «La Mujer», cerca del albergue del Torcal de Antequera, en el laberinto cárstico o kárstico, estuve a punto de tener un accidente trágico, y me salvé gracias a la mano que me echó mi amigo y compañero apodado «El Güito», que en el argot caló significa «tener huevos» y él los tenía bien puestos.

Los dos capítulos que cuenta la hazaña espeleológica de Don Quijote son el 22 y 23 de la II Parte del *Quijote*, donde se cuenta que don Quijote compró cien brazas de cuerda. Se cuenta en el capítulo 22 del *Quijote*, que a primeras horas de la tarde llegaron a la cueva de Montesinos, don Quijote, el estudiante y Sancho, cortadas las malezas que ocultaban la entrada de la cueva, ataron fuertemente a Don Quijote y comenzaron a bajarle. Cuando el estudiante y Sancho se quedaron sin cuerda esperaron un rato y comenzaron a subir a Don Quijote. Hasta las ochenta brazas de cuerda no empezaron a notar peso en la cuerda y cuando a las diez brazas vieron a Don Quijote dormido, que tras despertarse comenzó a contar lo que había visto, y que Sancho no creyó. En este capítulo he hallado algunos faltas de equipo, Don Quijote baja por una cuerda, bien, pero no llevaba luminaria: tea, antorchas o hachones, pero hemos de entender que toda esta maravillosa novela no es una crónica del mundo real, sino una visión a través de la imaginación y la fantasía de un indiscutible adalid de la literatura fantástica.

Y cuando don Quijote salió de la cueva contó que en ella había visto al primo y amigo de Montesinos, Durandarte, el cual yacía en carne y hueso en un sepulcro de mármol debido a un encantamiento del mago Merlín. Belerma, dama de Durandarte, se deshace en lágrimas en la tumba del amado y recibe el corazón de su amado de mano de Montesinos. Su escudero, Guadiana, fue convertido en río y otros muchos amigos y parientes de Durandarte y las hijas de Ruidera convertidos en lagunas.

En estos dos capítulos se cuenta la hazaña espeleológica de Don Quijote, porque en la época inquisitorial y supersticiosa de Cervantes, el hecho de bajar a una cueva era una verdadera proeza, no había medios técnicos para descender a ellas, y además, la gente, sumamente supersticiosa, temía encontrarse al diablo en los infiernos cavernarios.

Cuando Don Quijote sale de la cueva, cree haber pasado dentro tres días con sus noches, cuando en realidad permaneció cerca de una hora, lo que se llama en literatura, según Jean Ricardou, tiempo de la ficción y tiempo de la narración. Ya conocemos la narración, ahora analicemos la capacidad creativa y artística de Cervantes cuando es capaz de imaginar un mundo de fantasías por lo que se conoce como tiempo real de la novela y tiempo de la historia. Los tiempos de la novela son tres: el de la aventura, el de la escritura y el de la lectura.

Llegó un autobús de escolares, zagalones mal educados, y se acabó el encanto del paisaje quijotesco y azoriniano. Visitar la cueva ya no es lo que era cuando la visitó don Quijote, o usted mismo, señor Azorín y un servidor hace ya muchos años. Pero sin duda alguna allí en la cueva estaba su inmortal presencia, suya y la de don Quijote.



Los «Ruideritos»

△▽

Señor Azorín:

Después de nuestra aventura espeleológica en la mítica cueva de Montesinos, como le tenía prometido, la luz sobre las lagunas recibía la tarde con los brazos abiertos del crepúsculo. Pasamos por el hotel, nos aseamos y nos cambiamos la ropa deportiva por otra más acorde con la propia de un paseo por la hidalga ciudad de Villanueva de los Infantes, que es Conjunto Histórico-Artístico desde 1975. Hacer turismo y *mendrugar* una merienda cena, este es el destino de los huéspedes, pero antes de partir pasamos otra vez por Ruidera (no he dicho que dista 260 kilómetros de Alicante, y tiene 610 habitantes en el censo de 1998), para comprar algunos dulces como regalos, y alguna que otra sorpresa local.

Nos acercamos para ver la Iglesia. La puerta cerrada al peregrino. Le preguntamos a una mujer vestida de luto descolorido, a la antigua usanza de los pueblos castellanos.

-Buenas tardes, ¿a qué hora abren la Iglesia?

-Solamente los días de la «cataquesis» -y siguió su camino.

Entramos en la panadería situada en la misma acera de la Iglesia, atraído por una ventana con cristal, más que escaparate vetusto, casi amontonado, donde se anunciaban los «ruideritos» que nos llamó la atención. Ya teníamos algo para regalos y sorprender a los amigos. En la puerta había dos mujeres lugareñas y un hombre labrador, hablando pausadamente, dueños de todo el tiempo del mundo.

-Póngame medio kilo de «ruideritos» para probarlos, unas mantecadas, unas magdalenas y un poco de carne de membrillo.

-¡Tienen buena cara! -agregó mi mujer al dependiente que no hablaba. Al momento salió un hombre delgado de la trastienda, moreno y dispuesto a dar todo tipo de explicaciones como un cicerone de la mercadería. Parecía ser el propietario porque tenía cara nocturna de panadero. ¿Es Juan, es Antonio, es Diego?

-Sí que son buenos, pero los «ruideritos» ya no son lo que eran antes, porque ahora, la harina viene de Alemania -nos dijo tan fresco el panadero dicharachero y con ganas de hablar.

-¿Cómo se hacen? -preguntó mi mujer, a la que le salió su vena confitera, porque además hace los bizcochos con almendras mejores del universo habitado.

-Tienen harina de trigo duro, manteca de cerdo ibérico, azúcar de salobreña, levadura de pan, huevo de gallinas felices y algún secreto más que no puedo revelar -o, pudo decir: no quiero revelar, le pasaba como a Cervantes: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme». Aquí en La Mancha la gente usa lo de acordarse a voluntad.

-¿De Alemania, la harina? Con todos los trigos que hay en Castilla -refunfuñó mi mujer a la vez que tocó los «ruideritos», que estaban un poco secos, según ella.

-Pues sí, señora, hoy en día todo viene de Alemania, los «ruideritos» ya no son lo que eran por culpa de las máquinas de amasar. Antes se amasaba en artesa a puño y tenía su punto de masa...

Esto de amasar me recordó un verso de Miguel Hernández, el XXII (Panadero) de *Perito en lunas* (1933), donde escribe los versos Aunque púgil combato, trigo; / ya cisne de agua Perito en lunas en rolde. Y aquí en estos versos gongorinos y herméticos del oriolano queda escrita la metáfora de la harina, que unida al hipébaton de los huevos más la azúcar convertida en polvo de lunas, salen los amorosos y exquisitos «ruideritos».

El joven dependiente, presunto sordomudo, aunque lo entendía todo, el panadero no le daba cuartel, mientras con un lápiz sumó la cuenta sobre un papel de una libreta, al estilo de las antiguas tiendas de pueblo, como mi tía Salvadora en Frigillana, que todavía sigue haciendo las cuentas a mano sobre el papel engrasado de envolver los embutidos con unos números grandísimos, porque asegura que las máquinas de calcular se pueden equivocar, pero ella no.

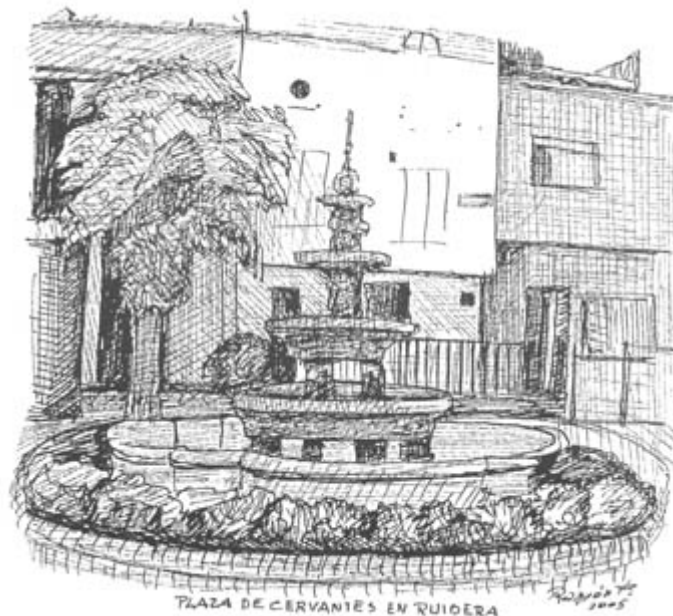
Había también en la panadería de Juan, de Antonio, de Diego, una tienda de ultramarinos, y a la salida, puestas como cebo a las delicadas narices finas, con toda

alevosía, había una caja cuadrada de madera con un olor a arenas que quitaba el sentido. «¡Esto sí que es cosa buena, planchaditas con su chorrito de aceite y su pan recién hecho», comenté al panadero, y él reconoció: «pero ya nos son la arenas de antes que venían en herradas». No me enteré qué era una herrada hasta que lo miré en el diccionario, es una especie de cubo de madera o barrica para conservar las arenas. «¿Pero las arenas no viene de Alemania?», dejé caer la ironía; al panadero dicharachero, dispuesto y socarrón no había forma de sorprenderle porque tenía respuesta a todas las preguntas. Mi mujer me sentenció: «no se te ocurra comprar arenas que tú tienes la tensión alta y el colesterol».

Entando en la plática de los arenques de Ruidera, a eso que volví a ver a Vicente con sus muletas y sus gafas, le fui a saludar con entusiasmo de antiguo vecino, de quien lleva allí toda la vida, pero pasó de largo sin decirme nada porque ya no me recordaba o no quiso acordarse, porque aquí puedes decidir si acordarte o no acordarte de algo. A mí me gustan los pueblos vetustos y sus gentes con conversación larga, hablar como un andaluz abierto y descosido y no pasar por mudo, o sin historia. Juan, Antonio, Diego, me contó la historia de Vicente que nosotros ya sabíamos. En la calle y en el mismo lugar seguía las dos mujeres y el hombre labrador hablando.

-¿Cómo está la carretera para Villanueva de los Infantes?

-La carretera de los Infantes la acristianaron para esto del Centenario y está mejor que los «ruideritos».



De Ruidera a Villanueva de los Infantes



Sr. Azorín:

Tomamos la carretera de los Infantes, que lo de Villanueva le sobra, por la N-430 hasta un cruce que hay en Casas Blancas, antes de llegar a Alhambra, por una carretera solitaria, la CM-3129, el paisaje es de tierras *rojizas* que como usted sabe por eso le llaman Alhambra, que es un nombre árabe, como la Alhambra de Granada de los nazaríes que le llamaban «La roja» por el color de las tierras del cerro donde se aloja. (Quién dice si Cide Hamete Benegell o Berenjena como le llamaba Sancho, no era de Alhambra). Los eruditos y discretos especialistas de la ruta de don Quijote sitúan en este pueblo, de semejanza nazarí, en las bodas del rico Camacho con Quiteria, relatadas en los capítulos 19-21 de la 2.^a parte. Se pasa por el centro del vetusto pueblo de Carrizosa (la aldea de Basilio, cap. 21, 2.^a parte), situado en una especie de charnela por donde pasa el arroyo de Cañamares, la travesía tiene una curva a la derecha, continúan las tierras rojizas de labrantío, buena tierra sobre ondulaciones y algún otero sobre el que aparecen los restos arqueológicos de una especie de torre, restos de lo que fue un molino de viento, manchas de viejos olivos y viñedos, sobre todo viñas que han empezado a enseñar sus verdes pámpanos como billetes verdes, porque no sé el precio de la uva al viticultor pero el vino embotellado es oro tinto.

Ya entramos en los Infantes, cruzamos sus calles en las que se aprecian las piedras nobles, monacales, aristocráticas de palacios, conventos e iglesias, piedras cenobita de arenisca rojiza, bermellones, ocre, todas ellas convertidas en arte, piedras apretadas, quietas, hechas a besos de cinceles. El origen de la villa en romano. El Infante don Enrique de Aragón le concedió la Carta Puebla en 1421, y se independizó de Montiel, y en honor de sus hermanos los Infantes don Juan y don Pedro, recibió el nombre de «Los Infantes» en 1480, y en 1491 se le dio el de Villanueva de los Infantes. Su censo siguió creciendo hasta sobrepasar los 5.000 habitantes a mediados del siglo XVI. Esto le valió a Felipe II para proclamarla capital del Campo de Montiel en 1573 tanto política como eclesiásticamente, y capital de Gobernación de la Orden de Santiago, influyendo considerablemente en el Campo de Montiel y zonas de Albacete, Murcia y Jaén durante toda la Edad Moderna. En el censo de 1998 tiene 5.801 habitantes.

Estos datos históricos más las cinco citas que hace Cervantes del Campo de Montiel en *El Quijote* han valido a algunos investigadores para considerarla el enigmático lugar de La Mancha. En este IV Centenario se está hablando de Villanueva de los Infantes en detrimento de Argamasilla. Por los datos aportados es evidente que esta ciudad ya se llamaba así un siglo después cuando se escribió *El Quijote*. Además si el Caballero del Verde Gabán era de aquí, no podía ser también don Quijote y Sancho.

Cruzamos longitudinalmente la villa hasta llegar cerca del parque de la Constitución que fue remodelado en 2002, donde se ve una Ermita del Santísimo Cristo. Aparqué el coche junto al monumento dedicado a don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de La Torre de Francisco Abad que murió aquí el 8 de septiembre de 1645 en el convento de Santo Domingo, aunque fue enterrado en la Iglesia de San Andrés, capilla de los Bustos. Desde luego que yo, ahora, a los Infantes la bautizaría como la Deseada (aquí desea uno vivir).

Entramos en la iglesia de Santo Domingo. Dentro no había ni un alma, nunca mejor dicho: la foto que le hice a una estela de nombres medievales no salió por falta de luz o encantamiento.

Pero como el motivo de nuestro viaje era buscar sus huellas, señor Azorín, y a la vez, también las de don Quijote, tomamos la calle central peatonal llamada de Cervantes, una calle comercial, locales de *souvenirs*, palacios y la casa del Caballero del Verde Gabán. Aquí me hizo mi mujer una fotografía, no pudimos entrar al impedirlo una puerta cerrada, y además es propiedad particular, lo dice el letrero en metacrilato que hay en la puerta. En la fachada de la casa es de piedra arenisca rojiza de la zona, tiene una puerta nueva de doble hoja, enmarcada entre dos columnas empotradas con capiteles erosionados, escudo en el dintel que no puedo describir porque no soy heraldista; hay un amplio bacán que toma ángulo recto hacia la esquina de la calle Jacinto Benavente, alero amplio en el tejado y una robustez nueva. Aquí estuvo don Quijote y Sancho, y aquí mismo, ahora, 400 años después estoy yo profanando un lugar casi sagrado y que además pinto Doré.

Por un momento quiero acordarme, nos vamos a detener, porque quiero retroceder por el túnel del tiempo novelesco y el real, simbiosis que no se puede experimentar con tanta nobleza y dignidad que aquí, por asombroso que sea. Esta casa la describe Cervantes en el Capítulo 18 de la 2.^a parte, cuando llegó don Quijote con Sancho acompañados del dueño de la casa don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, al que encontraron en el camino después de una lid con el caballero del bosque. Invitación que les hizo don Diego con la inequívoca pretensión de que don Quijote desengañara o desencantara a su hijo en la fantasía de ser un poeta. La descripción de la casa por Cervantes es la siguiente:

«Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda, que, por ser del Toboso...» (Cap. 18, 2.^a p.).

Desde luego, ahora, estoy seguro de que el gran ilustrador francés Gustavo Doré no vio esta casa porque el dibujo que realizó de su patio interior es la de un palacio.

Las tinajas toboseñas, ya fueron descritas en el siglo XVI, según don Martín Riquer.

Aquí vivía el matrimonio de don Diego de Miranda, rico labrador, con doña Cristina y con su hijo don Lorenzo, «estudiante de poesía» en Salamanca y que quería dedicarse a ser poeta, lo cual daba quebraderos de cabeza a su padre. (El narrador del Quijote equivoca al lector en el número de hijos, porque cuando en el diálogo de auto-presentación que hace don Diego de Miranda en el cap. 16, escribe: «... paso la vida con mi mujer, y con mis hijos...» en plural, cuando en el mismo capítulo dice: «tengo un hijo [...] será de edad de diez y ocho años». Porque Cervantes, como decía don Diego de Clemencín, no tenía costumbre de repasar sus escritos.

Madre e hijo salen a recibirles: al padre y a los dos personajes cuyas presencias habían sido ya escritas en *El Ingenioso Hidalgo con Quijote de Mancha*, según el bachiller Sansón Carrasco (cap. II, 2.^a parte). Don Quijote, ayudado por su escudero, se desarmó y «quedó en valones [calzones al estilo de Valonia] y en jubón de camuza, todo

bisunto [sangriento] con la mugre de las armas». A «fuerza de adulación», don Lorenzo de Miranda recitó a don Quijote versos glosados y un soneto, la insistencia propia del novel ante el consagrado maestro. Lorenzo dice del Caballero de la Triste figura que «él es un loco bizarro», «un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos». En realidad don Quijote va tomando cordura en la II Parte: recordemos que es un loco que muere cuerdo. Habla don Quijote de los premios literarios, y ya entonces tenía las mismas sospechas y opiniones de tongo que hoy en día:

«... el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero a esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades...».

En la casa de don Diego de Miranda comieron, y pasaron cuatro días como huéspedes bien recibidos, don Quijote y Sancho.

Usted dio una conferencia en el Ateneo, en el mes de abril, con el título: *Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán*. Esta conferencia aparecerá en la recopilación de artículos *Lecturas españolas*, Madrid, 1912, y *Con Cervantes*, 1947 y *Con permiso de los cervantistas* (Biblioteca Nueva, 1948), donde nos habla de este caballero propietario de esta casa de los Infantes, en dos artículos: «La entrevista» y «En casa de Miranda». En la cabecera escribe usted:

«Este es el trabajo que ha escrito Azorín para que sea leído aquí, en el Ateneo, con motivo del centenario del Quijote. No tiene importancia; carece de trascendencia; el autor no puede meterse en disquisiciones hondas, porque sabe muy pocas cosas». Firmado Azorín. Usted habla de sí mismo en tercera persona, lo cual es llamativo.

En la explicación de la conferencia, dice usted que Lorenzo es un mozo absurdo y fantástico, su padre no ha podido hacer nada para que estudiara leyes, «esto le granjea nuestra más calurosa simpatía». ¿Por qué le causa a usted simpatía Lorenzo? Quizás porque es la misma estampa que usted, que no acabó leyes en Valencia como su padre quería, y acabó siendo tratante de palabras. Y ve usted en Don Diego a don Isidro Martínez, con el mismo problema de hijo que no saca los estudios de Derecho. Sin duda alguna don Isidro, como don Diego, no estaba contento con la decisión tomada por su hijo en ser poeta, cuando asegura en un diálogo: «tengo un hijo, que, a no tenerle, quizás me juzgara por más dichoso de lo que soy; y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera» (Cap. 16, 2.^a parte). Sin embargo, Lorenzo de Miranda no estudiaba leyes en Salamanca sino «las lenguas latina y griega», y no quería estudiar otras ciencias.

«Don Diego, su padre, no ha podido hacer que se aplique a más provechosas y sólidas especulaciones; pero hasta ahora sus ímpetus, sus gustos, sus tendencias, se hallaban reprimidas, tenidas por el ambiente sosegado y regular de esta vivienda...». Al final de la conferencia hay una defensa de los ideales ante los prosaicos:

«¿Qué creéis que importa más para el aumento y grandeza de las naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, o estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, activos, laboriosos y honrados, mercaderes, industriales, artesanos y labradores?»

La grandeza del Quijote es la capacidad humana de presentarnos problemas de antaño que son vigentes actualmente, porque los hijos «son pedazos de la entraña de sus padres, y así, se han de querer, o buenos o malos que sean».

En el artículo «La entrevista», usted nos cuenta:

«La entrevista que han celebrado Don Quijote y Lorenzo de Miranda se ha desenvuelto, como decimos ahora, en un ambiente de entera cordialidad. No faltaba más sino que hubiera sido de otro modo. Ocurre con Don Quijote que, siendo un hombre de acción, es, en ocasiones, un intelectual; no retrocedamos ante este sustantivo moderno».

En «La casa de Miranda», usted se refiere, sin duda a la casa de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, aunque no le nombre, y nos cuenta:

«La casa de Miranda es bonita; lo dice todo el mundo; no podemos nosotros menos de asentir; asentimos, desde luego, con mucho gusto. ¿Y cómo nos describe Cervantes la casa de don Diego de Miranda? No nos da de la casa sino cuatro rasgos. Y no nos da más porque, en puridad, no puede darnos más. Y no puede darnos más porque el arte, en su tiempo, no lo permite».

En la calle Cervantes se abren puertas de tiendas de *souvenirs*, son típicas las figuras de don Quijote y Sancho de hierro con pie como si fueran pisapapeles, valen de 25 a 30 euros. Hay que empezar a comprar recuerdos. Seguimos por la barroca fachada de la Encarnación, hasta el final, donde a la derecha aparece una farmacia que fue botica desde finales el siglo XIX. Allí se abre la Plaza Mayor, cuadra, con soportales con arcos neoclásicos, bancos de piedra donde se sienta doña Julia, doña Paquita, con niños que juegan a montar en bicicleta.

Lo que más llama la atención del viajero ya cansado de caminar a cojetadas, es ver la torre y la puerta de la parroquia de San Andrés, soberbia catedral con puerta enmarcada en grandioso arco de medio punto, y ante el paño de la catedral un monumento dedicado al patrón Santo Tomás de Villanueva (1486-1555), cuando el santo murió mandó repartir entre los pobres todo el dinero que había en su casa. La patrona es la Virgen de las Angustias. Junto al Ayuntamiento hay una tienda con venta de prensa. Compré *La Tribuna* del día 10, número 5.260. En primera página FENAVIN (Feria del vino) promete; en la foto vemos al presidente regional: José María Barreda, brinda junto a Manuel Juliá, Clementina Díez de Baldeón, Ángel Amador, Mercedes Gómez, Nemesio de Lara y Francisco Gil Ortega. El vino es sin duda la mayor riqueza de la Mancha, 600.000 hectáreas de viñedo lo que supone el 50% de la superficie nacional. También aparece en la portada la muerte, siempre lamentable, de un trabajador en Daimiel de 55 años al caer de un andamio de cuatro metros de altura.

-Tengo hambre. Tú mucho monumento y mucha foto, pero las piedras, las iglesias, los soportales, no alimentan.

Se quejó mi mujer de cierto apetito crepuscular, aunque ella es de poco comer, por eso mantiene el tipo y la figura de figurín.

-Anda, pregunta tú donde hay una cafetería que esté bien.

Una amable chica de los Infantes, hospitalaria, porque iba vestida de enfermera, nos estuvo indicando varios lugares cercanos, y nos mandó a la plaza de San Juan donde está el monumento a Quevedo. Allí hay varios bares de pueblo, donde todos los clientes son varones. Tomamos una merienda cena en la terraza de un bar con pizzas. Las gentes son muy mirones porque no están muy acostumbrados a ver a dos turistas comiendo «ruideritos», detrás de unas pizzas.

No vi en los locales nombres dedicados a usted, señor Azorín, sin embargo, ha quedado engrandecido el nombre del Caballero del Verde Gabán, gracias a usted.

Al anochecer, porque en este mes de mayo los días son largos, regresamos por la misma carretera al Hotel la Colgada. Lo ideal hubiera sido pasar por Villahermosa, donde se cuenta que camino de Montiel don Quijote alanceó a las ovejas, y desde allí regresar a Ruidera, pero tal vez uno se va volviendo precavido porque siempre puede haber una legua de mal camino, sobre todo de noche.



Las Lagunas de Ruidera



Señor Azorín:

Por la noche estuve tomando notas para no olvidarme de lo vivido. Estuve leyendo algunos capítulos anteriores al Caballero del Verde Gabán. De repente empecé a desternillarme de risa.

-¿De que te ríes tú solo? Los tontos se ríen solos.

-Es que estoy leyendo lo de la aventura de los leones del *Quijote*. Uno de los episodios más humorísticos del libro.

-Escúchame: estaba Sancho comprando requesones a unos pastores, y como no tenía donde meterlos los iba guardando en la celada de don Quijote. Cuando escuchó que su amo le llamaba a toda prisa para que le trajera la celada que llevaba el escudero, puesto que vio a un carro que venía con banderas reales, y presagió una nueva aventura, y como Sancho no tuvo tiempo de sacar los requesones de la celada, se lo dio como estaba. Y don Quijote sin echar de ver lo que la celada tenía dentro se la encajó en la cabeza, y como los requesones se exprimieron comenzaron a correr el suero por el rostro y barba de don Quijote, y preguntó: «¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza?»

Mi mujer también se tronchaba de risa. Además la aventura de los leones hambrientos cuando pide al leonero que abra la jaula es de un valor temerario más que de cordura.

Estuve escribiendo notas aisladas, sentado al borde de la cama mientras miraba por la ventana a la laguna de La Colgada, sobre cuyo espejo se reflejaba una luna pequeña y creciente, alta y lejana sobre el horizonte montañoso de unos cerros leves, un tajo de sandía blanca. La luz selenita llegaba hasta el embarcadero, tres patos navegan hasta la orilla, uno se queda picoteando al borde de la tierra, los otros dos se van hacia la cascada; como el otro pato no regresa se vuelven hacia él, y educados y vigilantes le esperan a que termine de picotear.

«Y le enseñaron las lagunas de Ruidera, famosas asimismo en toda La Mancha y aún en toda España...» (Cap. 21, 2.^a parte de *El Quijote*). Este eslogan encabeza el *Catálogo sobre el Parque Natural de Lagunas de Ruidera*, de Andrés Naranjo Moya, Impreso y Diseño: Gráfica Tomelloso, S.L. (2002), que con primorosas y educativas ilustraciones, lo incorporo desde ahora a mis libros guías, y ya van cinco. Muchas veces, señor Azorín, tengo dudas de si el artículo «la» que precede a Mancha va con mayúscula o con minúscula, usted lo escribe con minúscula, yo he optado por la mayúscula, no obstante, creo, que esta ambigüedad necesita un congreso lingüístico o al menos una tesis doctoral.

El silencio es comestible: «un silencio profundo, un silencio ideal, un silencio que os sosiega los nervios y os invita al trabajo, un silencio que Cervantes califica de "maravilloso" y que dice que es lo que más ha sorprendido a Don Quijote, reina en toda la casa». Usted se refiere al capítulo 18 de la 2.^a parte en *Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán*, «pero de lo que más se contentó don Quijote fue del maravilloso silencio que en toda la casa había, que semejava un monasterio de cartujos». A veces, nos da miedo el silencio porque oímos el fluir de nuestra sangre al paso latir por los oídos, en lo que se llama *tinnitus* (ruidos en los oídos), y es que yo padezco eternos ruidos a los que no hago caso. En estos parajes lacustres deslizada entre

exquisitos y penitentes chopos, álamos u olmos, la paz casi molesta tanto como un mal poema. Un enjambre de mosquitos volaban al trasluz.

Dormí de un tirón. Desperté cuando las del alba serían; con la luz del amanecer hice unas fotos desde la ventana: la luz reflejaba con ganas de romper el cascarón del ocaso aún casi cerrado, la bóveda del universo. En el cielo había unas nubes ligeras de mantequilla quietas en el horizonte. Lo primero que hice fue bajar al parking, junto a la carretera, para ver si estaba mi Nissan Almera. Es un gasoil, una maravilla de los hijos del sol naciente, me da la sensación de que en el motor hay cientos de japoneses trabajando para mí solo. Antes de desayunar hice un breve recorrido por los alrededores, por el llamado barrio de Pesadores; bajé por unas escaleras a una abandonada central eléctrica de Fenosa. Al borde de una, dos, tres cataratas de unos diez metros de altas, contemplo el matrimonio de un álamo unido a una jacarandá florecida en violeta que a la vez había metido un mazacote de raíces en el agua y parecía un malecón o embarcadero natural.

Tomé notas de la flora autóctona de un cartel informativo de los que hay por el parque, al borde de las carreteras. Crecen los olmos (*Ulmus campestris*) y el álamo blanco (*Populus alba*), el chopo (*Populus so*) fue introducido con fines maderables, y la repoblación con pinos carrascos (*Pinus halepensis*), resistentes a la sequía para proteger las vaguadas ante la erosión, junto a la encina, al coscoja, el enebro, el espino, aliagas, romeros, sabinas, abetos o cipreses. La vegetación de los pantanos o palustre, crece con los miedos como crecen las sombras oscuras del destino: son los carrizos (*Phragmites australis*), espadañas (*Thypha syp*), masiegas (*Claudium mariscus*) y juncos.

Las Lagunas de Ruidera componen un Parque Natural formado un conjunto de una, dos, tres, cuatro... hasta quince lagunas entrelazadas por canalillos, cascadas, saltos o nacimientos, de formas elípticas, circulares o fiordos de aguas transparentes, de un cromatismo variable entre la gama de los colores esmeraldas, zafiros, perlas, azules, pardos... hábitat de una flora y fauna variada. El silencio es tan callado que se oye, quien tenga oídos, el crecer de la hierba, cortado por el vuelo de los vencejos, algún pitirrojo o la aleta de algún pez que corta el agua y produce ondas concéntricas. Es uno de los parajes más bellos de España. Las lagunas se llaman: Blanca, Conceja, Tomilla, Tinaja, San Pedro, Redondilla, Lengua, Santos Morcillo, Salvadora, Batana, Colgada (la más grande), Del Rey, Cueva Morenilla, Coladilla, Cenagosa. Aunque se llaman Lagunas de Ruidera al parque natural colindan los términos de Villahermosa, Ossa de Montiel, Ruidera, Alhambra y Argamasilla de Alba.

Como pueden observar existe la laguna que se llama Batana. ¿No será acaso que aquí hubo un batán con seis mazos?, tal y como se relata en el capítulo XX, de la primera parte del *Quijote*. Un episodio de miedo subjetivo de Sancho más que un miedo real y cierto. Usted nos contó la historia de un poeta X en el artículo n.º 5 titulado «El batán» -que me he permitido numerar-, de su libro recopilación *Con permiso de los cervantistas* (1948). Nos cuenta la historia del poeta X, que enamorado del lugar que creía posible la aventura del batán, construyó uno igual de seis mazos, donde poder «enfundir» paños día y noche. Y como no tenía paños se hizo de una piara de trescientas «cabezas lanares» para obtener lana fina, más que la lana churra. Allí era feliz, pero el poeta X tuvo la tentación de hacer un viaje a Madrid para «desgarrarse de su idea» y luego nos deja usted en ascuas, en la duda de si el poeta volvió o no volvió a los batanes. Seguro que estaban en esta laguna.

Sobre las nueve regresé a la habitación 409, para avisar a mi mujer de que bajara para desayunar. No podíamos perder mucho tiempo, teníamos muchos lugares de *La ruta de don Quijote* por visitar.

El camarero del ancla tatuada en el brazo, un hombre fuerte de unos cincuenta años, es diligente, ya afable, ya diligente, ya atento, que acaba de abrir la cafetería. Somos los primeros clientes y los únicos. No yo paro de hablarle, de sacarle alguna palabra que no sea la del servilismo debido al cliente.

-Nosotros venimos desde Alicante para hacer la ruta de don Quijote.

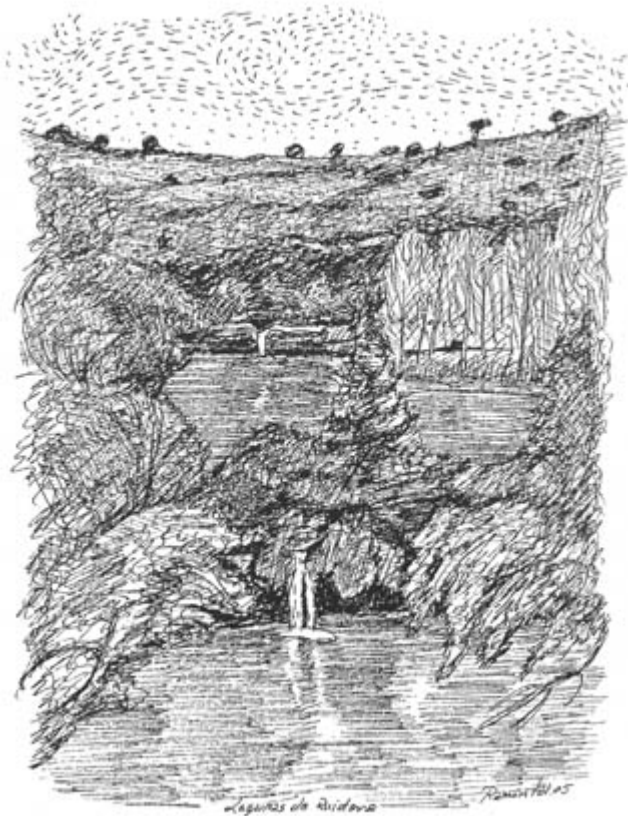
-Esta es la mejor fecha para venir a las lagunas -juzga el camarero que se llama Paco-. En invierno hace frío y en agosto no para uno de calor y la cantidad de gente que viene. Yo estuve trabajando en un pueblo costero de la Marina Alta, aquello sí que tiene turismo y buen ambiente.

-¿Entonces conocerás el Cabo de la Nao y San Antonio, la Isla de Portichol y playa de Granadellas?

-Pues claro, yo trabajé en la Costa Blanca, cerca de veinte años.

-He visto centrales eléctricas abandonadas de Fenosa -pregunté con curiosidad.

-Hace unos treinta años cerraron las fábricas de la luz. Hubo cinco centrales. Daban trabajo a muchas familias.



El Castillo de Peñarroya



Señor Azorín:

Nuestra ruta quijotesca para el día 11 es salir de Ruidera hacia la Argamasilla de Alba por la carretera CM-3115, la señal de dirección marca 31 kilómetros de distancia. Tomadas las primeras curvas a la izquierda, ya en los extramuros aparecen unos laboriosos y cuidados huertos a la izquierda, debajo de la carretera donde ya aparecen unos labradores agachados con los almocafres arrancando la hierba que creció sin licencia; son Juan, Pedro, Antonio, unos hombres discretos, honrados y pegados al terruño porque una mano con callos es siempre un contrato garantizado. No es hora de regar porque el riego, por lo general, se hace al atardecer, cuando la tierra está descuidada, reposando, presta a dormir ante el rocío de la noche.

Empiezan las siniestras curvas, apenas hay tráfico, son las nueve y media de la mañana, el encinar va tomando su terreno y los acebuches que antes fueron olivos domesticados en el injerto y en la labor, la aceituna cornicabra -la segunda variedad más cultivada en lo que a número de hectáreas se refiere pero la tercera en producción-, se han comido el terreno. La cornicabra es una variedad de aceituna originaria del pueblo toledano de Mora, es la gran variedad manchega (Toledo y Ciudad Real). Es larga y puntiaguda, con forma de cuerno, de ahí la procedencia de su nombre. En ciertas zonas se le conoce como cornezuelo.

Por la carretera, a nuestra derecha, nos llamó la atención un bombo o casa antigua de piedras, mazacote, casi marjal, recia con una sola puerta y sin ventanas, que me recordó a las pallozas de el Bierzo o remontando más antiguo a los *talayot* prehistóricos de Baleares de una antigüedad del siglo VII antes de Cristo.

Llegamos al castillo de Peñarroya sobre las diez menos cuarto. La luz de la mañana nos traía recuerdos levantinos, hacía un poco de aire frescote, mi mujer se quedó dentro del coche porque decía que tenía frío. La luz era buena para dibujar. El castillo tiene unas amplias explanadas a ambos lados, donde aparcan autobuses. El castillo dista 12 kms. de Argamasilla.

Dentro del coche y antes de salir saco el libro de *La ruta...* En el capítulo IX, «Camino de Ruidera», de su ya reiterado libro -le llamaré de aquí en *La ruta...*, para abreviar-, nos habla usted del castillo de Peñarroya. Pero yo he viajado a la inversa, o sea, que usted venía de Argamasilla a Ruidera, y mi viaje es al revés, desde Ruidera a Argamasilla, que el orden no altera los factores del producto final de nuestro relato. Usted escribe:

«Son las diez y media; ante nosotros aparece, vetusto [he contado que esta palabra la usa usted 16 veces en este libro] y formidable, el castillo de Peñarroya [la nota 27 de la edición de Cátedra 214, nos amplía José María Martínez Cachero, que explica su historia]. Subimos hasta él. Se halla asentado en un eminente terraplén de montaña; aun perduran de la fortaleza antigua un torreón cuadrado, sólido, fornido, indestructible...».

Más adelante, en el mismo texto nos dice que el castillo de Peñarroya no encierra ningún recuerdo quijotesco, efectivamente en el *Quijote* no aparece el nombre de Peñarroya, las únicas peñas nombradas son Peña de Francis y Peña Pobre.

Tiesa se eleva una torre cuadrada sin matacanes que forman almenas y merlones, un poco más abajo se ve un tejado nuevo de una construcción más reciente. Desde el coche no se le ve la puerta de entrada, pero una vez el viajero se acerca, aparece la entrada franca, sin puerta que lo proteja. Dentro se ve la puerta de una casa sobre unos escalones: es verde, seguramente de algún guarda que no veo. Es sede de la Cofradía de Alabarderos de advocación a Nuestra Señora de Peñarroya. Entre los muros se refugia una capilla entre gruesos muros, cerrada con verja, segura por los siglos, la una imagen de un Cristo, pero no me gana mucho caso, porque yo en esto de la imaginería religiosa entiendo poco. Unos palomos ladrones con sus picos cortos y la protuberancias blancas de los orificios olfativos grandes, se refugian en una pequeña hornacina donde habita una pequeña campana solitaria, a modo de campanario, y en una tronera alto del adarve, entran y salen otros palomos de pechuga brillante. Estos palomos no paran con sus gorgoritos, con su grú-grú-grú, porque es tiempo de aparearse y no cejan en su empeño de cortejar a las palomas cansadas de decir «ahora no que me duele la cabeza».

Pasado el rastrillo, se llega al patio de armas por una especie de puerta, estamos rodeados por la muralla, desde la terraza, cuyas piedras del pretil que algunos desarmados derribaron se ven caídas sobre el terraplén. A mi izquierda aparece una especie de ermita / cueva artificial protegida por una verja de hierro, dentro hay un tesoro, un tesoro que reveló el moro Allen al capitán Alonso Pérez de Sarabia, cuando lo tomó el día 8 de septiembre de 1198. El moro dijo que sí les salvaban la vida contaría donde estaba el tesoro, se la perdonaron y el moro contó donde estaba el tesoro, un

verdadero tesoro espiritual: la Virgen de Peñarroya, patrona de Argamasilla y de la Solana, amén de otras joyas materiales. La imagen actual es de piedra blanca que parece mármol de Macael en hornacina, custodiado por dos pergaminos del mismo material pétreo, un manuscrito que cuenta la historia del castillo y su leyenda mariana. Fue un castillo musulmán conquistado después por las órdenes militares de Santiago y San Juan.

Al borde mismo del castillo de Peñarroya, enfrente se ve la presa del pantano de Peñarroya al borde de agua, a pesar de la sequía. No se ven instalaciones hidroeléctricas, lo cual, evidentemente, es una pena: no aprovechar este «guadiano» salto de agua. La Confederación Hidrográfica española o aprovechamiento integral de los ríos, fue idea del Conde de Guadalhorce, que era el sevillano Rafael Benjumea y Berín (1876-1952), ministro de Fomento de la dictadura de Primo de Rivera ente 1926 y 1930. Aunque nada tiene que ver con esta presa, ni con el Canal del Gran Prior que riega las tierras de la Argamasilla dentro del plan Nacional Hidrográfico actual que es de la Ley 10/2001. Pero la historia del Canal del Gran Prior es mucho más antigua, y la escribió doña Pilar Serrano de Merchán, que por avatares de la vida es además secretaria de la sociedad cultural de «Los Académicos de la Argamasilla», pues bien en el capítulo 5, «Las Aguas», páginas 83-111, del libro *La Argamasilla que nos precedió (1875-1923)*, Ediciones Soubriet, 2001, nos explica los avatares de las aguas regables y potables:

«Los conflictos surgen a partir de una Real Orden de 11 de junio de 1783, ya que en esta fecha se le autoriza al Infante don Gabriel, Gran Prior de la orden de San Juan, la construcción de un canal, derivado del río Guadiana Alto, que empezaba en el pantano o laguna de Miravetes -depósito de las aguas- y terminaba en río Záncara». El río Záncara es afluente del Cigüela, cerca de Villarta de San Juan.

Después, en 1841, llegó la desamortización, y el canal fue secuestrado a la orden de San Juan, y vendido, pero de esta historia casi cervantina no quiero ocuparme. Porque aquí en La Mancha, como ya he analizado antes, uno puede decidir acordarse o no acordarse de algo a voluntad, lo cual es una ventaja, un as en la manga ancha del recuerdo.

Abandonamos el castillo y tomamos dirección a la Argamasilla de Alba. Empiezan los cultivos de regadío gracias al canal. La carretera empezaba a llanear, hay un cruce que dice Tomelloso, pero nosotros lo pasamos de largo. Ya se ve en el llano Argamasilla, ya estamos cerca. ¿Me pregunto, existirá aún la vieja y amable fonda de la Xantipa que ponía de cenar duelos y quebrantos, salpicón o acaso alguna olla de algo más vaca que carnero? Aquella viuda de ojos grandes y unos labios abultados de la que usted nos habla al final del capítulo II y en el VI de *La ruta...* Ya estamos en la deseada Argamasilla: hay una rotonda, un *Stop*, un molino a la derecha, un don Quijote de pie, enfrente el símbolo de la ciudad: un Quijote y un Sancho cabalgando, y un letrero: *En un lugar de la Mancha*.



En la Argamasilla de Alba, «el lugar»



Señor Azorín:

Ya entramos en «El lugar», en la Argamasilla de Alba como la nombra Cervantes en femenino, cuando habla de los académicos al final de la I parte, que según las palabras primeras que había escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo: LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Y seguidamente les da nombres jocosos a cada uno de los académicos en los cuatro sonetos y dos pares de tercetos laudatorios dedicados a los personajes del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. «Tal academia es fingida, pues precisamente la comicidad estriba en afirmar que en esta población podía existir una academia literaria como las muchas que había en Madrid», nos dice la nota de Martín de Riquer. Los académicos eran seis: el Monicongo, el Paniaguado, el Caprichoso, el Burlados, el Cachidiablo y el Tiquitoc.

Después de pasar por debajo del viaducto de circunvalación de la N-310, ya vemos el cartel de situación de Argamasilla, y un molino de viento que parece construido con propósitos de atracción turística, más que arqueología arquitectónica, que según la guía de Antonio Aradillas está dedicado a Maese Pero Péres el cura del Quijote, se alza a la derecha de la carretera, en la misma rotonda, en el llano sin vientos; delante del molino

se planta una escultura metálica de don Quijote, pie a tierra, provocador y valiente con su lanza y su adarga, que como escribe Arturo Pérez Reverte «está loco, pero no tiene un pelo de tonto». Y enfrente de nosotros, que hemos salido un momento para las fotos, vemos un muro enalado con las siluetas chinescas de don Quijote y Sancho a caballo y rucio dirección al centro histórico de la villa, y con el orgulloso anagrama: «En un lugar de la Mancha». Porque según todos los indicios serios llevan a pensar que este es el lugar donde vivía Alonso Quijano, a ello contribuyó el propio Cervantes: «lugar de La Mancha en vida y muerte del valeroso don Quijote», ya citado, más Alonso Fernández de Avellaneda con su segunda parte del *Quijote* apócrifo de 1614 que le sitúa aquí, más las opiniones de don Diego Clemencín o don Manuel de Rivadeneyra o Hartzenbusch. Por otro lado, queda por dilucidar, documentalmente, si Cervantes estuvo realmente preso aquí en la cueva de Medrado, que son dos cuestiones distintas por descifrar: La prisión y el lugar de la Mancha.

La frase: «no quiero acordarme» ha dado mucho de sí, usted ya nos lo comentó en *Con permiso de los cervantistas*, tomado a su vez de un comentario de Rodríguez Marín, que dijo, que ya había encontrado frases análogas en la misma época, y que podría tratarse de una elipsis: «No quiero ahora hacer el esfuerzo necesario para acordarme», y añade otras frases: *quiero llover, quiero amanecer, quiero abandonar*. También en verdad que los cuentos y fábulas empezaban en lugares no nombrados, o en lugares fabulosos del Asia Menor. No había costumbre de poner nombres reales en las fábulas o cuentos, como ahora. Hubo una época de transición en que se buscaba un seudónimo para nombrar la ciudad donde sucedían los hechos de una novela: Oleza de Miró, Labraz de Baroja, Orbajosa de Galdós o Vetusta de Clarín.

Esta villa manchega es sin duda alguna «El lugar», me sugiere que es el meridiano cero de La Mancha, quizás el cruce de caminos más importante durante el S. XVI, por donde pasaban los muleros, el vizcaíno, con la lana de Toledo hacia los puertos levantinos de Alicante y Cartagena, en la conocida ruta de la lana hacia Génova.

Para mí, después de muchas lecturas, estoy convencido de que NO HAY UN LUGAR de La Mancha, sino que Cervantes como escribe al final de la II Parte, en el último capítulo 74: «cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de La Mancha contendiesen entre sí para ahijarle y tenerle por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero». Sin embargo, si hubiere la necesidad de tomar determinación irrevocable o partido por una villa en concreto, yo me quedo con la Argamasilla, porque lo de los Infantes (Capital del Campo de Montiel), aunque Cervantes nombrara cinco veces campo de Montiel, no me encaja, no me da sensaciones poderosas de certeza, porque los Infantes era la villa de Don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, que encontraron en el camino cuando ya habían partido de su casa para su tercera salida, después de haber sido instigado, comprometido, por su vecino el bachiller Sansón Carrasco, casa situada según la tradición en la calle de los Académicos, en ruina, de la que describiré en otro apartado.

¿Sabe usted, maestro Azorín, que en este IV Centenario le han dado a los eruditos por decir que don Quijote era de Villanueva de los Infantes? Que ha pasado a sustituir a Argamasilla. Cervantes nombra cinco veces al campo de Montiel: La primera en el prólogo de la primera parte que es la que más fuerza tiene: «... la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todo los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más enamorado y el más valiente caballero». Y la otra

versión que también esgrimen con mucha vehemencia es en la primera salida: «subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel». Cabe preguntarse si Cervantes conocía cuáles eran los límites del distrito del campo de Montiel y la Mancha. ¿Acaso Argamasilla no limita con el campo de Montiel?

Hemos girado a la izquierda de la rotonda, dirección a la iglesia parroquial de San Juan Bautista, cuyos altos paños de labradas piedras, ocre y de sillares encajados, son muralla a la carretera. Hemos pasado por encima del canal de Avenamiento (o canal para dar salida a los terrenos húmedos o encharcados). Más adelante pasa otro canal, el del Gran Prior, porque esta villa es la Venecia de La Mancha si los canales fueran navegables. Pasada la iglesia ya vemos los jardines de la Plaza de España y el edificio de aspecto chalet del Ayuntamiento con reloj en la espadaña. Sin darnos apenas cuenta de nuestro corto recorrido entramos por la espalda del edificio Consistorial y aparcamos, nada más y nada menos que enfrente de la rebotica donde se reunían los Académicos con usted, cuando les visitó en marzo de 1905, hace un siglo nada más y nada menos.

-No puedo abrir la puerta -me advierte mi mujer en tono de enfado, como ella se pone cuando las cosas no le saben bien, y eso de quedarse la última le repatea. Es verdad, su puerta la pegué muy cerca de otro vehículo-. Mueve el coche para atrás.

-¿Dónde quieres que te retrate? -le dije para suavizarla la situación, una vez había salido.

-Me da igual. Estoy rodeada de historia.

Yo saltaba de contento que de alegría no podía más e incluso me había olvidado el bastón con empuñadura de madera de algarrobo blanco dentro del coche, allí, con aquella temperatura de abrigo de visón, ya no estaba ni cojo ni me dolía nada, porque había entrado en una fantasía literaria, en la médula de La Mancha tan plana como una bandeja de plata.

Descubrí una placa de mármol blanca en la fachada, encima de la placa de la Plazuela Quijana que así es como se llama esta plaza, la placa dedica a usted, dice literalmente:

«En la rebotica de esta farmacia que fue de D. Carlos Gómez se reunía Azorín con los académicos de la Argamasilla. "La ruta de d. Quijote" (Cap. V), "Los académicos de la Argamasilla". 23 de abril de 1999».

Actualmente, los Académicos de la Argamasilla son una Asociación Cultural de tradición cervantina centenaria en esta ciudad de cuyo aire respiró don Quijote y Sancho y el propio Cervantes, dice el catálogo / mapa que los entrecomillados "Académicos", siguen organizando numerosas actividades culturales entre las que caben destacar los Juicios Críticos Literarios, que este año le toca enjuiciar a la arpista Rosa María Calvo, para el 17 de septiembre. Este acto tan singular cuenta con un encausado, un defensor y un fiscal, y si se quiere, se pueden presentar testigos. Entre los cervantistas e intelectuales a los que ha interesado el tema se hallan Luis Arroyo Zapatero, Pedro B. Pedraza, Rafael Alfaro y otros nombres.

Después, las fotos necesarias a la placa de usted, a la puerta verde de chapa de la rebotica, ahora cerrada con un candado, en cuyo dintel hay un cartel: «Farmacia del L^{oo} [licenciado] C. Cueva». También aparece un cartel informativo para turistas despistados como nosotros, donde se cuenta la historia del lugar con gran fotografía de los académicos. Luego le di los buenos días a un busto suyo situado en un jardincillo del Ayuntamiento; no se ve el nombre del escultor, pero gracias al artículo de José Payá Bernabé, «Cervantes en Azorín», sabemos que el escultor del busto es Cayetano Hilario en 1973, y que usted llegó a conocer el busto. ¿Qué se siente cuando uno se ve en piedra? El busto es de una piedra blanca, de nata, se le ve vestido con traje y corbata, descansa sobre de dos gruesos volúmenes que deben representar al Quijote, y estos, a su vez, sobre un pedestal en forma de prisma con un cartel frontal que dice:

«Yo no he conocido jamás hombres más discretos, más amables, más sencillos que estos buenos hidalgos don Cándido, don Luis, don Francisco, don Juan Alfonso y don Carlos». (Cap. V).

Usted tiene otros bustos repartidos por La Mancha y Valencia, que yo sepa: uno en Albacete en el parque de Abelardo Sánchez, junto a un estanque de patos, obra de Andrés Tendero. Otro de medio cuerpo en la Casa-Museo de Monóvar, cuyo autor es José Palacios, escultor valenciano; en el Colegio Cervantes tienen una copia. Otro busto de bronce en Valencia, efectuado por Víctor-hino (Victoriano Gómez López) que lo firma al lado y fecha 1968, en el que figura: «Valencia a Azorín, 1969». Dicen que otro en Manzanares. En cambio, que yo sepa, en Alicante, no tiene usted un busto: nadie es profeta en su tierra.

En la otra parte de la Plazuela de Quijana emerge una escultura, no recuerdo ahora si de Alonso Quijano o de Cervantes sentado, bajo unos árboles. En esos momentos unos empleados del Ayuntamiento limpiaban el jardincillo de hojarasca. Pegado al monumento reposaba una bicicleta tumbada, quieta con sus dos ruedas y su manillar, posiblemente de alguno de los empleados de la limpieza. En esos momentos no le hice una fotografía, y me arrepiento. ¿Cómo es posible que un pintor que pretende ser patricio entre sus contemporáneos no hiciera una fotografía de la bicicleta apoyada sobre Cervantes o don Alonso, una foto plástica, provocadora, del nuevo arte contemporáneo? Pero la imagen me trae la idea, y estoy en ello, en dibujar una pareja «donquijotesanchona» montados cada uno en bicicleta por los caminos de La Mancha, por esta región sin límites, que como ya escribiera Benito Pérez Galdós en 1873: «Don Quijote necesitaba aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, y que, sin embargo, todo él es camino, aquella tierra sin direcciones: pues por ella se va a todas partes». Es cierto, señor Galdós, La Mancha no tiene paredes, no tiene puertas al campo (Octavio Paz), no tiene murallas de montes que le angosten los pasos que deletrean las calles solitarias, los árboles con sus hijas sombras, cual rebaño de frescor, sus paisajes no son áridos sino amenos y labrados.

Entramos en el Ayuntamiento para pedir información turística. Una chica que escribía en el teclado de un ordenador, porque los ordenadores han llegado a todas partes, incluso al «Lugar», nos atiende muy amable. Nos dio un plano de la ciudad, que tiene un calendario de 2005, en el que se anuncia las actividades culturales con motivo de este sueño del IV Centenario. Ya tengo tres planos: el de 2001 y 2003 y este; los tres son diferentes. La actividad en este Ayuntamiento es frenética, suenan los teléfonos por todas partes, entran y salen vecinos por la puerta de cristales. Hace unos días se celebró

el XII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, dirigido por Felipe B. Pedraza y coordinado por Pedro Padilla. Ayer, día 10 de mayo, se celebró un concierto en Argamasilla por la Banda de la Agrupación Musical Maestro Martín Díaz que dirigió Miguel Carlos.

Me hubiera gustado hablar largo y tendido con la Concejala de Cultura Noelia Serrano, sin embargo, hace más de diez años que no consigo hablar con político alguno, porque todos están o reunidos en los plenos o inaugurando algún polideportivo.

Usted, señor Azorín, ya nos contó ampliamente la historia de Argamasilla de Alba en el Capítulo III, «Psicología de Argamasilla», y yo no la voy a repetir, salvo algunas puntualizaciones: que se fundó en 1535 y obtuvo el título de villa en 1612, su término municipal es de 38.700 hectáreas y su población actual de 6.800 vecinos. Me consta que usted preparó muy seriamente su viaje, ya que tomó notas de las *Relaciones Topográficas de los pueblos de España*, mandadas por Felipe II en 1575. Me gustaría preguntarle de dónde tomó las notas, si del original que existen en la Biblioteca de El Escorial o de la copia que hay en la Real Academia de la Historia de Madrid, ya que estas relaciones no están publicadas, salvo una antología que hizo Juan Ortega Rubio en 1918. Lo más lógico es pensar que estuvo en la de la Historia, hoy en calle León, 21 (28014 Madrid), que se fundó en 18 de abril de 1738 por el Rey D. Felipe V.

La etimología del nombre de Argamasilla, pasa por ser, según Antonio Aradillas, por «argamasas» en alusión a un edificio mal construido, con mezcla de cal, arena, tierra y agua en tiempos del Gran Prior de la orden de San Juan, don Diego de Toledo de la Casa de Alba, aunque los primeros emplazamientos datan de 1198.

En febrero de 2005 se colocó aquí la primera piedra de la Ruta del Quijote en Camino de la Estación, donde empieza el corredor de la llamada eco ruta, por el presidente de la Junta don José María Barreda. Se han creado comisiones, comisarios, y no sé cuántas cosas más para que esta fecha sea el arranque de un principio. Por REAL DECRETO 1419/2004, de 11 de junio, se creó la Comisión Nacional del IV Centenario cuyo presidente de honor son Sus Majestades los Reyes de España.

Estos días amenos, con insuficientes tormentas furibundas, de mediados de junio, ha saltado de nuevo la noticia del problema de la sequía y del agua entre Murcia y La Mancha, el canal Tajo-Segura, es un canal de discordias y además hurraño. Murcia de por sí es una región árida en el espacio climático donde menos llueve en España: se ha convertido en un vergel de huertas. Los manchegos se empeñan en no dar agua para los campos de golf: esto es un error, un campo de golf da trabajo a 40 personas durante todo el año, y un campo de lechugas da trabajo a 10 personas durante diez días. Y denuncian que dan más agua de la que reciben.



Don Rodrigo de Pacheco, semblanza de don Quijote △▽

Sr. Azorín:

Con esta efemérides del IV Centenario, toda La Mancha se ha engalanado y se ha puesto «guapa», como suele decir ahora nuestra juventud. Se ha metido en obras y en argamasa, se nota la inversión pública. Ahora en 2005, y con la Constitución de 1978, esta región pertenece a la Autonomía que se llama Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha con capital administrativa en Toledo. La Junta ha organizado las celebraciones publicadas en el Boletín Oficial del Estado, Madrid, n.º 156 del 29 de junio de 2004, cuya comisión preside el Presidente de Gobierno don Luis Zapatero, y vicepresidente el Presidente de la Junta, y vocales de los Ayuntamientos más representativos (El Toboso, Argamasilla, la Universidad Castilla-La Mancha).

En el III Centenario (*Gaceta de Madrid*, Madrid, n.º 2, 2-01-1904), no hubo ningún representante de La Mancha porque Castilla la Nueva, la de las regiones, no tenían autogobiernos. ¿Acaso no existía La Mancha administrativamente, no existía acaso la

Diputación Provincial de Ciudad Real? Se ve que no, que lo organizaron todo desde Madrid: entre ellos estaba el temido e influyente periodista Mariano de Cavia, de *El Imparcial*, que podía poner en jaque a un gobierno.

Actualmente hay dos iglesias y un Centro parroquial en Argamasilla, pero sin duda la iglesia que a nosotros nos interesa visitar es la doblemente luminosa de San Juan Bautista, donde el silencio tiene su asiento y su rosario, donde está el cuadro de don Rodrigo Pacheco, y darle noticias de lo que sucede estos días en La Mancha. La veo y examino desde la puerta del Ayuntamiento con su torre cuadrada, es poderosa, en dos vanos se ven las campanas de bronce nuevos que el tiempo ha arrebatado de su oración, y sobre ellas, rodeada en su mitad por una adarve con almenas, se alza, puntiagudo hasta pinchar el cielo, un pináculo cuadrado acabado en pirámide con pararrayos que conecta directamente con estos cielos manchegos, radiantes, zarzos, que transpiran encantamiento.

Aunque la iglesia se empezó a construir en 1542 por don Juan de Ornero, la torre no se construyó hasta 1913 por mediación del interés y las gestiones de Pedro José Menchén y Ramírez de Orellana, porque sin duda alguna, toda arquitectura tiene su tiempo de maduración y acabado. Al comienzo de la guerra civil en 1936, el templo - después de quemar las imágenes, destruir el retablo y llevarse las campanas- fue utilizado como garaje por los milicianos, y como era un garaje pues la portada de la capilla que daba a la carretera fue tapiada para ampliar la carretera, símbolo de progreso, infraestructura terrestre, que al parecer, no podía pasar por otro sitio; así se construye la historia de nuestro patrimonio, con improperios a la arquitectura que no se puede defender, piedras inocentes, vilipendiadas por intereses espurios de urbanizaciones e inmobiliarias que como alacranes se van comiendo el granito noble, vetustas, arcadas y arcos de triunfo romanos, temerosos testigos de nuestra mano criminal arqueológica. Porque sepa señor Azorín, que las piedras de los sillares de nuestras murallas, de nuestras iglesias, de nuestros puentes romanos, nos tienen pánico.

Nos sentamos en unos de los bancos de la Plaza de España. A mi espalda se sitúa la farmacia nueva. Abro el libro de *La ruta...*, por la página 99-100, en la que usted mantiene una exacerbada conversación con don Cándido; aseguraba el clérigo: «pues yo digo que don Quijote era de aquí; don Quijote era el propio don Rodrigo de Pacheco, el que está retratado en nuestra iglesia, y no podrá nadie, nadie, por mucha que sea su ciencia, destruir esta tradición». Y después de quedar usted convencido de que Alonso Quijano, el Bueno, era de este insigne pueblo manchego, se ha acercado a la academia de la rebotica.

Tocaba hacerle la visita de cortesía a don Rodrigo de Pacheco y sobrina, según la tradición, señora aristocrática que no sabemos cómo se llama, lo cual es siempre una descortesía. Entramos en la iglesia, cuyas columnas de cemento indican una restauración reciente. En esos momentos no había ningún grupo de escolares dentro, toda la iglesia era para nosotros. Como yo siempre empiezo por la izquierda, me encontré, apenas sin esfuerzos, en una amplia capilla, el famoso y visitadísimo cuadro de don Rodrigo Pacheco, no tanto como el *Entierro del Conde de Orgaz* en Toledo, donde además, en Toledo, hay que pagar una entrada, y que fue revalorizado por Rusiñor según José María Martínez Cachero, y también por los modernistas entre ellos usted, que escribió algo sobre el Greco, pero ahora no tengo a mano mis apuntes.

El esperado cuadro anónimo, dicen los expertos, que tiene semejanzas con el estilo de El Greco, por ello se le supone que sea de un alumno aplicado, fechado en 1601, aunque también cabría preguntarse si a los argamasilleros les interesa o no identificar al autor del caballero don Rodrigo Pacheco, modelo que muchos cervantistas han tomado como espejo de don Quijote; era marqués de Torre Pacheco, que habiendo sufrido una dolencia grave del cerebro fue curado por intercesión de Nuestra Señora de la Caridad de Illescas (Virgen que lleva el nombre de Illescas -Toledo- con fama de milagrera que fue pintada por El Greco entre 1603-04). Este es un cuadro donante o exvoto donde se ve a la derecha del espectador al caballero enlutado y a su piadosa sobrina: a los dos les ha llegado el luto y visten golas a la sazón de la época y tienen las manos en oración. Cuenta la leyenda que Cervantes conoció a este caballero en Argamasilla.

No hay conciencia de luz ni arde el chiporreo de mariposas o velas de ceras, ahora las velas son eléctricas y se encienden con mondas, no tiene iluminación, si bien, después, se nos enciende la luz de un foco como arte de magia: ha sido una mujer de esas que cuidan altruistamente las iglesias y que en Andalucía llaman betas. Es doña María, doña Rosario, doña Sacramento. Podemos admirar el cuadro alargado en su plenitud de colores, en la armonía de los ocre, tierras, alazán, tostados, rojos, y en la parte superior, salido de un color blanco virginal y mariano, entre dos cortinas pintadas y abiertas, se nos presenta una Virgen coronada con capa blanca sobre los hombros, cara encerrada en una toca de encajes. Sostiene a un Niño Jesús en los brazos que juega con una bola del mundo metálica; dos santos varones la custodian como costaleros, guardianes: uno es el patriarca San José con un báculo de oro en la mano, y el otro santo, calvo de larga barba alba, es el evangelista San Mateo con libro y pluma, como notario para dar fe y cuenta de los allí retratados o de la petición del caballero. Don Rodrigo es un hombre de unos treinta años, y junto a él su sobrina, dama ilustre con adornada gola de Flandes, coronada con diadema de oro, el pelo recogido, la mirada mística, enlutada con ricos terciopelos, y sus manos, desprendidas de cualquier joya, juntas en oración; posiblemente quien mandó pintar el cuadro. Me senté en un banco de madera oscura, tal vez nogal, con que están tallados los coros de las iglesias, que hay debajo del cuadro, y me hice la foto de rigor. Quizás pequé de protagonismo, pero este viaje lo llevaba preparando durante meses. Debajo del cuadro hay la leyenda del voto con letras incrustadas en oro, que dice:

«Apareció Nuestra Señora a este caballero estando malo de una enfermedad gravísima desamparado de los médicos víspera de San Mateo año MDCI encomendándose a esta Señora y prometiéndole una lámpara de plata llamándola día y noche de un gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le cuajó dentro».

Mientras mi mujer recorría las diferentes capillas, interrogué a la mujer que limpiaba las reliquias y sacramentos en el altar mayor y que hacía encendido la luz milagrosamente.

-La Virgen del altar mayor, ¿cómo se llama?

-Se llama la Virgen de Peñarroya, como la del castillo.

-Entonces la del cuadro no es la Virgen de Peñarroya -hago mi pregunta capciosa.

-No, no señor, es otra Virgen.

-El cuadro está muy nuevo, ¿parece restaurando?

-No, el cuadro que yo sepa no ha salido de aquí, siempre ha estado así en esa capilla
-ha replicado doña María, doña Rosario, doña Sacramento.

Ramón Antequera es autor del libro *Juicio analítico del Quijote*, escrito en Argamasilla de Alba (1863), y escribe que descubrió: «en la capilla familiar, mandada edificar por don Rodrigo en los años 1600 a 1606, un retablo, uno de los cuadritos con que el agradecimiento y la devoción atestiguan un milagro». Por lo tanto si se finalizó la capilla en 1606, *El Quijote* llevaba un año en la calle. ¿En qué año estuvo Cervantes en Argamasilla?

El escritor chileno D'Halmar (Augusto Goéminne Thomson), diplomático y escritor, fue el primer chileno distinguido con el Premio Nacional de Literatura en 1942. En su libro *La Mancha de Don Quijote* (1934), recorrió los mismos lugares de la ruta y describió el cuadro con cuidado detalle.

Luego llegó a la Iglesia una legión de ruidosos escolares con su profesora guía, que empezó a explicar lo que yo acabo de contarle a usted.



En la prisión de Cervantes



Señor Azorín:

La casa de Medrano se encuentra en el número 7 de la calle Cervantes, aunque tiene dos puertas, la otra da a la calle Capitán Sánchez. En la puerta hay un letrero de azulejos incrustado en la pared que dice: «Centro Cultural casa de Medrano Prisión de Cervantes inauguración 23 de abril de 1999». La puerta conserva jambas y dintel de piedra y un escudo oval en la puerta de nueva construcción.

La casa es nueva, tiene oficinas, un gran patio interior que sirve para representaciones de teatro, dos sótanos o cueva como llaman a las bodegas para guardar vinos, que dice la tradición que fue la prisión de Cervantes donde empezó a escribir el *Quijote*. En los tiempos de Cervantes esta casa pertenecía a la ilustre familia lugareña de los Medrano y a principios del siglo XVII pasó a ser propiedad de un vecino llamado Juan Ginel. Era entonces un caserón manchego de dos plantas, edificado alrededor de un patio con corredor; tenía además otros patios y corrales y una cueva en dos niveles a la que se accedía (y se accede) a través del patio central por una escotadura. Aunque ya he comentado en otra ocasión que no hay constancia documental de que aquí estuviera preso Cervantes, porque las prisiones documentadas son las de Castro del Río en 1592, y la de Sevilla en 1597, y otra entre 1602 a 1603, que duró tres meses cuando Gaspar de Vallejo, magistrado de la Audiencia de Sevilla, le reclamó los 88.000 maravedís que Cervantes le había condenado a unos agentes de Vélez-Málaga (del antiguo reino de Granada), por arqueo.

Usted, señor Azorín, no nos cuenta los pormenores del interior de la cueva, bien porque no estuvo dentro o porque se te olvidó mencionarla, aunque usted le cuenta a don Cándido en la página 98, que esa mañana ha estado en la casa prisión de Cervantes, y no nombra a Medrano. Usted le dice que los eruditos opinan que Cervantes no estuvo encerrado allí, don Cándido se llena de sorpresa y de asombro y de estupefacción. Y este clérigo exclama «¡Jesús! ¡Jesús!» llevándose las manos a la cabeza: «¿No me diga usted tales cosas, señor Azorín! Señor, señor, que tenga uno que oír unas cosas tan enormes!».

He de reconocerle que el diálogo de estas páginas discutiendo con el clérigo don Cándido es una obra maestra, que no me canso nunca de releer. Algo parecido me pasó a mí cuando llamé un día por teléfono a una conocida cervantista argamasillera, y le expuse lo que se comentaba, de que usted no estuvo en realidad en Argamasilla, sino que era un viaje literario.

-¡Cómo que no! Sí, Azorín estuvo siete días aquí, y además yo tengo ahora delante de mí una tarjeta postal enviada desde aquí. No, no lo dude ni por un momento, además hay fotos de la Fonda de la Xantipa donde estuvo alojado. ¡Qué cosas hay que oír!

-No, si yo lo digo por otros investigadores -tuve que aclararle, pero sirvió de poco.

En el año 1863 la casa fue adquirida por el infante don Sebastián Gabriel de Borbón, prior de la orden de San Juan, con el fin de desarrollar en ella actos culturales y otras actividades. Al morir el Infante don Sebastián de Borbón, su viuda vendió la casa. Fechas en que el editor Manuel Rivadeneyra trasladó aquí su imprenta, e hizo una edición del *Quijote* con un prólogo del dramaturgo español J. Hartzenbusch. Edición muy valorada por bibliófilos.

En 1970 pasa a propiedad municipal y es declarada Monumento Histórico-artístico en 1972. Ante su estado de irreversible deterioro en 1990 el Ayuntamiento de Argamasilla de Alba con la Junta de Comunidades de Castilla la Mancha proyectan una remodelación del edificio, ejecutada por la Escuela-Taller «Casa de Medrano», y lo dotan de modernas y funcionales instalaciones para actividades culturales (biblioteca, galería de exposiciones, salón de actos, auditorio y otras dependencias). Junto a la cueva-prisión de Cervantes. Se sabe que el 21 de marzo de 1905 la casa sufrió un terrible incendio y al quedar casi en ruinas se reconstruyó con una sola planta. La cueva de los dos niveles había quedado intacta después del incendio. *El Heraldo de Madrid* dio la noticia que la había dado Fructuoso Coronado, corresponsal de Argamasilla, y tomo la nota de la página 306, del libro de Pilar Serrano de Merché ya referenciado (*La Argamasilla que nos precedió*, 2001):

«Acaba de declararse un violento Incendio en la casa donde estuvo preso Miguel de Cervantes Saavedra, o sea en la llamada casa de Medrano, donde, según la tradición...». Esta noticia fue aprovechada por el veterano periodista de origen aragonés Mariano de Cavia en *El Imparcial* del día 22 de marzo, donde se comenta sobre las contrariedades de Cervantes preso en Argamasilla, aunque luego es compasivo, y advierte que poco le importa a Argamasilla que la crítica le quite parte de la leyenda quijotil.

Cuenta este interesantísimo y documentado libro que los gastos del III Centenario en Argamasilla ascendieron a 370 pesetas, además de documentar las visitas de varios viajeros ilustres, como el ruso Vasili Ivanovich en la Restauración, ya que el libro *Crónicas de España: de mis recuerdos de viaje* (dos tomos) está editado en Moscú en 1888; el viajero y escritor estadounidense Augusto Floriano Jaccaci lo recorrió en 1890: este escritor está considerado por Rupert Croft-Cooke como el pionero en recorrer los parajes del *Quijote*; pero no es el primero, ya que tanto Esther Almarcha e Isidro Sánchez (Introducción a *La ruta del Quijote*, Centro de Estudios de Castilla-La Mancha 2005, págs. 23 y 34), han investigado que cincuenta años antes de Jaccaci, lo hizo el jienense José Giménez Serrano, denominado «Un paseo por la patria de Don Quijote», en *Semanario Pintoresco español*, Madrid (16-I-1848).

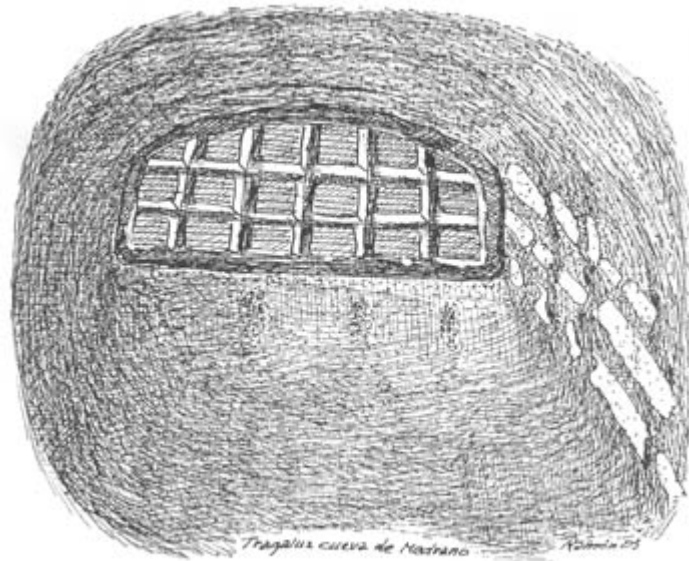
Con el III Centenario estuvo Rubén Darío (de vuelta a su país, Rubén Darío hizo una publicación en el diario *La Nación* de Buenos Aires sobre Argamasilla). También le nombran a usted, donde se habla largo y tendido y no faltan las refutaciones.

Veinte años después de su viaje, señor Azorín, lo hicieron muchos personajes, entre ellos los periodistas Juan Larrea y Francisco Prieto: *La vuelta a La Mancha a pie*, 1923, donde dicen sobre su libro: «La ruta no fue ruta, error grave de Azorín, haber puesto un título tan trascendental, tan prometedor a una obra que cuando más debiera haberse titulado "Algunos días en la Mancha" y tras alabar sus valores literarios le consideraron egocéntrico, en la que se cometían inexactitudes». (Pág. 29-30, 2005, de la introducción de Esther Almarcha y de Isidro Sánchez).

Una vez hemos franqueado la puerta de la Casa de Cultura Medrano, vemos un mostrador de información y turismo donde compré el libro de Pilar Serrano Merché, ya referido antes: ya tenía cinco libros. Una vez en el interior hay un gran patio de sillas, y un escenario donde se representan obras de teatro por el grupo Cueva de Cervantes. Cuando entramos había en su interior unos 100 colegiales, aprovechamos la ocasión para entrar a la cueva un grupo reducido y una ilustrada guía rubia. Se baja a cueva/prisión por unas escaleras de piedras, vemos un azulejo ocre en el dintel, la puerta abierta, dentro se muestra la blancura impoluta de la cal, el suelo de piedra, techo abovedado largo como dos autobuses, en la esquina de la izquierda un poyete que me invita al descanso, una mesa con banco, una espada atravesada en la pared, encima una lanza horizontal, y una bacía de bronce (gran coleccionista de bacías es el peluquero alicantino Luis Galera). Pero lo que más me llamó la atención y criterio, en aquel recinto carcelario, claustrofóbico y poético cervantino, fue la tronera enrejada por donde entra un rayo silencioso, cuadrangular, una luz nueva, cervantina, soñadora. Esta misma luz que vio Cervantes, amiga, puntual, mensajera de los cielos. He sido subyugado, encantando por estas cuadrículas luminosas en la pared como símbolos más que señales que escriben jeroglíficos en la pared, y sí, lo afirmo, he visto parte de La Mancha, lagunas nocturnas, cataratas, llanuras como bandeja de plata, pero no hay en La Mancha, otra reja con este resplandor divino, de rayos fugitivos y que no cesan de dictar palabras y que tú, solamente tú has podido que copiar.

Incrustado en la pared hay azulejo: «12 de marzo de 1968, se firmó ahí el acta de la fundación del pintor manchego Gregorio Prieto (Valdepeñas 1897-1992), con el hombre del notario y del alcalde de Argamasilla de esos momentos don Gerardo Serrano». En el primer piso se abre la galería Gregorio Prieto, pintor valdepeñero, que en vida quiso unir su persona y su legado artístico a este lugar inmortal. Gregorio se encerró dos días en la cueva/prisión, buscando el dictado de la luz de la tronera y, allí, encerrado ideó crear la Fundación que conserva su valioso legado. Además quiso sellar esta unión con la donación de 17 obras al pueblo de Argamasilla que se pueden ver en esta galería. Este azulejo conmemorativo se adjunta foto.

En el centro de la prisión se abre una escotadura desde la que se baja a otra especie de cueva de menor cubicación, donde descansa muerta y maciza una gran tinaja y otro cartel de azulejos en la pared; es decir, que la cueva es de dos pisos.



Refutaciones a su viaje desde Madrid a Argamasilla



Señor Azorín:

Su libro *La ruta...*, es el más traducido y el más famoso de todos cuantos escribiera usted, un libro de poca extensión resultado de un carro, una mula y un lápiz, humildes instrumentos componen la flor de su obra cervantina, esos modestos instrumentos casi quijotescos por una región que los romanos llamaron Espartaria y que los árabes tradujeron por Manxa (tierra seca, productora de esparto). Vargas Llosa ya lo dejó escrito en su discurso de ingreso en la RAE en 1993: «Aunque hubiera sido el único libro que escribía, él solo bastaría para hacer de Azorín uno de los más elegantes artesanos de nuestra lengua...». ¿Sabe usted quién es Mario Vargas Llosa? Uno de los más importantes escritores hispanoamericanos actuales, escritor peruano, como a él le gusta llamarse, autor de un celebre libro *La ciudad y los perros* (1962) con el que ganó el Premio Biblioteca Breve y Premio de la Crítica, y, además que se ha llevado todos los premios que hay en España, entre ellos el Cervantes en 1994, con el discurso: «La tentación de lo imposible» y es Académico. Me viene a la memoria el único libro del mexicano Juan Rulfo, ese libro que le dio fama universal, *Pedro Páramo*, y fue tanta la gloria que le dio y tanto el miedo a no escribir otra novela que le igualara que, asustado, no escribió más, aunque los relatos *El llano en llamas*, también son muy dignos.

Sin embargo, y perdón por mi atrevimiento, y después de haber leído su libro una docena de veces, me han llegado algunas dudas que se traducen en preguntas: ¿por qué está usted triste y melancólico por tener que hacer un viaje por encargo a la Mancha para escribir crónicas del III Centenario en «la cumbre», o sea, en *El Imparcial* de

Madrid. En donde «sólo llegaban a publicar algunos felices mortales», o «accedían los aupados escritores», era como doctorarse en periodismo. Las crónicas se las iban a publicar, nada más y nada menos, que en la primera página, excepto la del décimo día; publicó desde el día 4 al 15 de marzo. Además el día 3 le presentaron muy bien: «El notable escritor Azorín colabora desde hoy en las columnas de *El Imparcial*». Nos repite usted por dos veces el sentir ante el viaje: «gesto de cansancio, de tristeza y de resignación» (línea 4 y línea 16), empieza uno a leer una crónica de abatimiento y melancolía, posiblemente debido a su desagrado a viajar, aunque los trenes le encantan, es sabido que ante un viaje uno se llena de miedos infundados. También nos dice que «tengo una profunda melancolía». Empieza diciendo que se encuentra en Madrid un cuarto diminuto, otras veces un modesto mechinal o habitación muy pequeña. Vive en una pensión de Madrid que regenta doña Isabel, la casera o patrona como se solía llamar antes, una anciana enlutada, limpia y pálida. No nos informa de si es viuda o casada. Nos la describe con detalle como es propio en estilo minucioso descriptivo de un paisaje íntimo; con sumo cuidado la modesta habitación: tiene tres o cuatro pasos, es cuadrada, hay una mesa pequeña, un lavabo, una cómoda y una cama, hay un balcón desde el que se ve un patio limpio y blanco. En *Charivari*, cuenta que desde la ventana de la habitación de su pensión veía usted la imprenta del periódico *El Imparcial* y muchas veces escribir a Mariano de Cavia.

Usted llama a gritos a doña Isabel, no se sabe muy bien para qué le llama; una anciana venerable, seguramente, me imagino que de pelo blanco liado en un mocho y su delantal largo a cuadritos de servilletas, que calza unas zapatillas gastadas por las puntas de ambos dedos gordos, sube a la habitación y mantiene una banal conversación con usted: ella pregunta que a dónde se marcha, puesto que ha visto «la maleta [de cartón] que aparece en el centro del cuarto» y le responde con pesar, entristecido y resignado, que no lo sabe. Luego ella le advierte casi como una enfermera de cabecera que «esos libros y esos papeles que usted escribe le están a usted matando». Quiera o no, aquí evoca usted a la locura a causa de las lecturas del molino de los libros: «En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro (sic), de manera que vino a perder el juicio» (Cap. I). Usted le responde a doña Isabel con sus altos ideales mesiánicos: «tengo que realizar una misión sobre la tierra». Esta respuesta implica la responsabilidad de una alta misión divina, la de un enviado, o la de un viajero en el tiempo, como la de un profeta elegido, un chamán, un vidente, un iluminado, pero usted comenta para sí que doña Isabel no comprende nada de esta misión.

Usted se siente condenado por tener que escribir, encadenado al destino de escribir cual Prometeo, y escribe: «con esta inquieta pluma que he de mover perdurablemente y con estas cuartillas que he de llenar hasta el fin de mis días».

Un suspiro largo, quejumbroso, lastimero de doña Isabel, «¡Ay, señor!», y que a ella le vale para recordar su propia infancia y adolescencia de algún pueblo muerto, sombrío. Este suspiro le evoca a usted el pensamiento de ella. Este es un artificio que me llamó la atención: describir los posibles pensamientos de su interlocutor. ¿Acaso su libro no es también novela psicológica? Y repasa la visión de los viejos pueblos y caserones vetustos, ese vocablo es repetidísimo por usted hasta dieciséis veces a lo largo de las 15 crónicas. Vetusto es una de las palabras del léxico usado por su amigo y protector Leopoldo Alas «Clarín» (1852-1901), en *La Regenta*: «Vetusta, la muy noble.

y leal ciudad, corte en lejano siglo...», segundo párrafo de la primera página (Edición Alianza Editorial, n.º 8, Madrid, edición de 1978), que además de novelista fue un severo crítico literario, y que cuando usted llegó a Madrid en 1897 recibió «encomiástico juicio» del maestro. (Página 24 a la introducción de *Una hora de España* de José Montero Padilla).

Finaliza este su magistral I Capítulo «La Partida», sin duda una lección de narrativa y novela, con modestia: «yo soy un pobre hombre que, en los ratos de vanidad, quiere aparentar que sabe algo, pero que en realidad no sabe nada». Frase que nos recuerda al artículo de Marino Larra, con aquella frase: «Yo vengo a ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo...». («Artículos de Costumbres», *El Pobrecito Hablador*, 17 agosto 1832). Porque sin duda alguna usted fue un gran lector de Larra. Hoy en día, en 2005, esta forma de expresión suena a falsa modestia. Y es que uno escribe para que le quieran.

Yo tengo algunas dudas sobre su viaje desde Madrid a Argamasilla en tren, no sé si atreverme a preguntárselo, quizás por el respeto que le tengo a su libro; a pesar de que todas mis reticencias se asientan en que usted incurre en contradicciones. Según nos cuenta en *La ruta...*, sale de una estación de Madrid y que silencia, que debe ser la antigua de Mediodía, hasta Cinco Casas, que según dice en la pág. 83: «Argamasilla es Cinco Casas, pero todos le llaman Cinco Casas». Más adelante, al final de la página 84 una voz acaba de gritar: «Argamasilla, dos minutos». Lo que podemos pensar es que los viajeros que van a Argamasilla son avisados previamente en la estación de Cisco Casas para que bajen en ella.

Usted narra que una vez en la estación de Cinco Casas hay una enorme diligencia de las que encantaban a los viajeros franceses que llegaban a España. Al lado de la diligencia hay un coche venerable, un coche simpático, uno de estos coches de pueblo en que todos hemos paseado siendo niños. Este coche, le informa un viajero, «es de la Pacheca, una dama fina, elegante, majestuosa, enlutada, sale de la estación y sube en este coche». Usted toma la diligencia por la llanura y entráis en la villa ilustre, la distancia real es de 13 kilómetros, y se aposenta en la fonda de la Xantipa. Argamasilla no es Cinco Casas, en aquel tiempo no había tren hasta Argamasilla porque se construyó en 1914 hasta Tomelloso, gracias al político y escritor Francisco Martínez, y lamentablemente, suprimido al servicio de viajeros en 1971.

Bien, dicho esto, usted no sabe muy bien la distancia que hay entre Cinco Casas y Argamasilla, por ello toma una diligencia que no sabemos si está tirada por atracción animal o a motor de benceno, no nos cuenta nada de los viajeros que le acompañan en la diligencia, ni del conductor, ni cuánto le cuesta el billete.

Pero años después, usted confiesa en su libro *Madrid* (IV) de 1941, que «El viaje por la Mancha, siguiendo a don Quijote, es encantador. Viajo en un carrito tirado por una mula, que gobierna Miguel, carretero de Alcázar de San Juan, antiguo confitero -la suerte tiene estos viceversas- en la famosa Mahonesa de Madrid». Que debía ser una pastelería famosa de Madrid. Es decir, que usted no llegó a Cinco Casas, sino que se bajó en Alcázar de San Juan.

En 1958, el periodista Mariano Gómez Sanchos le hace una entrevista que publica en *Diálogos literarios*. Le hace una pregunta: «¿Cómo hizo usted el viaje»; a lo que

responde «Solo -contestó el viejo escritor-. Es el viaje más pintoresco de todos cuantos he hecho. No era entonces fácil viajar en automóvil por los caminejos de la Mancha». Vuelve el periodista a la carga: «¿Lo hizo usted a pie?». Contestación: «No, alquilé en Alcázar de San Juan un carro pequeño. El equipaje que llevaba, una maleta, y dentro de la maleta una poca de ropa».

A 53 años del viaje ya no aparece el carretero de Alcázar, usted viaja solo con una maleta, y en Alcázar de San Juan alquila un carrito tirado por una mula. Entonces por qué nos cuenta que fue a Cinco Casas como si fuera Argamasilla, si no es verdad. Con el tiempo todas las mentiras se descubren. Por eso yo en estas crónicas voy a decir la verdad y sólo la verdad. Porque es sabido, que el lector quiere al escritor que más y mejor le miente y engaña, ya que el escritor es un mago de narración y no deja ver sus trucos. Pero yo no quiero mentir.

Usted viaja solo, sin carretero, nos los vuelve a confirmar en el siguiente diálogo que mantiene con don José Ortega: «Y diciendo esto, don José Ortega Munilla abre un cajón, saca de él un chiquito revólver y lo pone en mis manos. Le miro atónito. No sé que decirle.

»-No le extraña a usted -me dice el maestro-. No sabemos lo que puede pasar. Va usted a viajar solo por campos y montañas. En todo viaje hay una legua de mal camino. Y hay tiene usted este chisme por lo que puede tronar» (*Madrid*, IV). Es evidente que don José Ortega no le asigna un ayudante ni le dice cómo ha de viajar. Por lo tanto no le acompaña ningún carretero, el llamado Miguel de Alcázar. Además esta sospecha es ratificada por José Payá en su artículo «Cervantes en Azorín», cuando escribe: «Con motivo de la conmemoración del III Centenario de *El Quijote*, Ortega Munilla le mandó realizar un viaje por la Mancha. Le entregó un carro, una mula y un pequeño revólver para el trayecto». Nada del carretero de Alcázar.

No le han pagado tanto como para contratar a un ayudante. Se nos va desvaneciendo la posibilidad de Miguel el carretero de Alcázar como guía y escudero. Su escudero era el pequeño revólver que le entregó don José Ortega Munilla. Ahora mis preguntas lógicas son: 1.º) Si es verdad que el carretero fue con usted, ¿cuánto le pagó al carretero por los 15 días de viajes? 2.º) ¿Dónde dormía el carretero si vivía en Alcázar? ¿No podía ir y venir desde Alcázar todo los días porque los separaba 60 kilómetros de distancia? 3.º) ¿Estaba casado o soltero el carretero? Quince días con el carretero dan mucha conversación. 4.º) Tenía cuadra la fonda de la Xantipa, y si es así, que era lo lógico, debía tener «un mozo de campo y plaza, que así ensillaba mismo ensillaba el rocín como tomaba la podadera» (I, I) que cuidara de darle el pienso a la mula. «A las seis de la mañana, allá en Argamasilla ha llegado a la puerta de mi posada Miguel, son su carrillo». ¿Dónde había dormido Miguel si vive y es de Alcázar?

Hay otras contradicciones en el animal de tiro: en *La ruta...* nos dice en el capítulo VII: «Y yo he subido en un diminuto y destartado carro; la jaca -una jaquita microscópica- ha comenzado a trotar vivaracha y nerviosa». Más adelante: «la jaca corre desesperada, impetuosa». Bien, no es lo mismo una jaca (yegua o caballo de pequeña alzada) que una mula, como cualquiera puede distinguir.

Además me queda otra pregunta: ¿cómo se traslada usted de un punto a otro, acaso no sería en las diligencias que tanto gustaban a los franceses y que unía a los pueblos?

Usted iba solo. Si el carrito lo conducía usted, el asunto de aparejar y desaparecer a la mula tiene sus mañas y es trabajo de arrieros y hay que conocer el oficio y el trato con las testarudas acémilas; estos animales también comen, tenían y tienen su cartilla ganadera y su documentación y sus nombres propios, y a veces, se ponen tan tercos que les cuesta obedecer o se le mete una piedra dentro del casco y qué hace usted. Usted, un hombre de ciudad, elegante, de traje con doble cruce, no sabe gobernar un carrito con mula por los caminos manchegos. Por lo tanto he de sospechar que hizo el viaje unas veces en tren y otras en las diligencias de los pueblos. Por qué nos miente, nos miente porque todo lector necesita que le disfracen la realidad, más humorístico, más asombroso a los lectores que esperan aventuras forzosamente como en toda novela, y su libro es crónica y novela.

Hace unos días, de este mes de junio he visto en la televisión a un señor que está realizando la ruta con carrito y mula, lleva provisiones, un jamón de pata negra y duerme en el carro.

-¿Tú que crees, cariño? -le pregunto a mi mujer que es una persona sumamente práctica-. ¿Azorín viajó en carro tirado por una mula o no?

-Si yo hubiera ido a la Mancha en aquel tiempo lo hubiera hecho lo más cómodo posible -responde mi mujer con suma claridad, porque ella nunca miente.



Sr. Azorín:

En su libro de *La ruta...*, no hay referencias al bachiller Sansón Carrasco, hijo de Bartolomé y vecino de este kilómetro cero de La Mancha, que flota sobre una gran laguna subterránea de un Guadiana tímido que se ruboriza y esconde sus melenas de olas resentidas, y se zambulle bajo tierra y luego abre los ojos por las Tablas de Daimiel. Por «El lugar» cruzan de paso dos canales de riego, el llamado de Avenamiento y el del Gran Prior, este último pasa por debajo de la plaza de la Constitución, antiguamente había incluso una lagunilla, a las afueras, como se aprecia en la fotografía (*Blanco y Negro*, Revista Ilustrada. Especial III Centenario, Madrid, 731. Fototeca CECLM, y reproducida en la página 60 de la edición de *La ruta...* por el Centro de Estudios Castilla-La Mancha, 2005). Es importante hacer estas reseñas para argumentar mi hipótesis de Argamasilla como la Venecia de La Mancha, si sus canales fueran navegables.

En la calle de los Académicos se encuentra la fachada ocre sucio, embrutecida, y descarnadas argamasillas rojizas, huesos más que piedras de la casa de Sansón Carrasco, o lo que queda de ella. Tiene una puerta prehistórica, rajada, gris, desvencijada; abandona al mundo de la literatura y al mundo de la realidad de este centenario que el Ministerio de Cultura, cuya ministra, andaluza lozana, de cuyo nombre me acuerdo pero que no me apetece ahora nombrar, ya que en tierras de hidalgos furiosos uno tiene capacidad para decir si acordarte o no acordarte de algo, sobre todo cuando el trigo temprano o el alcajel verdea y te trastorna... El Ministerio dispone de 30 millones de euros, lo que equivale a unos 5.000 millones de pesetas, para acometer esta manga empresa, invencible empresa, universal empresa del Centenario, para reformar y reforzar la historia de la fantasía más grande jamás contada. En el 2002, cien escritores eligieron en una encuesta organizada por el comité del premio Nobel las cien mejores obras de la literatura universal, y don Quijote encabezó la lista, sin embargo esta ilustre y noble casa del bachiller, espera como una vieja cepa a ser arrancada y quemada en el hogar de algún diablo urbanístico.

En la calle de los Académicos, cruzando el paso de cebra, pasaba un grupo de japonesas con sombreros y las mochilas al hombro y las cámaras en bandolera y la sonrisa puesta. Habían llegado en autobús, se me vino a la cabeza lo muy apreciado que es Don Quijote en el Cipango de Francisco Javier, por el mito de su locura genial, el ridículo que hace sin sentir vergüenza ajena, ya que para un japonés sentir vergüenza es uno de sus pecados capitales, otro es el sentimiento de deuda, quizás porque son prototipos de eficacia. Admiran la libertad de comunicación porque don Quijote habla sin parar; los japoneses, en cambio, piensan mucho lo que van a decir, ensayan, no improvisan, respetan las tradiciones. ¿Qué les gusta a los orientales de don Quijote? ¿Es el viaje, es lo burlesco, es la osadía, es el teatro? ¿Es don Quijote un samurai loco? Porque ellos se ríen de lo que a nosotros no nos hace gracia.

Para este IV Centenario se han realizado dos traducciones al japonés, uno es la del catedrático Toky Ogiuchi de la universidad de Tokio Keizcel, editado en un papel especial resistente al tiempo y al agua. Uno de los pintores japoneses afincados en España que ha realizado obra quijotesca es el artista Chiaki Korikoshi. El poeta japonés Mato Basho se aproxima al estilo humorístico de Cervantes en sus hai-ku. Los japoneses conocieron por primera vez a don Quijote y a Sancho y a Sansón Carrasco en 1885 de una traducción parcial inglesa, donde se decía que Cervantes era francés.

En China se publicó en 1922 como *Biografía de un espadachín caballeresco mágico*, de la primera parte. Con la Revolución cultural hubo irrupción de todo cuanto venía de fuera y no fue hasta la muerte de Mao (1976), cuando se reanudó una reapertura cultural. En 1978 la escritora Yans Jiang hizo la primera traducción completa. Los chinos y japoneses están interesados en España, sobre todo por el vino, en la feria de Fenavín se habló de las relaciones comerciales con China, Chen Yu Zhai, segundo secretario de la Embajada de China en Madrid, dijo que China importa el 20% del vino que consume.

El bachiller Sansón Carrasco, que fue quien contó que la primera parte ya andaba en libro en Salamanca, se burla de las traducciones del *Quijote* con sentido satírico en un diálogo: «y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca» (II, 3). Entre la I y la II parte de *El Quijote* existe un espacio temporal de novelación de un mes, y un tiempo real de 10 años, por ello es difícil entender por el lector que la primera parte ya anduviera en libros.

Cuando las japonesas de seda y jade se han marchado avergonzadas de la fachada ocre sucio de la casa de Sansón Carrasco con su pasito corto y sus sonrisas milenarias, yo miro, yo olfateo por la rendija de la vieja puerta prehistórica y yo no veo la parra ni el aljibe que se cuenta tiene dentro, yo le hago una foto, como se puede ver, una foto a la selva de maleza que se deleita en el patio interior devorando las piedras, las maderas resacas, el soportal, abrazada a las piedras que un día vieron los fantásticos y furibundos ojos de Sancho Panza: «-Pues yo voy por él -respondió Sancho. Y dejando a su señor, se fue a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí [su casa] a poco espacio [de tiempo], y entre los tres pasaron un gracioso coloquio» (II, 2). Es decir, que Sancho fue a casa del bachiller para pedirle que le acompañara a casa de don Quijote, donde los tres tuvieron un coloquio, a raíz de que Sancho se había enterado de que había llegado el bachiller a «El Lugar», el hijo de Bartolomé Carrasco, que venía de Salamanca, hecho bachiller, quien le contó que andaba ya en libros la historia de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Y al contarle esto, don Quijote dijo que seguramente el autor de esa historia ya escrita sería algún «sabio encantador». Entrados en una plática de si el autor era el moro y otras explicaciones, Sancho se ofreció a traer al bachiller hasta la casa de don Quijote.

En el coloquio del siguiente el narrador hace un retrato semblanza del bachiller Sansón Carrasco, al que describe:

«... no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca de donaire y de burlas...» (II, 3). Frente al parque de los Derechos Humanos podemos contemplar una escultura de pie en tierra del bachiller...

Aunque actualmente para salvar o menguar esta pena honda, negra, vergonzante, le han puesto el nombre de Sansón Carrasco a una casa de calle Batanes de Argamasilla, Centro de Salud y Hogar de la 3.^a Edad o edad de los sentados en los parques.

El bachiller Sansón Carrasco, que según don Quijote es «perpetuo trastulo [bufón] y regocijador de los patios de las escuelas salmantenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así como de el hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren [cualidades] para ser escudero de un

caballero andante». (11,7), acuerda con el cura, el barbero «por voto común de todos» como se explica en el (11, 16), dejarle salir a Alonso Quijano porque era imposible detenerle en «El Lugar» por más tiempo, pensaron que Sansón Carrasco le saliese al camino como caballero andante y le retara previo pacto de que el vendido quedara a merced del vendedor, con la cláusula de que el vencido no saliese en dos años en aventuras. Por ello Sansón, le anima a la tercera salida para una vez en el campo retarle, por ello soltó unos elogios: «¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas!...». Acaba con una especie de conjuro o maldición para quien impidieran esta salida con: «... que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen». (11, 7), y además se ofrece como escudero, lo cual sienta muy mal a Sancho. Era razón suficiente para que al anochecer salieran en su tercera salida don Quijote y Sancho dirección al Toboso, y luego para Zaragoza, aunque nadie comprende cómo, para seguir hacia Zaragoza, vuelve desde el Toboso a baja por los campos de Montiel, casa del Caballero del Verde Gabán, Lagunas de Ruidera y Cueva de Montesinos hasta salir por Ossa de Montiel (retablo de Maese Pedro) de la Mancha camino de Zaragoza por pueblo del rebuzno, que los cervantistas sitúan en el pueblo de El Bonillo, provincia ya de Albacete.

Los argamasilleros están muy orgullosos de que Cervantes situara el domicilio de don Quijote y el de Sancho en «El Lugar», y que empezara a escribirlo en la prisión/cueva de la casa de Medrano, sin darse ellos cuenta que Cervantes eligió este lugar para burlarse de ellos, y provocar la risa en el lector de aquella época acostumbrado a que las historias de los caballeros acontecieran en lugares tan rimbombantes como los lugares de Palmerín de Inglaterra, Amadís de Gaula (Gales), Roger de Frecia, o en Constantinopla o en Trapisonda. Cervantes debía poseer, por la experiencia vivida, una mente artístico-plástica, y se dio cuenta que la provocación es una de las cualidades del arte, de todas las artes. Sin embargo, no lo deben de estar muy orgullosos de que el bachiller lo fuera también de allí, porque lo que se puede ver en una fachada ocre sucio, supuesta casa, que siempre ha pertenecido a un apellido Carrasco. La casa tiene patio que da pena, ya lo he comentado antes. Un patio que sin ser descrito por Cervantes sí pone en boca del narrador en el capítulo 7, cuando el ama, habiéndose enterado de la resolución de la tercera salida, toma un manto y va a casa del bachiller: «Hallóle paseando por el patio de la casa...». Patio que desde la desvencijada puerta, por una rendija puedo ver, iluminado, donde la selva lo abraza y la hiedra enfurecida lo devora.

El Caballero del Bosque o de los Espejos afirmó que entre sus aventuras había vencido a muchísimos caballeros incluyendo entre ellos al gran Don Quijote de la Mancha. Don Quijote al oír esto se hizo el tonto para más tarde Sansón confesara su propia mentira. Al ver que este no lo confesaba y se emperraba en su mentira, Don Quijote le retó a un duelo en el cual el caballero que saliese vencido obedecería al vencedor. Luego vendrá la batalla o la justa entre don Quijote y Caballero de los Espejos que toma como escudero a Tomé Cecial, y como era de esperar don Quijote le vence y al Caballero de los Espejos con el humorístico final de que cuando le quita el yelmo para ver si era muerto, es cuando se asombra al ver que el caballero tenía la misma cara que su amigo Sansón Carrasco, y piensa: «Todo ha sido artificio y traza de los malignos magos que me persiguen... se previnieron para que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller». El pobre bachiller y el escudero con los huesos rotos buscaron a una algebrista (médico que encaja los huesos), que los

cervantistas sitúan en el actual pueblo de Membrilla. Esta fue el único encuentro donde don Quijote salió vencedor. La dama del Caballero de los Espejos era Casildea de Vandalia porque era andaluza y los vándalos eran de allí, como los tareslos o tartessos. En los capítulos dedicados al caballero del Bosque y de los Espejos que es el mismo caballero, usa Cervantes la técnica de ocultarnos el sujeto, y es al final que nos da una explicación de quién era este caballero. Es como en la gramática japonesa: se oculta el sujeto hasta el final de la oración, lo cual es todo lo contrario a la sintaxis española o castellana, que debe presentar al sujeto desde el principio.

En el Testamento de Don Quijote (11,74), nombra albaceas: al cura y al bachiller, y les deja dicho que si su sobrina Antonia Quijana casare con hombre de quien no se halla hecho información la desheredará, y parece haber un guiño o buen ver del casamiento de su sobrina con su amigo el bachiller, que en buen criterio le hace un epitafio.

Es mi parecer que el personaje del bachiller sería el 4.º personaje después de Dulcinea, además quien continuará la estirpe de don Quijote si es que éste y la sobrina se casaron. Otros autores han encontrado que Sansón Carrasco era clérigo de grados y corona. Andrés Trapiello ha continuado con esta historia.



Tomelloso, la viña de la Virgen



Señor Azorín:

Jamás había visto tantos viñedos en una bandeja de tierras planchadas como en Tomelloso. Yo, aunque soy manchego de nacimiento, crecí en una zona vinícola de uvas moscatel y vidueñas en la zona montañosa del Mayarín entre los términos de Torrox, Frigillana y Cómpeta, de las comarcas de la Axarquía malacitana. Mi padre no era vinicultor, sino pastor, pero era propietario de viñas, y mi tío Antonio era el aparcerero, tenía que darle cada año dos arrobas de vino del que cosechaba como pago al arriendo. No era gran bebedor, sin embargo tomábamos nuestros vasos en buena conversación y atento oído. Mi padre no compraba vino y cuando se le acababa y yo pregunto por el vino, mi padre me decía: «Hijo, ¿sabes una cosa?, que en la tiendas también venden vino». Porque la verdad es que yo compraba poco o casi nada.

De Argamasilla de Alba sale una línea recta que parece vía germinal entre la calima y las alas de los ángeles, si no hubiera sido hecha por la mano del hombre, en forma de calzada romana asfaltada bajo un cielo verde «vidificante» hacia Manzanares, el pueblo donde se cuenta que aparece la bella y misteriosa Marcela, porque aquí el cielo se torna mar y toma el color de la vid con embrujo diabólico que emborracha. Dice usted que Manzanares está a cinco leguas de Argamasilla: la distancia real es 38 kilómetros, donde según su relato de la página 155, crónica XV, escribe: «se cuentan mil casos de sortilegios, de encantamientos, de filtros, bebedizos y manjares dañosos que novias abandonadas, despechadas, ha hecho tragar a sus amantes. Sin embargo nosotros no vamos a Manzanares, ya lo conocemos, sino a Tomelloso. Usted, seguramente, pasó por Tomelloso en su particular ruta manchega, pero sin detenerse según *La ruta...* Es importante ciudad manchega capital del vino, que derrama vino, que muere por el vino como el Lazarillo de Tormes, tiene casi 30.000 habitantes, le llaman «La viña de la Virgen».

Usted nombra cuatro veces a Tomelloso en *La ruta...* Dos veces en el capítulo V, cuando dialogó con don Cándido sobre las dudas de que Cervantes estuviera preso en la cueva de Medrano, y este discreto clérigo contesta: «... pero no se me oculta que estas ideas arrancan de cuando Cánovas del Castillo iba a Tomelloso y allí le llenaban la cabeza de cosas en perjuicio de nosotros. ¿Usted no conoce la enemiga que los del Tomelloso tienen a Argamasilla?». Indudablemente la rivalidad tribal entre los pueblos colindantes siempre ha sido manifiesta en todas las provincias de España, no va a ser esta vecindad una excepción, aunque es cierto que desde que se organizaron los territorios por Autonomías (Constitución de 1978, Título VIII, De la organización territorial del Estado) se ha creado un sentimiento de patria y región. Las cinco provincias de Castilla-La Mancha: Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara y Toledo, se rigen por la vía del artículo 143, aunque cada Autonomía tiene sus estatutos. La tercera vez que nombra a Tomelloso es en la crónica VI, cuando nos habla de Juana María, y usted mismo que no se ha atrevido a preguntarle de dónde era especula con las posibilidades de su naturaleza: «¿Es manchega Juana María? ¿Es de Argamasilla? ¿Es del Toboso? ¿Es de Puerto Lápice? ¿Es de Herencia? La cuarta vez en crónica XV, «¿Qué me decís de esta exaltada fantasía manchega? El pueblo duerme en reposo denso, nadie hace nada; las tierras son apenas rasgadas por el arado celta: los huertos están abandonados; el Tomelloso, sin agua, sin más riegos que el caudal de los pozos, abastece de verduras a Argamasilla, donde el Guadiana, sosegado a flor de tierra, cruza

el pueblo y atraviesa las huertas; los jornaleros de este pueblo ganan dos reales menos que los de los pueblos cercanos». Creo entender que el pueblo que gana dos reales menos debe ser Tomelloso por el contexto de la frase, aunque tengo ciertas y ligeras dudas.

A Tomelloso le rodea hoy en día un cinturón industrial importante, tanto es así que los ecologistas en acción solicitaron al Ayuntamiento una Ordenanza de Medio Ambiente que evite la emisión de sustancias contaminantes a la atmósfera y al agua, procedentes de determinadas industrias de transformación; actividades extractivas de áridos con fuerte impacto paisajístico sin las adecuadas medidas correctoras; existencia de un vertedero municipal ilegal, carente de las más mínimas medidas de seguridad ambiental y con evidentes peligros potenciales para la salud de los ciudadanos; problemas derivados del crecimiento urbanístico y del tráfico de automóviles dentro del casco urbano; deterioro de los parques públicos como consecuencia de la inexistencia de un programa operativo de mantenimiento y conservación.

De Argamasilla a Tomelloso existen dos carreteras que distan unos 8 kilómetros: una circunvalación de la N-310 y otra que a pasa por el norte-oeste de la ciudad. Los viñedos son monocultivo; el viñedo está en ciernes en esta primavera, los marjales (montañas de piedras de los recogimientos), más algunas manchas de olivos y algún lejano y pétreo bombo. Como dice Antonio Aradillas, el diestro de La Mancha, si el resto de La Mancha está asentada sobre una gran cisterna de agua, Tomelloso lo está sobre una gran cisterna de vino, un lago de vino apretado en cubas y tinajas. Según los datos que manejo ahora de la guía del diestro, pág. 101, la región castellano-manchega es el mayor viñedo del mundo, ocupa 769,800 hectáreas y produce uno 20 millones de hectolitros, y tiene 11 Denominaciones de Origen.

Estas arterias asfaltadas son dueñas de un próspero e importante tráfico de camiones y vehículos, las casas de labranza con parrales, el pino y las grandes tinas, los pozos aislados. Mi mujer llevaba el mapa de carreteras abierto por esta zona.

-No mires que nos la pegamos -regañó mi mujer por mirar yo su mapa mientras conducía.

-Me parece que estoy perdido, yo no quiero entrar en Tomelloso, sino coger la circunvalación y pasar de largo.

-Pues tendrás que dar la vuelta porque te has *equivocado*, como siempre -mi mujer ya sabe que últimamente soy un peligro al volante, menos mal, que al menos, en este viaje todavía no me han multado.

-No, que no, que es por aquí...

Nosotros no entramos en Tomelloso porque ya lo conocíamos, estuvimos en un viaje anterior, en el 2003, y lo vimos detenidamente, y como no quiero pasar de largo por la memoria, le contaré a usted algunas novedades de Tomelloso.

Si en 1552 tenía 30 vecinos y pertenecía a Socuéllamos, ahora tiene 30.000 y es Ayuntamiento. Uno de sus atractivos más famosos después del vino es el Museo monográfico del pintor Antonio López Torres, el tío barbudo del también famoso pintor

realista Antonio López, sin García, porque decir Antonio López, ya es suficiente, es como en aquellos años del franquismo decir Antonio el bailarín, ya no había que añadir más.

Es curioso cómo la portada de la edición de José María Martínez Cachero de Cátedra, n.º 214, reproduce una ilustración de un cuadro de Antonio López Torres, titulado «Podador manchego», un óleo de 1946, y al que le he hecho un dibujo homenaje. Este pintor retrató muy bien los lugares y las costumbres de la zona, como las bodegas de vino, y las faenas propias de los viticultores, las geométricas líneas de parras y los bombos. Otro pintor de Tomelloso es Antonio Carretero. Otro lugar por visitar es el Museo del Carro.

Pero uno de los personajes que no podemos dejar olvidados de Tomelloso es Francisco Martínez Ramírez, conocido por «El Obrero», político y escritor que editó un periódico llamado *El Obrero de Tomelloso*. Uno de los expertos y estudiosos de la figura de este ilustre tomelloseño singular es Francisco Alía Miranda, historiador y Vicerrector del Campus de Ciudad Real: comenta en un homenaje que fue un personaje adelantado a su época y que luchó durante toda su vida por conseguir una sociedad mejor y más próspera y justa no sólo desde ámbitos políticos sino también sociales, a través de la reforma de la mentalidad pasiva de la época. Francisco Alía no dudó en calificar a «El Obrero» de liberal, moderno, emprendedor y luchador; se le atribuye la construcción del ferrocarril Cinco Casas-Tomelloso, con parada en Argamasilla, en 1914.

Otros nombres para recordar son el escritor García Pavón y el poeta Félix Grande, que aunque nació emeritense se crió en Tomelloso, aunque a los veinte años pasó a Madrid. Siempre se nos ha presentado Tomelloso como un pueblo con poca historia, cuyas raíces no llegaban más allá del año 1531, pues hasta esta fecha no se tiene constancia del definitivo Tomelloso. Sin embargo, aunque todavía quedan muchas sombras que iluminar sobre el oscuro pasado, hoy muchos historiadores están de acuerdo en que los orígenes de Tomelloso se remontan a los tiempos prehistóricos (cultura «Las Motillas»).

La popular Feria y la Romería se celebran cada año del 24 al 30 de agosto. Comienza la noche del 24 con la proclamación de las Madrinas de la Feria, ofrenda floral a la Virgen de las Viñas, bendición de los primeros mostos y lectura del pregón inaugural en la Plaza de España. A continuación, junto al recinto ferial, millares de vecinos se congregan para contemplar la popular «pólvora» (gran espectáculo de fuegos artificiales).

Pasado de largo Tomelloso por una amplia travesía, empiezan obras de una autovía que construyen hacia Toledo por Madridejos y Mora por la antigua CM-400. Pasos elevados en construcción, maquinaria pesada y caminos, cortes de carreteras y el señor de *STOP* en la mano diestra. Pasamos Alameda de Cervera, y a uno siete y ocho kilómetros vimos en el horizonte un cerro, sobre el que vimos los primeros molinos de viento.

-Cariño, mira allí. ¿No querías hacerte una foto con los molinos? Pues allí los tienes, cuatro hermosos gigantes blancos -advierto a mi mujer mientras baja unos grados el aire acondicionado del coche.

-Son como montañas de sal en Santa Pola -exclama ella-. Desde luego que sí, no había pensado yo.

Sobre un cerro a nuestra derecha se ven cuatro gigantes que no son molinos, sino mayordomos manchegos, molinos románticos, encalados y nuevos como si el tiempo hubiera sido indulgente con ellos. Bajaba un coche, lo que nos confirmaba que podíamos subir motorizados al cerro, y así lo hicimos por una estrecha carretera asfaltada hasta lo que era una era (tenía ganas de encontrarme con estas palabras juntas). Los molinos no funcionan pero tienen música interior, sus aspas parecen trastes de guitarras escrupulosamente calladas, paradas, en silencios: los silencios son parte de la música. Se elevan unas antenas de radio que como columpios de ondas se comunican por las redes de La Mancha y del mundo. Al bajar del coche saludamos al molino llamado Rocinante, con letras de azulejos encima de la puerta cerrada, porque cada molino tiene su nombre y tiene alma. Junto al coche encontré una rueda de molino muerta de unos dos metros de diámetro con orificio de un eje en su centro geométrico, con la forma y el color de un queso curado gigantesco. Al hacer le primera foto el carrete se rebobinó, se cerró la máquina de carretes como por un encantamiento. Esto sí que era una contrariedad, la digital tiene el problema de las cargas que duran poco tiempo, al menos la mía. No había molinero, pero a esto que llegó un motorista con una motocross y su casco, haciendo un ruido tremendo, más que en el episodio de los batanes, y aparcó junto al muro de la era. Allí, imprudentemente sacó el teléfono móvil y empezó a hablar, venía un aire chivato y nos enterábamos innecesariamente de su conversación, como si a nosotros nos importara su vida íntima y privada. Me escandalicé.

-¿Esto no es posible? Venir hasta aquí para oír móviles. Deberían de estar prohibidos. Yo quiero mi espacio vial, mi espacio fantástico, mis sueños realizados.

-Parece que estamos en el autobús -añadió mi mujer.

Allí se levanta como una fuente, un vértice geodésico protegido y penado por ley, y el paisaje se desparrama, es tan extenso que uno tiene miedo a que los ojos no te respondan, que sean cobardes de mirar e incapaces de ver a tanta distancia. Toda La Mancha se viene a mis ojos, plana, extensa, rica, formidable, verde y ocre, lejanísimos montes violáceos como de cartón. A lo lejos la construcción de la nueva autopista y los camiones de juguete con sus remolques y sus palas. Al norte Alcázar y Campo de Cripta con sus casas blancas y sus molinos cual mozas vestidas de primera comunión.

Bajamos del cerro de los 4 mayordomos y muy cerca sale la CM.3105 para Campo de Criptana, pero nosotros íbamos a Alcázar de San Juan para comprar un carrete y hacer algunas compras.



Alcázar de San Juan, nudo ferroviario



Señor Azorín:

La historia de Alcázar se pierde en la edad de piedra como bien dice una señora histórica de la ciudad. Usted también creyó en la posibilidad de que, sin bien Cervantes había nacido en Alcalá de Henares, fue bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcázar de San Juan el 9 de noviembre de 1558. Esta idea del Cervantes de alcazareño ha sido desmentida. Se supone que Miguel de Cervantes nació el 29 de septiembre de 1547, porque se piensa que como el día 29 es San Miguel, le pusieron el santo del día como era y es costumbre en algunas zonas de las dos Castillas, de ahí algunos nombres tan pintorescos además de impronunciables: Eutimio, Agapito o Etelvino... Teorías que más adelante trataremos o intentaremos de dilucidar. Tiene 26.022 habitantes en el censo de 1998, ahora de tener quinientos más.

Como se nos había acabado el carrete de fotografías en el cerro de los 4 mayordomos manchegos, nuestra prioridad era comprar uno en Alcázar de San Juan, entramos en la ciudad y con muy buena suerte, la suerte del novato, fuimos directos a encontrar el parking subterráneo, cuya boca de lobo se abre en la plaza del Ayuntamiento. Una vez el coche en el pesebre, subimos por la escalera de peatones con

gran contento, porque nos habíamos evitado el problema de aparcar y además estábamos en el centro de la ciudad. Desde allí veíamos la torre de una iglesia cuyo ojo gigante nos daba las doce y media.

Preguntamos por un lugar de venta de material fotográfico. Una pareja de jóvenes de ochenta años nos mandaron a una tienda de regalos, que estaba allí mismo en la plaza, y créase señor Azorín que estos negocios lo regentan los chinos, los dos dependientes eran chinos, todos los artículos a precios muy económicos, un carrete Kodak, 1.60 céntimos de euro, seguramente fabricados en algún lugar de Taiwan o de Hong Kong. Los chicos chinos se han hecho amos del comercio de tejidos y de zapatos. Mientras yo pagaba mi carrete, mi mujer recorrió la tienda en un momento e hizo unas compras para no variar, regalos, que nunca falten, y como la famosa pareja «donquijotesanchesta» es internacional, había figura *Made In China*.

Como era la acertada y apacible hora del aperitivo entramos en un bar junto a la tienda de los chinos, y nos sentamos a la mesa circular junto al hueco de una columna de forjado. Pedí un vino tinto y una tapa de queso en aceite, y mi mujer un mosto con frutos secos.

-Cariño, cómo te metes en el cuerpo todo ese queso rancio con ese aceite que no sabemos el tiempo que lleva ahí en la bandeja de la barra.

-Es por probar las joyas de La Mancha: vino con queso de oveja.

-Nunca me haces caso y luego que si tengo tripa.

La verdad es que a mí me chifla el queso picante de oveja en aceite, aunque también es que cualquier tipo de queso me hace feliz, hasta el de Cabrales, porque tengo la misma costumbre que mi padre, que antes de acostarse se llevaba a la boca unos pezones de queso, y es que cuando te acuestas con un trozo de queso en la boca sueñas con pastoras griegas en el monte Olimpo.

-¿Dónde puedo comprar queso como este? -le pregunto al camarero.

-Ahí, en la esquina hay una tienda de embutidos que tiene muy buen surtido -se anticipó un cliente, sin darle tiempo al camarero a contestarme.

Cuando salimos del bar nos encontramos en la plaza con un monumento de bronce, el famoso don Quijote de Alcázar que con lanza y adarga arremete con su caballo en una aventura, y al lado Sancho prudente montado en su rocín. La acometida de don Quijote, parece esculpida con toda la intención para semejar al escudo de armas de Alcázar donde se ve a un caballo acometiendo con su lanza a un castillo, que podría transmutarse en un molino de viento si a usted le parece bien la metáfora. Los alcazareños están convencidos y nadie les baja de su convencimiento de que Miguel de Cervantes nació en Alcázar, desde que alcazareño, sobre todo, desde que don Francisco Lizcano y Alaminos publicó en 1892 un libro apócrifo con el largo título: *Historia de la verdadera cuna de Miguel de Cervantes Saavedra y López, autor de Don Quijote de La Mancha, con la metamorfosis bucólica y geórgica de la dicha obra, vida y obra del Príncipe de los Ingenios españoles, con una refutación analítica de las biografías de este autor se han impreso hasta el día*, en el que expone una partida de bautismo de un

tal Miguel, hijo de Blas Cervantes de Saavedra y de Catalina López, fechada el 9 de noviembre de 1558 en la parroquia de Santa María la Mayor de Alcázar. Hallada en 1758 y se publicó en 1776, con letra al margen atribuida a don Blas Antonio Nasarre, erudito y bibliotecario en la que dice: «este es el autor de la Historia de Don Quijote de La Mancha». Me hubiera gustado entrar en la iglesia para poder ver la pila bautismal donde se encuentra una estela que da fe de que allí se bautizó a Miguel de Cervantes Saavedra el 9-11-1558. Esta versión quedó desmentida por un erudito ensayo de Rodríguez Marín aparecido en septiembre de 1955, titulado: «Cervantes y Alcázar», en el que se dice que la ceguera de Lizcano es sorprendente: el Cervantes alcazareño tendría menos de catorce años en octubre de 1571, y mal le hubiera confiado Francisco de San Pedro, capitán de la galera Marquesa, el mando de doce soldados durante la batalla de Lepanto. Incluso ante esta versión, arguyó Lizcano, que los antiguos no reparaban en minucias tales como la corta edad de Miguel. Por ello esta versión no se sostiene. Se habló de la burda falsificación de dicho documento alcazareño para ligar a esta tierra con el nacimiento de Cervantes.

La polémica se cerró argumentado que Miguel nació en Alcalá de Henares en 1547 pero que le bautizaron años después en 1558 en Alcázar, porque como se dudaba de la limpieza de sangre, del linaje de nobleza la familia y antigüedad como cristianos, porque el abuelo paterno se había establecido en Córdoba, y se le suponía judío converso, y los padres no quisieron bautizarlo allí no fuera a ser que, por ser tierra de refugiados moriscos, se le confundiera y manchara su linaje. Cervantes era cristiano nuevo. Yo no creo que se bautizara Miguel a los once años de edad.

El de Oliva, don Gregorio Mayans, primer biógrafo de Cervantes, en *La vida de Cervantes Saavedra* (1737), dice que nació en Madrid, y que tanto Sevilla como Lucena pretenden que Miguel naciera allí. La patria de Cervantes es España. Defiende la parte de Esquivias don Tomás Tamayo de Vargas, varón eruditísimo, quizá porque Cervantes llamó famoso a este lugar, pero el mismo Cervantes se explicó diciendo: «por mil causas famoso: una, por sus ilustres linajes, y otra, por sus ilustrísimos vinos».

Lo cierto es que no hay constancia documental de que Miguel naciera el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares. Sin embargo, lo que sí existe es la partida bautismal hallada tras la iniciativa del benedictino Fr. Juan de Iriarte Martín Sarmiento, donde se da fe documental de que fue bautizado el 9 de octubre de 1547 en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares. (Folio 192 del libro primero), del calendario Juliano. Y se presupone que, por la proximidad de su onomástica con el día de San Miguel (29 de septiembre). Habría que tener en cuenta los cambios del calendario gregoriano o actual, que se conformó el jueves 4 de octubre de 1582 para que pasase a ser el viernes día 15 de ese mes y año, y corregir el desfase de las estaciones.

Entramos en la recomendada tienda de embutidos, pequeña, de esas que cuidan la calidad y atienden al cliente como un médico de pago.

-Buenos días, ¿a cómo están los quesos? -los quesos «puestos como ladrillos encajados», tenían el aspecto de legados del archivo de un juzgado, todos cerrados y empapelados, con sus etiquetas y números de diligencias, encausados, gladiadores dorados, dispuestos a salir a la arena del sacrificio de bocas exquisitas y delicados dientes, porque el queso manchego está en la cumbre de los derechos del hombre, son

como los derechos fundamentales de la gastronomía, necesarios en toda comida que se precie; es el oro amarillo.

-¿Y los mostachones, a cómo están? -preguntó mi mujer, que como es andaluza se cree que está en Triana, en Antequera o en Vélez-Málaga, u otros pueblos donde los mostachones son la especialidad de muchas reposterías, mostachones para el desayuno.

-Son tortas de Alcázar, tienen fama -contestó el dependiente con ganas de descifrarnos sus secretos-, salidas antaño de las cocinas de los conventos, tortas bizcochadas hechas de harina, huevos, azúcar y canela (bizcochaos). Pero también tienen sus secretos: el pastelero que las hacía, mandaba al aprendiz a tomarse un vino en el momento en que él le iba a echar el secreto de las tortas; cuando se murió se lo llevó consigo.

A mí me gustaría oír que los había inventado un pastelero llamado Miguel que fue en su juventud confitero en la Mahonesa de Madrid, pero no, parece ser que son originarios de los conventos de Santa Clara.

A mí me quedaba preguntar si se llamaba Miguel, pero llegaron unos amigos del dependiente y ya no fue ocasión de hacerlo. Me quedaron dudas sobre el carretero de Alcázar.

En el kiosko de prensa compré *Lanza*, Diario de La Mancha, es el número 20.692, Año LXII, al precio de 1 Euro, para convencerme de que hoy es 11 de mayo. El titular de primera plana dice: «Más de 90.000 turistas visitan la provincia en el primer trimestre. La entrada: La promoción del IV Centenario y la Ruta del Quijote aumentan hasta un 13,5% el número de pernoctaciones». Datos aportados por Juan José Fuentes, delegado de Información y Turismo. En las noticias de Ciudad Real se dice que Gabriel Gallego Sánchez-Gil fue reelegido ayer secretario general de Comercio, Hostelería y Turismo de CCOO en el II Congreso Provincial de la sectorial. En la sección de Teatro se anuncia que Verónica Forqué interpretará la vigente obra de García Lorca *Doña Rosita la soltera*, el día 13 en el teatro Municipal Quijano de la capital. En Alcázar se anuncia que el día 14 Martín Taffarel impartirá la lección literaria «Claves de la ficción en el *Quijote*». Quien pudiera asistir, pero nuestro acomodo, nuestro destino es buscarle a usted por tierra de La Mancha.

Alcázar es un nudo ferroviario, nunca mejor dicho, que ahoga a la ciudad y la estrangula. Desde aquí parten las líneas para Andalucía y para Valencia por el llamado corredor del Mediterráneo: Alicante y Murcia, y también a Cataluña. El tren para Ciudad Real parte desde Manzanares. Ciudad Real no tiene envidia de trenes porque por su provincia pasa el Ave a casi 300 kilómetros por horas. Créaselo, los trenes ya no andan sino que vuelan. Alcázar es una ciudad sitiada por el ferrocarril, su estación es un edificio de ladrillo visto, donde continúa la famosa Fonda Museo (actual cafetería de la Estación) decorada con los 1.000 azulejos sevillanos. Usted no entró en la Fonda Museo del Ferrocarril de Alcázar ni en la sala de espera, de lo contrario nos hubiera comentado los azulejos del zócalo de la sala cafetería: son mil azulejos sevillanos fabricados en 1875 con diferentes escenas pintadas a mano, a modo de cliché de una película, con toda la obra del *Quijote*. Una verdadera joya del mosaico andaluz. En el primer azulejo vemos un retrato de Cervantes y en el siguiente la primera frase: *En un lugar de la Mancha...*

Al final de su libro aparece el artículo «Pequeña guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del centenario» que es un artículo suyo: «The time they lose in Spain», que había sido escrito un año antes en 1904 para el diario *España*, y que usted se lo atribuye a un imaginario y extraño doctor Dekker que vive en Madrid y está encantado pero no deja de hacer anotaciones en su «diminuto cuaderno» el tiempo que tardan los españoles en servirle y lo que tardan los tranvías.

Salir de las redes líneas férreas de Alcázar me costó, porque siempre cuesta salir de una ciudad asediada en la que has encontrado acomodo. Tomamos dirección levante hacia Campo de Criptana.



Campo de Criptana, tierra de gigantes



Señor Azorín:

Land of Giants... «There they discovered thirty or forty windmills that can be found in field...» For many specialists in Cervantes and historians, the great writer was... No se preocupe usted, que seguimos por la ruta de Don Quijote. Así empieza el catálogo que le dieron a mi mujer en las oficinas de Información y Turismo del Campo de Criptana, se ve que le vieron cara de turista, no sé cómo sucedió esta equivocación, si ella es de piel canela morena como las mujeres de Vandalia por no decir de Andalucía: tiene los ojos marrones como la banda magnética de la tarjetas de crédito y el pelo una veces negro, otras con mechas, otras como la mermelada del albaricoque, castaño o caoba, con el brillo de las plis de las peluquerías.

De Alcázar de San Juan a Campo de Criptana hay ocho kilómetros. Por fin tomamos la N-420, la travesía pasa por la zona sur de campo de Criptana, sólo había que buscar el letrero que indica: *Molinos de Viento*. Cuando lo vimos encaramos el coche por una cuesta hacia lo que se conoce como cerro de la Paz en el Albaicín de Criptana, como el barrio morisco de Granada. Aunque me recuerde que Cervantes no tenía muy buen concepto de ellos: «y de los moros no se podía esperar verdad es alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas» (II, 20).

Usted le dedica a Criptana las crónicas XI y XII. Pasa desde la crónica X de la Cueva de Montesinos a Campos de Criptana: «He llegado a Criptana hace dos horas; a lo lejos, desde la ventanilla del tren, yo miraba la ciudad blanca, enorme, asentada en una ladera, iluminada por los resplandores rojos, sangrientos, del crepúsculo». Efectivamente Campo de Criptana tiene estación de ferrocarril, la que va dirección Valencia y Alicante. Usted ha emprendo una «caminata por la carretera adelante, hacia el lejano pueblo... Yo iba embozado en mi capa lentamente, como un viandante, cargado con el peso de las desdichas». Usted pregunta por la fonda, una fonda que no tiene nombre; le indican una casa que es vetusta, tiene un escudo, de piedra las jambas y el dintel de la puerta. Alguien ha llamado a gritos a ¡Sacramento!, a ¡Tránsito!, a ¡María Jesús! Y a la vez le pide que se siente, no hay luz porque la «echan muy tarde», después le han dado la habitación, «la de dentro»; ha salido la luz de la palmatoria, le ayuda a ver la cena; ya de noche, con una luna suave, siente un placer íntimo, cuando escucha el ladrido plañidero de los perros. Yo pregunté por la fonda, pero nadie me dio norte.

Usted sube con don Jacinto por callejuelas empinadas hasta lo alto donde, para no variar, «los molinos surgen vetustos». Nos cuenta lo que dice la guía de Richard Ford en su *Handbook for traveller in Spain*. Que los molinos se implantaron en La Mancha en 1575. Nos habla usted de una senda por donde van las mujeres enlutadas para besarle los pies al Cristo de Villajos. Villajos se sitúa a unos cuatro kilómetros hacia el Norte, lugar ocupado desde tiempos remotos por el hombre. Aparece en el documento citado en 1162 con Chitrana, Kero y Attires como propiedad de la Orden de San Juan. En Criptana hay otras tres ermitas famosas: la de San Isidro, la de la Virgen de Criptana y de la Paz, que lleva el nombre del cerro del Albaicín.

Por las callejas estrechas, pendientes y retorcidas del casco viejo, logré meter el coche y llegar hasta la cumbre de la Paz, al placer de los vientos dormidos. Este barrio es como un libro abierto del Quijote, donde el callejero tiene nombres como: Senda de los Molinos, Dulcinea, Vizcaíno, Don Quijote, Gigante Briareo. Aparqué al final de una calle, del error me pareció ver la de Alfonso Quijana, en lugar de Alonso, quizás este Alfonso era el hermano de don Quijote y padre de la sobrina Antonia Quijana. Una vez bajados del coche, las calles no tienen aceras, subimos unos escalones y ya vemos no treinta o cuarenta molinos sino una docena de molinos. «En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero: -La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque vez allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más, desafortados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas...» (I, 8). Hemos entrado en la más famosa de las ficciones del *Quijote*, sobre todo por la maestría de la fuerza del diálogo y la puesta en escena, el humor, y sentido de la verosimilitud, que ya Cervantes, seguramente, había leído en *Tirant lo Blanc* (1490) de Joanot Martorell (libro salvado por el cura y el barbero del escrutinio) o de *Orlando*

furioso (1516) de Ludovico Ariosto, cuyo héroe es torpe, tímido e irritable, por lo que Cervantes también pudo haberle titulado a su libro *El hidalgo furioso*.

El molino llamado Sardinero, con su palo gobierno anclado al suelo; desde allí, al otro lado norte, vemos unos diez o doce molinos; las fotos salieron muy bien en el cerro de la Paz donde se encuentra la ermita de la Virgen de la Paz. Los turistas eran grupos de jóvenes españoles, que se fotografiaban en unas siluetas de madera pintadas y descabezadas con la figura de don Quijote y Sancho, donde no me pude aguantar las ganas de hacerme una foto, que por arte de encantamiento o de algún mago malandrín he salido con mi cabeza repetida. El Cerro de la Paz cumplía la función de avanzadilla del Castillo de Criptana, surgido con la repoblación en el siglo XIII; atrajo a la población circundante, tal vez debido a lo saludable y ventajoso de sus aguas y sus aires. El nombre de Campo de Criptana está probado documentalmente a comienzos del siglo XIV.

En la tienda de *souvenirs* está Teresa, la mujer de Sancho Barbero, y su hija Marcela, porque como usted dice en su libro esto es «tierra de Sanchos». Compramos unas figuritas metálicas de don Quijote y Sancho por 4 euros, unas postales, unos cuadernos y algunas cosas más. La mujer de Sancho se llamaba Teresa, unas veces se apellida Panza y otras Cascajo; tenía el matrimonio un hijo llamado Sancho y María Sancha. Para la tercera salida Sancho convence a su mujer prometiéndole que le traería otros cien escudos como los ya entregados, y ella, mujer práctica y realista, le dice a su marido que le pidiera un salario a don Quijote, y éste que no tenía ni un pelo de tonto; le respondió que no recordaba haber leído que ningún caballero andante haya señalado salario a su escudero, y no tenía ejemplos para saber cuánto cobraba un escudero al mes o cada año. Más o menos, le dice que eran premiados con una ínsula, pero nada de soltar blanca, como buen político y diplomático estudiaría el tema. Porque jamás habrá oído usted decir un no claro y rotundo a un político, pues estos se escapan por las ramas a los tejados, por si luego han de arrepentirse de la huida. «Porque más vale buena queja que mala paga» (II, 7).

En la crónica XII, nos habla usted de «Los Sanchos de Criptana». Discretos amigos de Criptana tanto o más que los discretos y amables académicos de Argamasilla. Aquí vuelve a la ringla de dar nombres ya tópicos en sus recursos literarios, y que recibió el improperio de Unamuno en carta del 14-V-1907). Los Sancho Panza de Criptana quieren representar el espíritu práctico, bondadoso y agudo del sin par Sancho. Y es don Bernardo, el farmacéutico y músico, el autor de un himno a Cervantes que tocará en el armónium de la ermita.

Aquí arriba junto a los molinos de viento con sombreros picudos como embudos metálicos, descubrí o vi la luz al enigma del logotipo del IV Centenario, unas aspas en X y debajo *QVI-xote* en castellano antiguo, dividido en dos partes como en la primera edición del *Quijote*. Las aspas representan el velamen de un molino de viento. He podido averiguar que los autores del logotipo son Nicolás Reyners, Alberto Salván y Francisco Villar, de 2.º de Diseño Gráfico del Instituto Europeo Di Design de Madrid. Escuelas de diseño de doce países presentaron sus propuestas.

Cada molino tiene su nombre y su alma, como los tendría un gigante; son diez y se llaman: Lagarto, que guarda un museo dedicado a aperos de labranza; Culebro, dedicado a Sara Montiel; Infante; Poyatos, donde se encuentra la oficina de turismo;

Burleta; Pilón, dedicado al vino; Vicente Huidobro; Cariari; Inca Garcilaso (hombre, aquí tenemos a un poeta); El Sardinero conserva la maquinaria original. Los molinos tienen tres plantas llamadas silos. Para saber de los molinos de viento en el mundo hay que visitar la página de la biblioteca del Tío Kinke.

Los molinos de España son construcciones del siglo XVI, posiblemente con patente de los Países Bajos. Son maquinarias inauditas, vivas; cada pieza, cada tabla, cada rueda tiene su nombre propio. Algunos son tan conocidos como las aspas, vela, palo del freno, palo del gobierno, borriquillo, pero otros tan desconocidos como rueda catalina, contrapeso del alivio, guitarra o husillo de la interna. Y además hay registrados doce nombres para las diferentes direcciones de donde sopla el viento, lo que se llama Vientos del Molino. Me hubiera gustado mucho encontrar un molino con su nombre, señor Azorín, pero no lo tiene, se han olvidado de reconocer que este pueblo es conocido en el mundo literario gracias a las referencias que usted hizo en *La ruta...*

Entramos en el molino dedicado a Sara Montiel, siempre tan bellísima, como sacada de un encantamiento de belleza. Cuadros, retratos, mantillas, Tiene otros pisos, pero yo no subía arriba.

Si don Quijote murió, Sancho no, y permanece aquí vivo, entre esta gente, laboriosa, amable, hospitalaria y viticultora. En las *Relaciones Topográficas de Felipe II* (1575) se le adjudican unos mil vecinos y en el primer decenio del siglo XVII alcanzó una población entre mil trescientos y mil quinientos vecinos. Actualmente tiene unos 14.000 habitantes. Hay una Asociación que se llama «Hidalgos Amigos de los Molinos» cuya presidenta es Dolores Martínez de Madrid Ortiz.

Cervantes hizo morir a su héroe para que no hubiera tercera parte, sin embargo, Filleau de Saint-Martin (París 1678), que hizo una traducción bastante libre, eliminando todo aquello que pecara contra el decoro, cambió los dos últimos capítulos de la Segunda Parte, donde don Quijote no muere, y le permitió escribir una Tercera Parte en 1695, con variantes y sentido comercial, que es una actitud de los ilustrados ante el Quijote. Más tarde llegaron los románticos alemanes que descubrieron en el Quijote valores metafísicos y casi un modelo filosófico.

Usted le pregunta al ilustre y heroico manco en su artículo «El secreto de Miguel», publicado en *Ahora*, en 1935:

«Te has ufano siempre de ser un hombre de teatro. Tenías mucha razón. El *Quijote* es la novela de un hombre de teatro. Con el arte de interesar al público de modo tan extraordinario, tu novela había de alcanzar un gran éxito».

Usted tiene parte de razón, uno de los secretos de *El Quijote* es su puesta en escena de los personajes, y Criptana, con sus molinos de verdad y no de viento ni de aire, es uno de los escenarios más impresionantes y célebres de la coreografía de los gigantes en danzas desaforadas.

Ahora toca tomar el camino a Puerto Lápice.



El Toboso de mis amores



Señor Azorín:

Como su viaje en marzo de 1905 le llevó desde Campo de Criptana al Toboso, sería negligente por mi parte saltarme «la gran ciudad de El Toboso», y como en este viaje no vamos a desplazarnos a ella, voy a recordar otro viaje anterior que hicimos, mi mujer y yo, al domicilio de la sin par Dulcinea, princesa de La Mancha, emperatriz de los caballeros andantes; una metrópolis que, no sé muy bien dónde he leído, se salvó de la destrucción por las tropas napoleónicas en 1809, por ser, precisamente, la patria de Dulcinea, romántico proceder del invasor francés, un indulto a un personaje literario que trasciende a la realidad cruel de la historia. Sin embargo, a pesar de todo este bagaje entre la historia y la ficción, El Toboso aún no figura en el catálogo del los Conjuntos Histórico-Artísticos, y eso que sus ediles y amigos del saber no paran de organizar actividades culturales.

Usted le dedica dos crónicas a El Toboso, la XIII y la XIV en su maravilloso y comentado libro, que ya dijera José María Valverde que usted era «el mejor crítico de la obra cervantina». En la primera crónica nos narra que llega a El Toboso en un carrito: volvemos a las refutaciones del medio de transporte que es la clave de todo viaje. Si usted llegó a Criptana en tren y se desplaza de Criptana a El Toboso en carrito, ¿dónde alquiló el carrito? Hubo de ser en Criptana, pero no nos dice nada sobre un nuevo carretero, o ¿acaso usted nos habla de un carrito conceptual como una continuación a las crónicas anteriores?, para que el lector ingenuo, no atento a sus juegos malabares, haga una elipsis o una asociación libre sin pararse a pensar en la logística, tan necesaria y

precisa en los libros de viajes, como el caso del francés Pierre Loti, que no equivoca los medios de transporte en sus infinitos viajes alrededor del mundo, porque en realidad no los nombra.

En la crónica XIII usted entra en El Toboso: «El Toboso ya es nuestro. Las ruinas de paredillas, de casas, de corrales han ido aumentando; veis una ancha extensión de campo llano cubierta de piedras grises, de muros rotos, de vestigios de cimientos. El silencio es profundo; no descubrirís un ser viviente; el reposo parece que se ha solidificado». Una descripción injusta de El Toboso como un pueblo triste y muerto, la iglesia con «la torre cuadrada, recia, amarillenta, de la Iglesia y las techumbres negras de las casas», nos habla de una ermita ruinoso, negra, entre árboles escuálidos, para llegar a la síntesis de que en este pueblo reine toda «la tristeza de la Mancha».

Era media noche más o menos cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en El Toboso, cuando el pueblo era un remanso de sosegado silencio, no se oía ni el ladrido de los perros, el rebuzno de un jumento, el gruñir de los puercos ni el *mayar* o maullar de los gatos, cuando le pidió a Sancho que le guiara al palacio de Dulcinea. «Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra [si era la medianoche poca sombra podía dar la torre], y vio una gran torre, y luego conoció que tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo: -Con la iglesia hemos dado, Sancho» (II, 9). Esta famosa frase no tiene segunda intención ni puede tenerla, como escribe Martín Riquer y también Francisco Rico, y sólo quiere significar que en vez de dar con el alcázar o palacio de Dulcinea han dado con el edificio de la iglesia. Porque la iglesia es el eje central de este pueblo como de tantos otros de La Mancha, que como un faro/torre y con el lenguaje de sus campanas anuncia los acontecimientos más puntuales de una sociedad rural, desde un nacimiento, a un sepelio, una fiesta o las llamadas a misa.

La nota de Martín Riquer dice:

«No obstante, esta frase, desfigurada de cómo la escribió Cervantes ("Con la Iglesia hemos *topado*") ha venido a significar que no es conveniente que en los asuntos de uno se interponga a la Iglesia o sus ministros, a pesar que nada de esto estuviera en la intención de Cervantes». La realidad es que se ha convertido en frase proverbializada para indicar un enfrentamiento con una autoridad de la que hay que cuidarse. Porque evidentemente el diálogo «quijotesanchesco» no continúa por estos derroteros, aunque le maldiga con «-Maldito sea de Dios, mentecato!», al equivocarse Sancho por tomar una callejuela sin salida buscando el supuesto palacio.

A pesar de que es evidente que nombra la iglesia con minúscula, lo cual identifica a un edificio y no a la Iglesia con mayúsculas como entidad religiosa. No era posible otro sentido, sino el panegírico, porque como dice la Aprobación de la Segunda parte de *Don Quijote*, escrita por el censor y capellán toledano El Maestro Josef de Valdivielso, y firmado en Madrid, a 17 de marzo de 1615, escribe: «no contiene cosa contra nuestra fe católica, ni buenas costumbres».

No nos habla usted del convento de las Trinitarias Recoletas. Unos párrafos más adelante: «La sensación de abandono y de muerte que antes os sobrecogiera, acentuase ahora por modo doloroso a medida que vais recorriendo estas calles y aspirando este ambiente». Nos dice que la calle principal se llama del Diablo, y no es verdad. Nos dice

que la mansión de la más admirable de todas las princesas manchegas es una «almazara prosaica», en la nota 37 de la edición José María Martínez Cachero, aclara: «A la almazara en que Azorín vio convertida [en] la supuesta casa de Dulcinea de El Toboso, ha sucedido en días más recientes la instalación de una biblioteca cervantina, con mobiliario y objetos típicos de la Mancha». Sin embargo, a mi entender hay un error, ya que esta biblioteca cervantina está frente a la iglesia y se denomina Centro Cervantino y es, hoy día, un Museo de ediciones de *El Quijote* que abrió sus puertas en 1983; no tiene pinta de haber sido una almazara.

La historia de El Toboso se remonta a tiempos ibéricos y romanos, fue musulmana hasta las Navas de Tolosa en 1212. Formó parte del Común de la Mancha (1353). En 1531, la emperatriz Isabel (esposa de Carlos V, la mujer más bella de su tiempo), le concede el privilegio de Villa, quedando el término del Toboso reducido a 223 kilómetros cuadrados. Tiene 2.069 habitantes en el censo de 2001 y esta a 635 metros de altitud. En el Toboso hay otra famosa Isabel Fernández Morales, «Ama» de la hospedería La Casa de la Torre; dice Antonio Aradillas que la casa tiene un pozo con la misma profundidad de la altura de la torre de la iglesia. ¿Cuánto miden? Cada nueve de octubre (onomástica del bautismo de Cervantes), es fiesta de guardar en La Casa de La Torre, se otorga el título de Dulcinea a la mujer que más se haya distinguido en difundir la obra cervantina. Y a «Media noche era en filo, poco más o menos» (II, 9), es ocasión de rondar a Dulcinea, con guitarras y poesía por las calles que llevan nombres de poetas españoles.

Al final de esta crónica, usted nos contará la leyenda en boca de los toboseños, de la dueña de la casa de la supuesta Dulcinea doña Aldonza Zarco de Morales, pero no se llamaba Aldonza sino Ana Martínez de Zarco Morales, ahí el nombre de Dulcinea (Dulce Ana). El viajero puede visitar tres museos: La Casa-Museo de Dulcinea, el Centro Cervantino y el Museo de Humor-Gráfico Dulcinea, con una colección de ilustraciones humorísticas cedidas por el dibujante gráfico Mena, Mingote y otros dibujantes, en una casa manchega rehabilitada. La Casa de Dulcinea es realmente lo más conocido, casa de labor manchega pero de algún hidalgo o caballero, no pechero, que se construyó en el siglo XVI con planta rectangular y dos alturas, con una tercera en la parte central a modo de torreón, fachada de piedras y portada adintelada que se remata con cornisa y dos escudos, sillares en las esquinas. Al interior en la planta baja ofrece la típica estructura de un antiguo caserón manchego con cocina y dependencias de labor, huerto trasero, pozo, y dormitorios en el segundo piso, y una redistribución de enseres para recrear la época. Alberga un Museo quijotesco, decorado al estilo manchego de la época con techos de visibles vigas de madera, chimenea y enseres domésticos. Hay que pagar un óbolo para visitar el interior del museo.

Hemos de recordar por obligación algunos párrafos de la carta de un enamorado: De don Quijote a Dulcinea: «El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene [esta es una fórmula ya usada en la *Galatea*]. Si tu ferrosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento...» (I, 25).

Nos habla usted de los Miguelistas del Toboso, que no son otros sino aquellos que creen que el abuelo de Miguel era del Toboso, y donde aparece en escena don Silverio el maestro, a quien usted le dedicó su libro *La ruta...*: «Al gran hidalgo don Silverio, residente en la noble, vieja, desmoronada y muy gloriosa villa de El Toboso; porta autor

de un soneto a Dulcinea...». La crónica XIV la dedica íntegramente a describir y a conversar don Silverio, el tipo más clásico de hidalgo que ha encontrado en tierras manchegas, y nos dirá que existe una afinidad entre él y los muros en ruinas del Toboso, y que tiene la idea de que Miguel de Cervantes era de Alcázar, por la teoría ya desechada del alcazareño don Francisco Lizcano. Don Silverio tiene un pleito con los frailes y una colmena con una ventanita de cristal por donde puede verse trabajar a las abejas, y por dos veces se aferra en afirmar que el abuelo de Miguel era del Toboso. También lo reafirma doña Pilar, una dama manchega, tan española, discretísima y afable que sirve un «brebaje amoroso».

-¿Sabes tú qué es un brebaje amoroso? -pregunto a mi mujer con discretas palabras, por si acaso se pone en alerta amorosa.

-Eso será una manzanilla con miel y jalea real, ya que don Silverio tiene una colmena. Y además si se le echa una ramita de menta o hierbabuena ya tienes un té moruno. Y si no tienen hierbabuena pues sirve también la hierba-luisa.

Esta señora doña Pilar aparece y desaparece en la crónica como las manchas de alcohol en la camisa. Tanto si Cervantes era de Alcalá o de Alcázar, usted arremete contra los académicos o eruditos, siempre orgullosos e impertinentes, a los que considera «un poder oculto, poderoso y tremendo». Por qué quitarle a los del Toboso la creencia de que aquí han vivido parientes de Cervantes cuando hay una casa que llaman La casa de Cervantes, con un escudo de familia o de armas con los símbolos heráldicos: *Dos ciervas en campo duermen, / la una pace, la otra duerme; / la que pace, paz augura; / la que duerme, la asegura.*

Y mi mujer me pregunta con *La ruta...* en la mano:

-Si Miguel no era del Toboso sino de Alcázar, según don Silverio, y el padre de Miguel se llamaba Rodrigo y el abuelo Juan, ¿por qué Azorín adjudica lo de «Los Miguelistas» a los del Toboso? No lo entiendo. Lo lógico hubiera sido llamarles pajes de la princesa de La Mancha.

-No le des más vueltas, una rosa es una rosa -me pongo rilkeriano-, que esto de «cervantear» conduce a inventar y polemizar. Esto es porque si los de Argamasilla son Académicos, los de Criptana son Sanchos, pues los de El Toboso sería Miguelistas, pero como ha resultado ser de la complutense ciudad, quiere que la familia de Cervantes sea de allí.

-De acuerdo, bien. ¿Y qué importancia tiene esto, qué cualidad peculiar es esta tontería? Lo importante, creo, es el viaje, el camino.

El abuelo paterno de Miguel se llamaba Juan Cervantes, y según los más rancios eruditos como Nicolás Díaz de Benjumea el abuelo paterno era de Galicia, corregidor en Osuna, cuyo apellido se nombra en honra en los anales de las guerras contra los «moros en España»; ahora, según Andrés Trapiello era cordobés, estudió leyes, llegó a teniente corregidor y se instaló en Alcalá de Henares. Escribe este autor, que en 1819 Navarrete publicó *Vida de Cervantes*, acompañado de documentos ilustrativos, que fijan la opinión de que Miguel nació en Alcalá de Henares, calle Imagen, pero no fue hasta 1858 cuando se declaró oficialmente la villa complutense como patria de Miguel de

Cervantes. Porque si el Miguel de Alcázar nació y fue bautizado en 1558 no pudo ser soldado en Lepanto en 1571. Por el origen del abuelo se cree que Cervantes era converso de origen judío, de ahí que siempre se la adjudicaran contaduría y recaudaciones, cosa de judío es contar maravedíes y buscar la x, porque donde hay una x hay matemáticas. Y por esto no le dejaron pasar a las Indias con arreglo a las Leyes de Ovando que no daban salvoconducto a converso, bien de origen morisco o judío.



En el Centro Cervantino



Señor Azorín:

Era el mes de septiembre del año pasado (2004), cuando visitamos «la gran ciudad», El Toboso, último de los pueblos de Toledo limitando con Albacete, acompañado como siempre por la mujer de mis amores, y más todavía en esta villa de famosos brebajes amorosos y filtros encantadores, y sin cuyos consejos prácticos, opiniones y gran sutileza para observar lo invisible, el resultado de estos viajes literarios no serían para mí tan amenos e inspiradores desde otros puntos de vista, ni en el tono de realidad cierta y verdadera que observo. Veníamos de visitar Toledo por la carretera N-301 por Ocaña, Corral de Almaguer, Quintanar de la Orden hasta El Toboso; no hay carretera más

monótona, con más toboganes (Toboso y toboganes), es un tiro de línea, cansada, tiesa, de dos carriles. Ahora se construye una autovía Madrid-Albacete. La N-301 va descendiendo lenta y suavemente desde Montes de Toledo hacia Albacete; uno adivina desde muy lejos la proximidad de los pueblos por las altas torres de sus Iglesias que son como el gigante Polifemo con su ojo de reloj, son soberbios faros/linternas en La Mancha que orientan al navegante de esta pampa más que estepa, verde, dehesas, arbolada y con rebaños de ovejas en los barbechos.

El Toboso, hoy día, es una próspera localidad, de calles limpias y con rincones llenos de encanto y silencio, con fachadas de recuperadas piedras con puertas castellanas. A finales de septiembre las viñas regalan sus racimos de oro, un tractor con su remolque pasa lento con cajas verdes con las uvas tintas, es tiempo de vendimia, «floresta, encinas o selva». Las manchas de pinos y encinas conceden sus sombras. Frente a la iglesia parroquial de San Antonio Abad, con dos portadas renacentistas y una torre herreriana (se cuenta que las campanas proceden de la Iglesia de Pedro Muñoz, se las trajeron debido a una peste en 1410 que acabó con esta población), se encuentra la plaza cuadrada y amplia, limpia y con las esculturas plásticas herradas de un don Quijote arrodillado sobre la rodilla izquierda, en la mano una lanza y no el corazón que suplica los amores de Dulcinea de El Toboso, figuras rodeadas por una cadena de espaciosa argollas. He de lamentar que no pude leer el nombre del autor.

Quedé muy impresionado, encantado (nunca mejor dicho), satisfecho de la visita al Centro Cervantino. Una remodelación que conserva la fachada con puerta adintelada de piedra en arco de medio punto, sin noble escudo de armas. Tiene planta baja y un primer piso donde se encuentra la Casa de Cultura. Como ya he dicho abrió sus puertas en 1983, donde hay una biblioteca única, colección de ediciones de todo el mundo. Fue su alcalde don Jaime Martínez-Pantoja Morales a quien se le ocurrió la idea en 1927 de pedir a cada embajador destacado en España un ejemplar editado en su país y firmado. Hoy es doña Natividad Martínez su mentora, y alcaldesa, una mujer que no para y quiere a su pueblo en lo más alto de su nobleza.

A la entrada se abre una oficina de información, donde una amable chica, Trinidad, Rosario, Milagro o Virtudes, te ofrece una entrada. Es una chica de buen ver, morena, manchega con la que hablo y pregunto.

-¿Exactamente qué hay aquí?

-Se exhiben más de 300 ediciones del *Quijote* en casi todas las lenguas cultas -nos expuso la chica con voz manchega casi familiar-, muchas de ellas firmadas por Jefes de Gobierno y de Estado, y dedicados al Toboso. Hay ediciones muy antiguas y valiosas. De la primera edición de Juan de la Cuesta se conserva un facsímil. Y una reimpresión de la primera edición inglesa traducida por Shelton. Y aún pueden contabilizarse ediciones antiguas como la de Bruselas de 1706.

-Yo soy el autor de un libro sobre el *Quijote* -interrumpí imprudente y presuntuoso mientras mi mujer me miraba abochornada- y os lo voy a mandar.

La chica sonrió con cierto aire como si yo me burlara de ella, porque yo llevaba aspecto de deportista lesionado más que de aficionado cervantista.

-Usted lo manda y ya decidirán por quien corresponda.

-Desde luego *Rámon* (me llama *Rámon* y no Ramón, en agudo), las cosas que se te ocurren -me regañó mi mujer.

Entré al interior del museo, quedé asombrado, absorbo ante tantas ediciones raras, ilustraciones de todos los estilos, cuadros en las paredes. Una escalera que baja a una especie de sótano, donde hay una mesa y una escultura de bronce. Hay ediciones hasta en lengua celta de los irlandeses. Una verdadera joya cervantina, que no se puede explicar, porque hay que venir a verla, sentirla, convencerse de que lo que aquí cuento no es nada comparable con lo que puede percibir un cervantista.

Hay un programa en la Universidad A&M de Texas dirigido por el Dr. Fred Jehle, entre cuyos objetivos destacan la publicación de la *Cervantes International Bibliography Online*, y el Anuario Bibliográfico Cervantino en la Internet, las primeras bibliografías completas de estudios, ediciones y traducciones de las obras de Cervantes. Señor que tendrá que venir a El Toboso.

Nada más llegar a Alicante, con toda mi ingenuidad y sueños envié dos ejemplares por correo de mi raro libro *Encuentros en el IV Centenario* que tiene prólogo de Manuel Parra, dedicados: uno para el Centro Cervantino y otro para la alcaldesa, ya que esta edición no venal la he hecho para agasajar a mis amigos y conocidos. Una mañana recibí una gran alegría cuando vi en mi buzón el sobre con el sello de la Alcaldía de El Toboso, me parecía mentira, estaba datada en El Toboso el 20 de octubre de 2004, como demuestro en la fotografía adjunta con permiso de la alcaldía. Es una de las cartas que más me han alegrado recibir, y eso que he recibido muchas cartas agradeciéndome la recepción de mi libro de autoridades principales, de Castilla-La Mancha y Madrid, Instituto Cervantes y Universidades, etc., pero ninguna me llegó tan honda como ésta, que me decía que mi libro pasaba a los fondos bibliográficos de la Biblioteca del Centro de Estudios Cervantinos.

Cartas como estas recompensan todos los gastos, viajes, horas en la carretera, hoteles, fondas y restaurantes, tertulias y búsquedas de conversación, horas en los libros y en el ordenador y en el estudio de dibujo, porque «A la larga o la corta el galgo a la liebre alcanza».

Salimos de El Toboso, un pueblo que no tiene nada de oso, pero nosotros tomamos una carretera secundaria hasta Venta de don Quijote para tomar de nuevo la rectilínea N-301 para alcanzar la Autovía A-31 en la Roda para Albacete y Alicante. Desde Tomelloso a Venta de don Quijote hay cinco kilómetros, todos son viñas, madre, todo son viñas, unos labradores vendimiaban, ¿serán para las famosas bodegas de Campos de Dulcinea? Pasamos muy despacio junto a las tres labradoras, tenían caras de ecuatorianas, las Indias nos han conquistado ahora a nosotros. Encinas y algunos pinos nos brindaban sus sombras, pero la venta son cuatro casas abandonadas, caserones, tapias, a las que sólo les queda el nombre y una fachada descarnada. ¿No serás acaso este el lugar que hallaron «una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea» (II, 9).

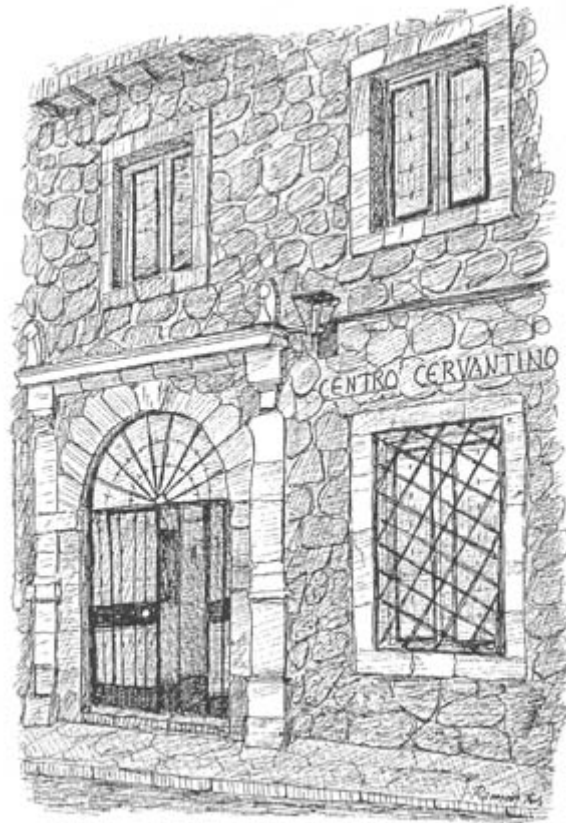
Los problemas del campo han sido siempre para llorar, primero que no llueve lo suficiente, y por lo tanto los campos manchegos no tienen todo el agua que quisieran

para cambiar el monocultivo de secano como la vid y el olivo por los de regadíos como el maíz, que están agotando los pozos; luego la falta de mano de obra indígena, y hay que echar mano a los inmigrantes, que tienen dificultades para la regulación de la residencia y trabajo (las solicitudes en Ciudad Real fueron 2.502 rumanos, 1.049 ecuatorianos, 636 bolivianos, 431 colombianos). Suben los jornales y la uva no se paga al precio que corresponde a los muchos gastos que tienen de labranza, abonos, jornales, recolección, seguros, contribuciones, etc., a pesar de los esfuerzos de la Confederación de Cooperativas. Este invierno fue muy frío, hubo heladas que afectó al olivar, la organización agraria Asaja se movilizó para paliar los daños del sector.

Otra de las riquezas de La Mancha es la cinegética de la caza menor y mayor. Se ha convertido en un campo minado de vainas y de cartuchos de plástico cuando en monterías, gancho, batida, aguardo o espera, ojeo, al paso o puesto fijo, perdiz con reclamo y zapeo o gancho de conejos, el cazador está obligado a recoger las vainas de los cartuchos usados antes de retirarse del puesto, pero no se hace; a este paso, el cazador va a tener que necesitar un *caddy* o recoge cartuchos como en los campos de golf. Don Alonso Quijano, o Quejada o Quijada, era «amigo de la caza», antes de dedicarse a la caballería andante, después como «se daba en leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza». A mí me da que pensar que Alonso Quijano era aficionado a la caza con galgos. Ahora la ley obliga a ponerles un microchip a los perros de caza. ¿A donde vamos a llegar?, se quejan los cazadores de perros. No lo veo mal porque es necesario controlar al dueño del perro más que al perro en sí. En la caza con galgos dos perros persiguen a una liebre. Un juez y los observadores deciden finalmente cuál de los dos galgos ha sido el más habilidoso. Muchos dueños ahorcan a sus galgos y luego ni siquiera se molestan a descolgar sus cadáveres, que dejan colgando en los árboles como cementerios caninos.

Pasamos por la circunvalación de Mota del Cuervo, luego por Minaya, destaca la torre de la Iglesia como un ojo de Polifemo en la mitad de la llanura, es un campo donde se cultiva el maíz. Luego la Roda, Albacete y Almansa, embarazada por su castillo.

Estos días en que me he puesto al ordenador para recordar mis andanzas por La Mancha, e ir echando la llave a esta aventura buscándole por la quijotesca nación he tenido ocasión de leer una semblanza sobre usted que ha escrito Jesús Marchamalo en su artículo «Azorín, monóculo y bastón», aparecido en *Monòver punto com*, que me llamó la atención y lo voy a recoger: «Cumplidos ya los ochenta, Azorín salía cada mañana de su casa para dar un paseo. Siempre vestido como para ir de boda, y con un porte aristocrático se paraba en los semáforos, inmóvil, tieso como un palo con su sombrero y su bastón, como si fuera una estatua de sí mismo».



Camino a Puerto Lápice



Señor Azorín:

Eran las 2,30 de la tarde del día 11 de mayo, hora de comer, porque en estos viajes literarios también se come y se bebe amén de otras necesidades fisiológicas. Cuando bajamos del Cerro de la Paz, buscamos un lugar para saciar la bilis; sin embargo la carretera nos echó fuera de Campo de Criptana y otra vez de vuelta regresamos a Alcázar; buscamos un famoso restaurante que se llama «La Mancha», de cocina regional. Tras varias vueltas por jardines y calles lo encontramos, y para nuestro lamento se hallaba cerrado, así que continuamos nuestra carretera N-430, ya cerca de unas lagunas medio desecadas, y en el primer restaurante que vimos y que merecía la pena entramos, se llama «Hotel Barataria», como la ínsula que gobernó Sancho. Tiene dos comedores, uno de manteles de hilo y servilletas en las copas.

Las ventas en tiempo de don Quijote eran abundantes. Documentadas están las ventas del Molinillo, del Alcalde y Venta Tejeda, ventas citadas en las *Novelas ejemplares*, puesto que el viajero de aquellos tiempos tenía que hacer muchas jornadas. Las ventas fueron estudiadas por Astrana Marín.

Pues bien, estábamos sentados mi mujer y yo a la mesa del Restaurante Barataria, que no tiene nada de barato, cuando llegó el *maitre* con el cartapacio de la Carta, que tenía cuatro o cinco páginas metidas en sus fundas de plásticos. Nosotros al Menú para

no perder tiempo en que nos sirvieran. En una mesa de al lado estaban sentado tres hombres: uno de ellos era el patrón de los demás porque cuando sonaba el teléfono móvil no lo atendía directamente, sino que el segundo hombre recibía la llamada y le preguntaban si estaba o no, y luego se lo pasaba; el tercero se mostraba nervioso, intranquilo, miraba a todas partes como los flamencos, porque me dio la espina que era el guardaespaldas.

Leemos el menú: de primero paella, sopa de pastor o guisantes con jamón. Arroz no, que de paellas y calderos estamos hasta el pelo en Alicante. Yo de primero la sopa de pastor, a mi mujer le gustan las verduras, por lo tanto guisantes, y de segundo las chuletas de cordero al queso manchego con miel, y ella filetes de lomo.

-Hola; ¿de beber? -pregunta el camarero.

-Una cerveza sin alcohol, que tengo que conducir, y un mosto.

-Tú para qué le tiene que explicar al camarero si tienes o no que conducir -me regaña mi mujer-, parece como si quisieras justificar que no pides vino.

Me callé como un zorro, porque si hay algo que aprendí de mi abuelo es a no discutir con las mujeres, «sí *buana* y vengas aniversarios».

Enseguida sirvieron un pan tostado candeal y un bol de ajoaceite y tomate con aceite que fue liquidado en un momento, sin darle tiempo a que llegaran las bebidas.

-No comas tanto pan que es lo más barato -me indicó mi mujer. Pero yo seguí a lo mío, y no le quité ni las migajas.

En la típica gastronomía manchega son los tiznaos, migas de pastor, pistos, asados de cabritos, no puede faltar el queso con Denominación de Origen, los ajos, el azafrán ni el aceite, más la torta de pastor en los guisos, gazpachos como los que usted describe en el artículo: «Gazpachos», págs. 166-168 de *La ruta...* En algunos restaurantes figuran en la carta el salpicón y los duelos y quebrantos. Usted nos habló de diversos tipos de gazpachos: de los «ricos» con pollo, o perdiz, o conejo, o liebre. Los «pobres» son de collejas. Los gazpachos montareces son los que guisan los pastores en el monte. ¿Recuerda esta descripción en su libro *Con permiso de los cervantistas*? Hay un manchego instalado en la Costa Blanca, en Santa Pola, que ha inventado el gazpacho manchego con marisco, es decir, la carne se sustituye por bogavante, langostinos, tigres de Guardamar (precio prohibitivo), algún rape y una cabeza de gallineta, más la torta de pastor que no puede faltar; pues le puedo asegurar que es uno de los inventos culinarios, exportados de La Mancha, que más éxito tiene allí en la Costa Blanca.

De gastronomía nos habla el *Quijote*: «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelo y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos». También nos habla de los vinos de Málaga y de Ciudad Real. Otro capítulo es el 20 de la II parte en las bodas de Camacho, donde cuenta que los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos.

Después de comer nos recomendaron los postres: Besos manchegos rodeados de nata y un caramelo en fideos. Yo pedí mi flan con nata, ella los besos. ¿Y los «ruideritos» no tendrán celos de estos postres que llaman repostería de autor? Al salir se quedó en el botellero el Estola 1999, etiqueta negra, cosecha excelente. Yo guardo en casa una pequeña colección de botellas por si llueve, eso lo decía mi abuelo paterno cuando vivía en el cortijo del Mayarín. Porque cuando llovía los peones no trabajaban en el campo y se refugiaban en su cortijo y claro, tenía que sacar el vino, aunque él tenía cosecha propia en un barril de muchas arrobas y no tenía problemas, era un tonel grande y negro que compró en Nerja a unos pescadores que se lo encontraron flotando en el mar.

He tomado el Nissan con cierta pereza, cierta pereza de conducir apenas recién comido sin una siesta, sin descansar. Seguimos la dirección Oeste, pasamos por Herencia, el pueblo que tiene fama de los mejores quesos manchegos de oveja, aunque tienen variadas industrias como se puede ver desde la carretera. Pasas por el centro del pueblo de Herencia. Hemos pasado por debajo de una autopista y hemos entrado ya al fin en Puerto Lápice, en el kilómetro 136 de la N-IV. El nombre de Puerto Lápice deriva de su característica geológica de ser tierra de piedra lapícea. Aquí estaban las quiterías o posadas o ventas de Puerto Lápice. Fue el rey Carlos III quien dio parroquia y juzgado a la villa en el año 1774, época en la que existían al menos cuatro ventas, testimonio de la importancia que siempre tuvo Puerto Lápice en la ruta Madrid-Andalucía. Ser paso natural fue causa de que las tropas napoleónicas causasen daños en muchas edificaciones en su camino invasor hacia el sur en el año 1812. En 1841 se creó el Ayuntamiento concediéndole el pequeño término del que hoy goza.

En su primera salida llegó don Quijote a una venta en Puerto Lápice cuando anocheaba, después de caminar durante todo el día y que creyó castillo, y le pidió a quien creía ser el alcaide de la fortaleza que le armase caballero como los caballeros andantes, ya que él era hidalgo; no era otro sino un ventero andaluz, socarrón, cuyo nombre no sabemos, de los de playa de Sanlúcar, no menos ladrón que caco, ni menos maleante que estudiante paje [estudiante fracasado], «era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones, y, por tener que reír aquella noche, determinó seguirle el humor». En la puerta había dos distraídas mozas que le parecieron dos graciosas damas, cuando eran mozas del partido (rameras damas) (II, 2). Al final de este capítulo Cervantes comete el error de llamar al ventero «castellano ventero» cuando antes había dicho que era andaluz de las playas de Sanlúcar. En estos pasajes donde se mezcla ficción con crueldad se nos cuenta la realidad de toda una época, testigo de la vida miserable de una decadencia.

La segunda vez que lleva a Puerto Lápice es después de la aventura de los molinos, donde había roto la lanza. Llega a Puerto Lápice junto a Sancho Panza «por ser lugar muy pasajero» al que ya había convencido en la codicia de una ínsula, o *Lápiche* como aparece escrito en su libro de *La ruta...*, en la aventura de los frailes de San Benito y con el vizcaíno del capítulo VIII de la I parte. Don Quijote creyó que los frailes eran encantadores que llevaban hurtada alguna princesa en un coche, donde en realidad viajaba una señora vizcaína hacia Sevilla escoltada por cuatro o cinco caballeros.

Usted nos da cuenta en las crónicas VII y VIII, de la llegada a Puerto Lápiche, y se hospeda en el Mesón de Higinio Mascaraque. Nos describe que «El puerto es un

anchuroso paso que forma una depresión de la montaña; nuestro carro sube corriendo por el suave declive, muere la tarde...». Cuando mi mujer y yo llegamos a Puerto Lápice eran las cinco y diez de la tarde; cuando llegamos subimos hacia la derecha y dimos la vuelta en la explanada del Hotel Aprisco. Carretera N-IV, Km. 136. Un hotel de dos estrellas y restaurante; en la puerta, junto a los aparcamientos, hay una calesa antigua cubierta bajo una especie de pérgola. A lo mejor es el antiguo mesón de Higinio, pero ningún porteño lo sabe. ¿Sabía usted que el gentilicio de la gente de Puerto Lápice es porteños?

Usted toma contacto con José Antonio el médico de Puerto Lápice, estaba enfermo y los dolores iban purificando su carácter y además tiene el vicio de tipografía, «hace un periódico durante la semana lo escribe de puño y letra; luego, el domingo, lo lleva al casino; allí lo leen los socios y después me lo volvía a traer a casa para la colección».

El pueblo es alargado, longitudinal, construido a ambos lados de la N-IV, Km. 136, un puerto tan suave que no sé por qué le llaman puerto, quizás lo es si se viene de Arenas de San Juan. Tiene actualmente 1.049 habitantes (censo de 2001). No escuchamos al porquero que tocó el cuerno y creyó don Quijote que era un enano del castillo que hacía seña de su venida. Por este pueblo seguramente que Cervantes, gran viajero, había pasado y hospedado en alguna venta, bien camino a Madrid o a Esquivias (pueblo de la mujer al norte de Toledo) bien por el camino de Aranjuez o por Toledo. Ya que Aranjuez la nombró dos veces Cervantes, una en el *Quijote* y una en el *Persiles y Segismunda*, y que ya escribí sobre ello y sin ningún reconocimiento en las páginas de la Comisión del IV Centenario de Aranjuez.

Bajamos de nuevo hacia el centro la plaza del Ayuntamiento porticada. Seguimos bajando hasta aparcar en la puerta de la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Buen Consejo, desde donde se puede ver la fachada de la venta con alero y vimos un viejo portón, ya estamos en la venta de Don Quijote, una venta conservada como las antiguas ventas de La Mancha. La fachada encalada con portillo pintado en añil venta que lleva el nombre del Hidalgo, calle del Molino n.º 4, que fue construida en el siglo XVIII y reformada como sitio de comida y descanso, un monumento nacional, entramos, y a la derecha una tienda de *souvenirs*, a la izquierda un poyete de azulejos clásicos, diplomas, placas, recordatorios, y un azulejo conmemorativo de su inauguración tras la remodelación, donde me dice una foto, y otro azulejo como documento de este safari fotográfico.

Se accede al patio empedrado a través de un porche cubierto y sostenido por dos grandes pilares o columnas. Una vez dentro uno se emociona, se llena de encanto y retorna al pasado de los patios porticados con vigas de madera color almagra, patios de comedias, artes y letras, como el teatro de Almagro. A la izquierda se ve un carro vencido por los caminos, y al fondo, junto a un pozo con brocal y un abrevadero de piedra, nos vigila la figura metálica de Don Quijote velando las armas que tiene a sus pies: armadura y adarga. A quien le doy las buenas tardes a la vez que imprudentemente toco la armadura, y me llevo una sorpresa inaudita. Don Quijote me advierte enojado:

«-¡Oh, tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tomar las armas de más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira bien lo que haces y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento» (I, 3).

Después de este incidente me puse a tomar un dibujo, lo mejor era no enfrentarme a él, dicen que está falto de juicio. Entramos al Restaurante Típico, que es una vieja bodega que conserva grandes y oscuras tinajas, donde se puede comer en la bodega. En una pared leí un diploma del cocinero y mesonero mayor don José Luis Lerguburu Gutiérrez, que está considerado como el ventero oficial con atribuciones para ordenarte caballero, como ya lo hiciera con Miguel de la Quadra-Salcedo en el verano del 2003. En dicho restaurante me tomé un cortado por 1.20 euros, como en las mejores cafeterías de la Gran Vía, pero sin duda alguna con mejor decorado. Menos mal que yo siempre llevo bien herrada la bolsa.

Don Quijote, que era hidalgo, quiere ser nombrado caballero como los caballeros andantes, ascender en la escala social, por esa terquedad que es también un modelo de aspiración a un ideal ético y estético de vida que hacerse caballero andante para defender la justicia en el mundo, y busca aventuras peligrosas y sobrehumanas con dragones y gigantes para ser merecedor del amor de una dama principal, en lo que se llamaba amor cortés, en este caso era la princesa Dulcinea, que Cervantes para burlarse de los amores platónicos del caballero la convierte en una aldeana llamada Aldonza Lorenzo, que era un nombre del que circulaban burlas y chismes muy populares.

Salimos de la venta y dimos un paseo por Puerto Lápice. En la calle del Molino hay otras ventas, bares, un pueblo que aprovecha el paso de turistas para ofrecerle historia y ensoñaciones.



De Puerto Lápice al Mar Menor de la Mancha



Sr. Azorín:

No eran las del alba sino la hora de la sobremesa cuando nosotros salimos de Puerto Lápice dirección sur hasta Villarta de San Juan. Nosotros salimos contentos, tanto como don Quijote, «tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped acerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa...». Nosotros regresábamos al mar menor de La Mancha, me refiero a Las Lagunas de Ruidera, por supuesto, camino de Villarta de San Juan, Cinco Casas, Argamasilla y Ruidera. Nos quedaban aún 71 kilómetros para llegar al Hotel La Colgada y darnos una deseada ducha.

Al salir de Puerto Lápice hacia el sur nos equivocamos de carretera: seguía la N-420 para Arenas de San Juan y Daimiel, zona húmeda donde renacen los Ojos del Guadiana en las Tablas del mismo nombre que es Parque Natural, donde el tímido río adopta a dos compañeros menores, a los afluentes el Cigüela y el Azuer. A ambos lados de la carretera viejos olivares cenicientos de troncos centenarios se ríen de nuestro error con sus ramas en asa y sus ojos burgueses, di la vuelta en una explanada donde grandes tinajas, gigantescas tinajas como cisternas de camiones se veían gordinflonas, unas de pie y otras tendidas, cercadas en una propiedad privada. Hice un cambio de sentido y tomé la autovía A-IV, y me desvié para Villarta, pueblo por el que usted pasó y lo nombró al final de la crónica VII, de *La ruta...*, y nos describe: «Pero el tiempo ha ido transcurriendo: son las dos de la tarde, ya hemos travesado rápidamente el pueblecito de Villarta, es un pueblo blanco, de un blanco intenso, de un blanco mate, con las puertas azules». Usted venía de Argamasilla de Alba a Puerto Lápice; lo hace en una jornada, en el carrito conducido por ese hipotético Miguel y la jaca. De Villarta a Puerto Lápice hay unos 10 kilómetros y usted llega a las cinco de la tarde.

Usted tampoco nos habla del puente romano tendido a la entrada norte de Villarta que da paso por sus pequeñas arcadas al río Cigüela, a lo mejor no lo vio. ¿Por qué usted no nos habla de este puente? Quizás porque Miguel de Cervantes tampoco lo nombró o porque se conoce vulgarmente como el puente viejo y no como puente romano y pasa desapercibido. Tomé algunas notas del cartel informativo instalado junto al puente, situado en el kilómetro 145,6 de la N-IV. Datos fiables: tiene una longitud aproximada de 460 metros longitud y 7 metros de anchura con 47 ojos, divididos en tramos uno 19 ojos y en el segundo 25 ojos, los otros 3 de grandes dimensiones, todos distintos y distribuidos de forma irregular, salvan una zona pantanosa que se forma cuando llueve, y el Cigüela y el Záncara se desbordan. Se construyó en piedra y argamasa para unir las localidades romanas de Laminium-Consamburus. Actualmente se le somete a un tratamiento de rehabilitación con motivo del IV

Centenario para que sea peatonal de una eco ruta, todo un acierto. En 1809, en la guerra de la Independencia, se destruyeron los arcos 7 y 11. Existe otro puente romano en Arenas de San Juan que ha de esperar otra oportunidad. La Mancha estuvo surcada por varias vías romanas, como la que iba a Segobriga.

Villarta de San Juan fue una antigua fortificación defensiva de la Orden de San Juan, se denominaba «Villa Harta», es decir, villa apretada, cercada o amurallada. Paramos con intención de ver la Iglesia de San Juan, su puerta cerrada nos impidió la entrada. Fue construida a finales del siglo XV y principios del XVI. Su estilo pertenece al gótico tardío, reforzada con contrafuertes, tiene aspecto de fortaleza más que de iglesia. Continuamos hacia el centro de Villarta, aparcamiento junto a unas escaleras que da a la plaza de la Paz, donde se halla el Ayuntamiento, edificio de 1970. Contiguo a la fachada del Ayuntamiento se levanta la Torre del Reloj, cuya construcción data del siglo XVII, de cuya época sólo se conserva el primer tercio, en cuya puerta descansaba aparcado un coche de la Policía Local. Subimos las escaleras y cruzamos en diagonal hasta un el bar-cafetería con terraza a la solana, desde cuya cafetería veíamos una casa señorial cuya fachada ocupa casi toda la parte norte conocida como Casa del Requete, posterior a 1913, donde se alberga un gran patio interior.

-Buenas tardes; dos *descafeinaos* con leche.

-¿De sobre o de máquina? -en todas partes la misma pregunta.

-De sobre y con leche que no esté muy caliente -el camarero era un joven diligente, charlatán, que me comentó que había dejado Madrid para instarse en este pueblo, gracias a la venta de su piso madrileño.

Tomamos el desvío a Cinco Casas por una carretera en línea, donde se ven marjales, trigo y alcacel aún temprano y el maíz ceniciento. Cinco Casas se haya dividida en dos zonas urbanas, una que es pueblo nuevo de calles rectilíneas y casitas bajas y la torre nueva de una iglesia, y la otra zona vieja, se halla al pasar el viaducto del tren. Nos acercamos hasta el antiguo apeadero donde usted nos cuenta en la crónica II que bajó allí. Nosotros visitamos la cerrada estación, al final de una sola calle de casas vetustas, la estación aparece pintada de rojo bermellón con grafitis, como se puede ver en la fotografía, tiene dos puertas y cinco ventanas. Cinco Casas es una pedanía que parece abandonada del ayuntamiento de Alcázar de San Juan con una población de unos 600 habitantes, de economía principalmente agraria con un albergue de temporeros. Este pueblo nuevo se fundó en 1919. La estación situada entre Alcázar de San Juan y Manzanares, ahora está cerrada y abandonada.

Nos cuenta usted, señor Azorín, en la crónica II, que se trasladó desde Madrid a Cinco Casas, que es lo mismo que decir Argamasilla en tren; debió salir de la desaparecida estación Mediodía. Aunque usted reconoció en *Madrid (IV)* que bajó en Alcázar de San Juan. ¿Y por qué no nos habló de la Fonda Museo del Ferrocarril de la estación? En mi artículo 15 he olvidado mencionar que dicha fonda ha cumplido 130 años desde su fundación (1875-2005), regentada por la familia Fernández; el fundador fue un tal Fernández

Marchante. Actualmente se puede observar, sobre el mostrador de la cafetería, tres maniseros gigantes, expuestos dentro de urna de cristal. Sobre las paredes se aprecian carteles informativos sobre la fonda-museo, entre ellos una foto de grandes dimensiones de la pila bautismal donde le echaron el agua a un Miguel de Cervantes. Un pie de página nos informa que en 1740, D. Blas Antonio Nasarro halló la partida de bautismo de D. Miguel, fechada el 9-10-1547, en la Parroquia de Santa María la Mayor.

Hay un diálogo con Los Miguelistas del Toboso, crónica XIV, donde usted nombra a un tan Blas, que no debe ser otro sino Blas Antonio de Nasarro: «- Señor Azorín: que Miguel sea de Alcázar, está perfectamente; que Blas [Antonio de Nasarro] sea de Alcázar, también; yo tampoco lo tomo a mal: pero el abuelo, ¡el abuelo de Miguel, no le quepa duda, señor Azorín, el abuelo de Miguel era de aquí...»

Visitado el apeadero de Cinco Casas no merece la pena buscar nada más. Desde esta pequeña barriada parte el camino para Argamasilla de Alba, trayecto que hizo en diligencia: «tras largo caminar en la diligencia por la llanura, entráis en la villa ilustre...». Aunque parece ser que usted nos miente, no fue a Cinco Casas sino a Alcázar de San Juan, donde alquiló un carrillo tirado por una pequeña yegua. Según escribió en *La amada España*, según José María Martínez Cachero.

Su crónica II, «La Marcha», está contada desde la fonda de la Xantipa, cuya dueña era una viuda de Argamasilla de Alba, nos hace un *flash back* del viaje en tren desde Madrid hasta la estación de Cinco Casas. Posterior a 1905 se construyó una línea férrea entre Cinco Casas y Tomelloso con estación en Argamasilla de Alba, que se abrió el 15 de febrero de 1914; por ello, evidentemente, usted no tomó este tren que le hubiera dejado en el apeadero de Argamasilla. Su construcción se debe a Francisco Martínez «El Obrero», político y escritor de Tomelloso. Tenía la línea 19,250 kms., y tres puentes metálicos. Se suprimió el servicio de viajeros en abril de 1971. Continuó como tren de mercancías por la línea de régimen de maniobras. El último tren especial «Manantial del Vino» pasó el 5 de abril de 1987. Ha sido una constante e inútil reivindicación de reapertura de la Asociación Manchega de Amigos del Ferrocarril. Se pacto una Vía Verde o eco ruta, que los Ayuntamientos no han cumplido hasta le fecha. Recojo la perdida de esta línea como homenaje a usted que tanto amor tenía por los llamados «camino de hierro» como lo demuestra en su libro *Castilla* (1912).

En uno de mis viajes de Alicante a Andalucía con parada la estación de Alcázar de San Juan, donde hay una parada de veinte minutos para cambiar la cabeza de la locomotora; por ello los viajeros que viajan en Arco mirando al frente lo harán de espalda. Bajé y pregunté a un interventor sobre la antigua línea férrea entre Cinco Casas y Tomelloso, y me dijo:

-Hace unos veinte o veinticinco años, dejó de funcionar, los socialistas la cerraron por falta de rentabilidad, así como los apeaderos de Marañón y Herrera de la Mancha.

-Muchas gracias por la información.

Hoy en día (horarios válidos hasta el 15 de Junio de 2003) existe un tren regional diario entre Albacete a Ciudad Real con parada en Cinco Casas a las 8.05 horas. Este tren manchego sale a las 6.35 horas de Albacete y llega a Ciudad Real a las 8.55 horas. Desde Cinco Casas, continúa con paradas en Manzanares, Daimiel, Almagro y Ciudad Real. Me he prometido hacer esta ruta, debe ser una gozada viajar por el queso manchego del llano espartario.

La carretera recta como una regla continua hacia Argamasilla, el trigo y el alcacel, el maíz, los marjales, y las grandes norias con sus aspersores giratorios regando; la llanura domesticada es dócil, apacible, mientras ya el sol da sus últimos aletazos y ha hecho una raja en el cielo por donde entre cortinas se anunciará el crepúsculo.

Pasamos otra vez por Argamasilla de Alba, ahora paso sin detenernos, los jóvenes mozos de 80 años charlan sentados en la plaza de España, era ya esa ahora de la tarde en que apetece dar un paseo y charlar de cómo están los programa basura de la televisión y las últimas noticias de la violencia de género. Sansón Carrasco seguía allí de pie con sus libros bajo el brazo. La carretera para Ruidera continúa por muchos kilómetros cogida de la mano al Canal del Gran Prior. Otra vez pasamos por el Castillo de Peñarroya; la luz amarillea sus piedras con el tono del as de oros, las aguas del pantano no se ven. Mi mujer escribe a mi dictado en el bloc de notas, datos que no quiero olvidar para después tener razones fiables a la hora de pasarlos a limpio.

Cuando entramos en Ruidera, los labradores del huerto siguen allí, la tierra es esclava de los afanados labradores. Me viene a la cabeza un cuarteto del soneto 26 de *El rayo que no cesa* de Miguel Hernández:

Por una senda van los hortelanos
que es la sangrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.

Entramos en el pequeño mar de La Mancha por la orilla de la Laguna del Rey [se refiere a Carlos III]. Después de asearnos era la hora de cenar en la cafetería. Regresamos a la habitación y me senté al borde de la cama, y mirando las nocturnas aguas de la quieta laguna, con las tres barcas varadas en sus boyas amarillas, que seguían soñando con las playas y el mar, y los tres patos volvieron a rondar a una tajada de luna menguante un poco más al sur de las lomas lejanas, más al sur de cuando la vimos ayer noche.



De regreso a Alicante



Sr. Azorín:

La mañana del día 12 de mayo me levanté con las luces tempranas sobre el verde manchego tímido de las lagunas; no eran las de alba, sino más bien las de hora tercia, con rayos a la espalda de los cerros llamando a la ventana de la habitación 409 con diligencia de símbolos. Y como no quería perder el diseño de esta mañana de manantial de un río fecundo que con luz que nos riega, aulas de las facultades, silenciosamente me vestí, bajé al verde armado con la cámara de fotos hasta las lagunas quietas de placer, llegué a las cascadas de La Colgada donde ya estuve la mañana del día anterior, junto a la fábrica de la luz eléctrica que lleva 30 años en paro. Cuando recorremos los lugares conocidos, los repetidos lugares matinales, acogedores y sosegados, parece que son otras zonas distintas, quizás porque ya los damos por conocidos y nos son familiares o que ya no nos sorprenden como cuando releemos una novela, ya no nos intranquiliza la intriga, porque en el fondo somos almas sustantivas, asustadizas en el recreo de la vida, o es que sin miedo, ya no le prestamos tanta atención a los peligros invisibles y latentes que nos acechan, que nos aguardan, que nos impresionan, o no sentimos la novedad de lo nuevo porque nos hemos endurecido las espaldas del corazón.

Mis lagunas muestran su color perla de oriente, fucsias, verdes; las mismas

cascadas, los mismos patos, el gorrión, el mirlo, los tilos entrelazados con la jacarandá. Mi paseo matinal es rápido, sin el encanto de lo virginal, es como un monótono camino a nuestro lugar de trabajo. Apenas hice fotografías, porque las fotos las tenía ya reveladas en mi cerebro, memoria recuperada. Después del desayuno de media tostada con aceite de oliva verde manchego, muy sabroso, aunque no me atreví con el ajo refregado...

-Deme la cuenta, que dejamos la habitación.

El recepcionista es un hombre fuerte con bigote, parece una cara familiar, es amable, tranquilo como si tuviera todo el tiempo para él. Pagué la factura de la habitación con la tarjeta: 124.6 euros, IVA incluido, por dos noches con una comida y dos desayunos, un precio que nos dejó muy contentos, estos precios favorecen el turismo; y sobre todo, lo discretos que son los dueños: los hermanos Ramírez, según pone en el membrete de la factura.

Las lagunas nos dicen adiós con sus manitas de agua, con sus colores tranquilos, unidos al silencio de los bosquecillos de olmos y álamos, jacarandás y tilos, juncos y enneas, y las cascadas ruidosas con los ojos llorosos no dejan ver sus cuevecillas húmedas y oscuras, la luz mañanera, nueva, ávida, lee la germinación del día sobre los reflejos de las lagunas asentadas, aún dormidas, que nos dejaba el ánimo como que nos faltaban días de viaje y reposo. Salimos mustios con el ánimo empobrecido en los ojos, nos prometimos que volveríamos pronto.

-¿Cuándo vamos a volver otra vez? -le pregunto a mi mujer por entrar en conversación.

-Si ya hemos estado una vez, para qué volver otra, con la cantidad de sitios nuevos que nos quedan que ver en España y en el extranjero.

-Sí, pero estarás conmigo que tranquilidad tienes toda la que puedes buscar.

-Demasiada tranquilidad, con un par de días es suficiente.

Y es que para ella viajar no es ver naturaleza ni paisajes, sino tiendas, teatros, la movida nocturna, y cuanto de civilización pueda tener una ciudad en las tardes largas y aburridas en la terraza de una cafetería.

Montamos en el coche de motor triste y sonoro dirección a la cueva de Montesinos, para acercarnos a la ermita de San Pedro de Verona, desde la ermita por un carril hasta el castillo de Rochafriada en el Alto Guadiana, que todavía conserva parte de la antigua muralla y torre del homenaje, y que fue tomado por Alfonso VIII en 1213. Sobre un roquedal están los restos del castillo y la fuente llamada Fontefriada. El castillo es del siglo XII y de origen árabe. Cuando fue conquistado por los cristianos recibió el nombre de San Felices. Pasó a la Orden de Santiago y fue abandonado hacia el siglo XV. Este castillo no se nombra directamente en el *Quijote* pero es cervantino debido a la leyenda sobre Montesinos, hijo de los condes de Grimaltos, que según cuentan los romances viejos se había criado en el palacio del Rey de Francia, y que

caído en desgracia huyó de Francia y abandonaron al niño en una ermita. Historias que don Quijote contará a Sancho y al primo una vez que ha salido de la cueva de Montesinos en el capítulo XXIII de la II parte. Recordamos que Montesinos era primo de Durantarte, que le pidió a éste que una vez muerto le sacara el corazón y se lo entregara a Belerma, «ya con puñal, ya con daga». Dice Montesinos: «-Ya, señor Durantarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandaste en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho...». La cueva de Montesinos se llamó así porque después de la batalla de Roncesvalles, el mago Merlín encantó en ella a Montesinos, a Belerma y a Durantarte y a muchos amigos. Belerma tenía una dueña llamada Ruidera, y tal fueron los llantos de ésta y de sus hijas que Merlín las convirtió en lagunas.

El murciano don Diego Clemencín comenta (nota 8 de la II parte) que: «Andando el tiempo, Montesinos; según los mismos romances se casó con la doncella llamadas Rosaflorida, señora del castillo de la Rochafriada en Castilla, la cual enamorada de Montesinos, solicitó y obtuvo su mano». Y que según el romance viejo: «¿Qué es aquesto señora, / qué es esto, Rosaflorida? / O tened mal de amores, / o estáis loca sandía...». De las tradiciones nacen los romances, y Cervantes conocía esta historia puesto que ya figuraba el castillo, la fuente y la cueva en las *Relaciones Topográficas* de Felipe II (1575).

En el capítulo XXIV de la II parte del *Quijote*, después de la aventura en la cueva de Montesinos nos habla el narrador Cide Hamete de una ermita, de cuyo nombre se prescinde, pero que si seguimos la lógica de la ruta del Quijote, es la de San Pedro de Verona:

«-No lejos de aquí -respondió el primo- está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado a su costa; pero, con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

»-¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? -preguntó Sancho. »-Pocos ermitaños están sin ellas -respondió don Quijote-, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra [parece referirse a San Onofre]. Y no se entienda que por decir bien de aquéllos no lo digo de aquéstos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos; a lo menos, yo por buenos los juzgo; y, cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador».

El viajero ha perdido fuerzas, tiene el ánimo bajo ante la necesidad de abandonar estos parajes de peñas y encinar y ello se nota, se me nota en la melancolía de los trazos, apáticos, flojos en el bloc de notas, tristeza más que nada por abandonar los míticos y nobles lugares por donde pisaran don Quijote y Sancho. Ya no tengo que buscarle a usted, señor Azorín, porque ya le encontré por la ruta de don Quijote como he comentado.

La carretera a Ossa de Montiel es secundaria, dehesas, encinas y monte bajo y alguna casa de campo. Ya cantan las chicharras, que anuncian un caluroso verano. La entrada al pueblo por esta parte Oeste es como si entramos a una trastienda o una rebotica, por la puerta falsa. Actualmente es conocido por ser el pueblo natal del ciclista Óscar Sevilla. La cueva de Montesinos es término municipal de este pueblo de Albacete. El gentilicio es oseños. Perteneció a la Orden de Santiago hasta el s. XIX. Actualmente atrae cazadores debido a la abundancia de la caza menor en sus cotos. Este es el pueblo donde don Quijote y Sancho encuentran a Maese Pedro, con el retablo [teatro pequeño] y el mono adivino (cuando enteraba en los pueblos Pedro se enteraba de los chismes vecinales, y luego fingía que el mono era adivino), o sea, un titiritero despabilado y buscavidas que representaba en su pequeño escenario diversas historias, según J. E. Varey los títeres, compañías teatrales y acróbatas procedían de Italia. Maese Pedro socarrón y tan vivo como el hambre quiso hacer una función en honor a Don Quijote y representó una historia de Don Gaiferos, en la cual: «Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra [hija de Carlomagno], que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza» (II, 25). Durante la actuación de Maese Pedro, Don Quijote creía tan real lo que sucedía en el escenario que interviene en la obra, y, furioso, iracundo, y en otro arrebatado de locura descontrolada desenvainó la espada y atravesó a todos los muñecos «malos» de Maese Pedro como si de criaturas reales malvadas se tratara, porque don Quijote como buen caballero andante quería ayudarlos a escapar del acoso que sufrían. Después cuando don Quijote despierta de su locura culpa de ello a los encantadores.

En realidad Maese Pedro era Ginés de Pasamonte, uno de los galeotes a los que Don Quijote había liberado en anteriores aventuras. Por ello Ginés conocía la vida del Caballero de la Triste Figura.

Pasamos con el coche por Munera y Barrax, donde me desvié a Balazote por la CM-3135, me atraía su famosa escultura ibérica: el toro androcéfalo conocido por Bicha de Balazote (Albacete), aunque el original se muestra en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Aunque en Balazote tienen una reproducción exacta. No he encontrado fecha de su descubrimiento. Según mis notas la escultura es de caliza, mide 93 x 73 cm, es una figura funeraria, un toro echado con cabeza humana con barba y cuernos cortos, oreja de bóvidos, que una es pieza aparte. La cabeza resulta más hierática, muy rígido el bigote, la barba y la cabellera, detallados con surcos rectos, unos ojos desmesurados y muy abiertos como en los dibujos arcaicos, entre los que asoma un rostro más carnoso y expresivo. La escultura es de la segunda mitad del siglo VI a. C. Creo y entiendo que tanto la Bicha de Balazote como su coetánea la Dama de Elche deberían mostrarse en los lugares donde se descubrieron. Balazote. La leyenda cuenta, que en su Iglesia de Nuestra Señora del Rosario del siglo XVI, se encuentran errados los maridos de las hijas del Cid. Alfonso de Mendoza fue conde de Balazote.

Desde Balazote por la carretera N-322, hasta Albacete. Me hubiera gustado pasar por el pueblo de unos amigos, por San Pedro, no por Peña de San Pedro que es otro pueblo que tiene el nombre del apóstol, que será en otra ocasión. La

carretera hacia Albacete es recta es como un cordel o como una aguja de hacer punto que tuviera unos cuarenta kilómetros, se cultiva el trigo y se riega con largas norias de aspersión, brazos con ruedas que marcan los verdes círculos de cultivos. Si Cervantes hubiera visto estos largos brazos con ruedas de aspersión es seguro que mete a don Quijote en una aventura.

Pasamos por encima del trasvase Tajo-Segura, tan controvertido por los hectolitros que se concederán este año. Entiendo, a priori, que tenga quien tenga la razón, el agua nunca debe de ser usada como arma política.

Más adelante cruza el trazado del ferrocarril Utiel-Baeza, ya sin raíles, que lamentablemente, para el desarrollo de esta zona deprimida de Castilla-La Mancha nunca llevó a funcionar. Esta línea férrea fue aprobada en marzo de 1926 durante la dictadura de Primo de Rivera con un presupuesto inicial de 54.560.731 pesetas; fue cuando más se adelantó el trabajo. A finales de 1930 empezaron los problemas de financiación y a finales de 1931 a poco de instaurarse la Segunda República se despidió a la mitad de los obreros. En mayo de 1932 se suspendieron las obras quedando unos pocos obreros hasta 1934, en que se paralizaron definitivamente hasta la fecha. Y por cuyo trazado se ha abierto una Vía Verde, hay un tramo entre los municipios de Alcaraz y Balazote muy turístico al pasar por pintorescos desfiladeros. La consejera de Economía y Hacienda y presidenta de la empresa pública «Don Quijote de la Mancha 2005», María Luisa Araújo, ha asegurado que la Ruta de Don Quijote es «un proyecto de largo recorrido que no ha hecho nada más que empezar». El tramo en tramo entre Alcaraz y Balazote transcurre sorteando el valle del río Jardín, con un paisaje de tajos y desfiladeros, pasando por un total de seis túneles, rodeado de monte y arbolados.

Pasamos la circunvalación de Albacete, ya conocemos esta ciudad de aleación murciano-manchega, por su museo arqueológico provincial, donde recuerdo haber visto La Cierva de Caudete y muñecas romanas de marfil, y una sala dedicado al pintor de la Escuela de Vallecas Benjamín Palencia, que donó obras, y además conocido en el mundo de la literatura por su amistad con el poeta de Orihuela Miguel Hernández, a quien le hizo un dibujo tocando la armónica.

Llegamos a Almansa con intención de practicar el sano deporte de la gastronomía. El castillo, asentado encima de un risco afilado, debió de ser muy visto por usted cuando pasaba en tren desde Madrid a Monóvar. Por casualidades de los nombres existe una multióptica que se llama Azorín, en calle Corredera 21, lo más seguro es que no tenga nada que ver con su seudónimo, y sea el apellido de un optometrista.

Los orígenes del Castillo de Almansa se remontan al período almohade, cuya forma característica de construcción alcázar y fortaleza de resistencia queda hoy patente en alguno de sus muros. En la época árabe, Almansa perteneció al reino de Murcia. Hacia el siglo XIII se inició la conquista de estas tierras por los cristianos aprovechando las desavenencias entre los reyes moros murcianos y sus vecinos. En 1707 el castillo fue escenario, durante la Guerra de Sucesión, de una batalla de renombre histórico: la batalla de Almansa; en

ella, fueron derrotados y capturados nueve mil soldados austriacos. Venció el ejército franco-español, encabezado por el duque de Berwick. A partir de esta batalla, se inclinó la guerra a favor del asentamiento de Felipe V y la dinastía de los Borbones en el Trono de España.

En la puerta de la conocida Casa Grande me hice la foto testigo de mis viajes. Pertenecía al Conde de Cirat, Miguel de Catalá y Calatayud, que tenía el título de Grande de España (de ahí puede venir lo de Casa Grande). Pasó después a los Marqueses de Montortal, hasta que en 1992 fue adquirida por el Ayuntamiento.

La fachada principal se abre a la Plaza de Santa María. Su portada, ligeramente desplazada del centro, está dividida en dos cuerpos: el inferior posee a ambos lados de la puerta columnas fajadas almohadilladas. Este fajamiento rústico se extiende hacia el segundo cuerpo y a los ventanales con figuras gigantes.

Tras nuestro particular viaje por la ciudad de Almansa, en otros tiempos famosa por sus zapatos, aparcamos en la puerta del restaurante «Los Rosales», uno donde mejor se puede comer el gazpacho manchego, y así lo hicimos para no cambiar la tradición. Tras la comida y sin una sola gota de alcohol, llegamos por la tarde a Alicante, la ciudad del cetro de cal.



Visita a la «Sala Miguel de Cervantes» de la △▽ Biblioteca Nacional

Señor Azorín:

El domingo 22 de mayo actual llegué a Madrid con mi hijo Rubén, él a sus negocios y yo al mío, a la Biblioteca Nacional para descansar un poco de libros. Llegamos a la estación de Atocha, tomamos la línea 1 del Metro y bajamos en el apeadero o estación de Gran Vía, el Hotel P estaba muy cerca, sus ventanas dan a la fachada del edificio de la Telefónica.

Por la tarde fuimos a dar una vuelta por la Puerta del Sol o kilómetro cero de España: todas las radiales parten de aquí, es el eje central de las redes españolas de comunicación, donde además se eleva el famoso reloj de las 12 uvas. No se podía caminar ni por Preciados ni por Carretas, el bullicio de muchos peatones, quizás demasiados, ¿acaso no se hundiría el suelo?, pensé, porque Madrid está hueco por los túneles del Metro, gentío multirracial, arrollador, apretado hasta la claustrofobia. Añoré la amplitud de La Mancha, quiero volver, volveré... A empujones llegamos a la Plaza Mayor: me parecía estar en el extranjero, en un Madrid que yo no conocía, porque Madrid me mata, se ha convertido en una ciudad laboral interracial, que esto es otro vector de la sociología, y me parece bien, pero a mí no me gusta. Hacía 35 años que estuve en Madrid por primera vez en viaje de boda y era un Madrid señorial, castizo, entrañable, pacífico; pero este Madrid de ahora, a mí me parecía extraño, es como si la ciudad se hubiera trasladado al cono Sur de América.

En la Plaza Mayor nos sentamos en una terraza para cenar, del precio de las consumiciones mejor no hablar, en fin éramos turistas en nuestro propio país, y eso se paga con creces. Como la noche no me gusta y es arriesgado deambular por Montera e incluso por Callao o la Gran Vía, decidimos ver la televisión, y tender el arpa de la espalda para el reposo, aunque el ruido que generaba la calle nos hizo espectadores de un nocturno con sirenas.

La mañana del día 23, la Gran Vía era otra vía, porque Madrid era otro Madrid, tenía un cielo *velazqueño* y *antoniolopezco*, con el azul cobalto limpio y envidiable; hice unas fotos con la cámara digital buscando esa luz misteriosa de las ocho de la mañana en que la luz se deja fotografiar. Yo entré en la Cafetería Zahara, un salón amplio, la más grande de las cafeterías posibles. El camarero me atendió al instante, pedí mi tostada de aceite de oliva y café con leche para despertar a las últimas neuronas perezosas. El aceite no me lo sirvieron en una redoma o jarrita de vidrio, sino que estaba embutido en una tarrina como las de mermelada envasada en Cabra (Córdoba), el aceite no era del verde de Jaén, tenía 0.40 grados de acidez, a la hora de pagar, asombro: 1.60 euros, solamente. De alguna forma me recompensaba de la clavada de la tarde anterior.

Cerca de la puerta de la cafetería Zahara en la Gran Vía hay una parada de

autobuses. Cuando paró uno de ellos pregunté al conductor si este me dejaba en la Biblioteca Nacional, me dijo que no pero que paraba en la Plaza de Cibeles y desde allí subían otros por Recoletos. Efectivamente la Biblioteca está muy cerca de La Cibeles y se podía ir caminando. Una vez que bajé en Cibeles, nada más tomar pie en la acera, se me acercó, espontánea, una bella joven que me dijo: «Si usted va a la Biblioteca Nacional los autobuses pararán allí...». Y me señaló con el dedo el lugar de la parada, en la fachada de lo que fue el antiguo edificio de Correos y ahora es sede de la Comunidad de Madrid: la chica debió de oírme cuando se lo pregunté al conductor del autobús, y luego muy atenta, estuvo «al loro» para informarme adecuadamente.

Estamos en el centro financiero, porque además aquí se sitúa avizor el Banco de España y las torre Kio, el meridiano cero de la economía; veo el fuerte del Ministerio de Defensa, antes Ministerio del Ejército, donde mi padre estuvo 6 años haciendo la mili.

Desde la plaza hice unas fotografías a la diosa del carro de los leones, simbolismo y surrealismo, pura mitología a la que ya nos hemos acostumbrado. La Cibeles tiene un poder seductor que hoy día no apreciamos, ni miramos, la vemos como cotidiano, como si no pudiera ser de otra forma. Subí por Recoletos, el paseo puede tener muy bien 200 metros de lado a lado, muy cerca está la cabaña/palacio que fue del banquero y marqués de Salamanca, que además fue Ministro de Hacienda: construyó las principales líneas de ferrocarriles, y el barrio que lleva su nombre hoy en día es una de las sedes del BBV.

Ya estamos en la Biblioteca Nacional, una real verja la rodea, el exterior me recuerda otro edificio similar: el Palacio del Congreso, pero sin los dos leones de bronce hechos de los bronces de cañones enemigos. «¿Leoncitos a mí? ¡A mí leoncitos, y a tales horas?», porque en la puerta de la BNE hay otros cuatro leones de la literatura, y estos leones sí que me impresionan, me achican, me subyugan, me humillan desde el pedestal de su altura histórica. En el paseo de Recoletos hay otra escultura de bronce de don Ramón del Valle Inclán levantando el pie derecho para dar un pasito, camina hacia la BNE, para conversar con los cuatro clásicos, leones de la palabra. También vi una escultura muy plástica de dos niños sentados en un poyete leyendo el mismo libro: «Los libreros españoles al libro y sus creadores».

La Biblioteca Nacional tiene su domicilio en Recoletos 20-22. 28071 Madrid (España), también tiene una Sede en Alcalá de Henares. Ctra. Alcalá a Meco, Km. 1.600. La fachada es neoclásica con frontispicio y en el lugar de columnas, aparecen las esculturas de cuatro de nuestros más importantes escritores, yo recuerdo la de Cervantes y la de Lope de Vega, y creo que la de Luis Vives, y otra de Alfonso el Sabio. Fue fundada por el primer Borbón Felipe V en 1712 como Biblioteca Pública de Palacio. Por un privilegio real, precedente del actual depósito legal, los impresores debían depositar un ejemplar de los libros impresos en España. En 1836, la Biblioteca dejó de ser propiedad de la Corona y pasó a depender del Ministerio de la Gobernación, y recibió por primera vez el nombre de Biblioteca Nacional. Durante el siglo XIX ingresaron por incautación, compra o donativo la mayoría de los libros

antiguos y valiosos que posee la Biblioteca. En 1892 se finaliza la construcción del edificio de Recoletos que debía ser la sede de la Exposición Iberoamericana conmemorativa del IV Centenario del Descubrimiento de América celebrada en ese año. La «Sala Miguel de Cervantes» se creó en 1894, siendo director de la BN Manuel Tamayo y Baus; antes, las ediciones y textos cervantinos se encontraban en la Sección 20, «Libros raros y preciosos», que a su vez había sido creada en 1873, del otro del Departamento de Impresos, porque el otro departamento era el de Manuscritos.

En la parte baja de la Biblioteca Nacional hay una exposición titulada «*El Quijote: Biografía de un libro*», sin embargo, para mi despropósito, estaba cerrada porque era lunes y no la pude ver; tendré que dejarlo para otro día, aunque está abierta hasta el 2 de octubre; aunque conseguí un catálogo informativo. Hay una visión artística de la novela de Cervantes, a través de la iconografía, el cine y la imprenta. Dice su creador el video artista manchego Gabriel Corchero que se han escrito sobre *El Quijote* más de tres mil quinientos libros; creo que se queda corto.

Entré en la Biblioteca Nacional por la puerta de herrería que se abre cerca de la estatua de Cervantes, vestido con gárgola y calza de la época y un libro en la mano izquierda. Le hago el dibujo del recuerdo, es como si al fin del viaje me encontrara cara a cara con el autor de la novela que nos ha guiado hasta aquí.

-¿Cómo usted aquí, don Miguel de Cervantes? ¿Acaso es que me estaba usted aguardando para censurarme en mis muchos errores?

Traspasada la puerta hay un control de seguridad como en los aeropuertos, arcos y detector de metales y máquina de rayos X; luego un puesto de información y a la izquierda las oficinas de registro. Como era la primera vez que iba a la Biblioteca Nacional necesitada el carné de la Biblioteca o carné de investigador, que no tenía, para poder entrar como lector; y menos aún me dejarían entrar a la «Sala Miguel de Cervantes» a la que yo quería acceder porque en realidad era el verdadero destino de mi viaje, entrar en el sagrado templo donde se custodia la bibliografía y demás material cervantino.

Me pidieron el carné de identidad, lo metieron en la base de datos, en el catálogo Ariadna y demás controles informáticos, me dijeron que no, que yo no podía acceder. Les hablé de mi libro *Encuentros en el IV Centenario*, pero como es una autopublicación no estaba registrado en los fondos. Así que me permitieron ver a la jefa del departamento, entré a su despacho, y me hizo sentar, me atendió con suma amabilidad, me preguntó: ¿Pero usted tiene libros o artículos publicados, que demuestren su labor de investigador? Mi respuesta no se hizo esperar: pues claro que sí, tengo artículos en la *Comisión del IV Centenario de Aranjuez*, en *Monòver punto con*, en *Baquiana de Miami* (en EE.UU.), puede mirar en el ordenador. Y la jefa del departamento de entrada y registro, morena y discreta, con paciencia miró en la pantalla del ordenador, y que yo también lo podía ver. Sabía que aquel aparato me iba a dar el acceso que yo necesitaba. Y de repente, *Baquiana* y mi artículo recién publicado en el número 35/36 de mayo a agosto 2005, y allí estaba mi nombre y el título:

«Cervantes y la filosofía española». La jefa cambió de actitud, me creyó, e imprimió una copia de lo que aparecía en la pantalla a la vez que me dijo con este documento ya le puedo dar un pase temporal para la «Sala de Cervantes», venga conmigo que se lo hacen.

Con aquel pase temporal en mis manos me sentía extrañamente feliz, importante, casi como una implícita recompensa a mis muchas horas en la Ruta del Quijote buscándole a usted por la Mancha, hoteles, restaurantes, lagunas, cuevas, molinos y castillos, y muchas horas en el ordenador, repasando los trabajos y con mis borradores y dibujos, en un trabajo altruista, porque esto no está pagado con nada.

Pasé la impresionante, potente, avasalladora escultura de Menéndez y Pelayo que está sentado con un libro en la mano, y preside la entrada a seguridad. Un vigilante me dio una pegatina verde de lector, que me puse en el pecho como si hubiera ganado la mejor de las medallas, caminé por un pasillo donde había unos retratos al óleo del centenario escritor Fernando de Ayala, y pasé a una sala previa donde colgaban más retratos, todos del mismo tamaño, el de Miguel Delibes, Mario Vargas Llosa, de Camilo José Cela, del cubano Cabrera Infante, y otros, debajo la fecha en que habían sido galardonados con el Premio Cervantes. Allí, bajo la vigilancia atenta de las miradas orgullosas, casi despreciativas, altivas, omnipotentes de los arcanos mayores de las letras hispanas, me hacía más grande por compartir la misma lengua, y pasé directo a la «Sala Miguel de Cervantes» situada junto a unos servicios con la tentación prohibida de hacerme una foto en el contraluz, pero no me la hice por respeto a las normas. Eras las once de la mañana.

Una vez dentro, bajo los altos techos de las tres grandes salas, yo veía en las cúpulas el cielo de las letras, el cielo de La Mancha, y recuerdo aquellas tardes en el paseo de las Lagunas de Ruidera con mi mujer y con mi amigo Vicente quien había perdido el equilibrio en un accidente, o Villanueva de los Infantes, o en Argamasilla, o en Criptana, o en Alcázar, o en Puerto Lápice, en Cinco Casas, o su Casa Museo en Monóvar. Qué lejos en el tiempo queda todo este viaje buscándole a usted por los caminos de La Mancha y Montiel.

A la izquierda se abren las tres salas amplias, palaciegas, un tempo de libros sagrados y archivos con objetos litúrgicos, mesas grandes de maciza madera con sus reclinatorios y sus focos superiores, decoradas las altas paredes con cuadros del valenciano Muñoz Degraín, que donó veinte cuadros en 1916 para esta sala tan especial, meridiano cero del mundo cervantino, cuadros con escena de *El Quijote*, con duquesas, Montesinos..., actualmente hay 18 cuadros, porque dos están actualmente en la exposición de la biografía de un libro, ya descrita.

En cada mesa había un investigador, bien tomando notas a lápiz, porque aquí hay que usar el lápiz, por si no lo sabía, o tomando notas directamente en el ordenador portátil. Apuntes de un viejo manuscrito que tiene una letra infernal, sobre cuyas hojas se me iba la mirada inquisitiva y curiosa, ojos niños perdidos en una maravilla de las letras, meta y fin de cualquier ambición bibliográfica. En una mesa había un grupo de cuatro o cinco alumnas con una

profesora que les leía un incunable perfectamente decorado con letras góticas de oro, pero que su lenguaje en latín me era ininteligible. Otros investigadores estaban tomando notas en sus portátiles y consultando en ordenadores. Pasé al fondo de la sala, silenciosa, solemne, con ventanales que traía la luz tamizada de los palacios y alcázares de Madrid de los austrias, en las *Meninas*, de Goya, del Greco... Estaba paralizado, pero por fin me atreví a tocar un libro al azar, como si me estuviera esperando en el tiempo quijotesco, y, tembloroso y tímido ante una hipotética llamada infantil de atención, saqué de los anaqueles el pesado libro, que por casualidad era el *Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes* (1930), de don Gabriel Martín del Río y Rico, marcado con el número IN-017.1(460)NAC. Tomé mis notas.

Luego en un ordenador busqué en el catálogo las ediciones de su libro *La ruta de don Quijote*; encontré veintisiete referencias:

La primera es la edición de Leonardo Williams (1905); Imprenta de la revista de Archivos 1912; la de Juan Pueyes en 1916; en Aguilar de México 1951; H. Ramsden, Manchester University Press (1969), José María Martínez Cachero, Cátedra de 1984/88/95; Ramona Velasco vda. de Pérez, sin año, Madrid; la de Evaristo García y María García de la Habana 1970; La editorial Edaf tiene cuatro ediciones; Editorial Atalaya de Barcelona, 1996; Bueno Aires, Losada, 1974; Mauro Armiño cuatro ediciones en Edaf; la última la de la Diputación Provincial de Alicante, 2005, con prólogo de José Ferrándiz Lozano e ilustrada por Joan Castejón; en las Obras Completas de Rafael Caro Raggio de 1919, y en la de Ángel Cruz Rueda de Aguilar 1947-1954 (Gráficas Orbe SA).

No estaba la última editada por la Universidad Castilla la Mancha (2005), ni tampoco la de la editorial Rembrant de Alicante 1982, con prólogo de Santiago Riopérez e ilustraciones de Santiago Agustín Redondela, ni la Biblioteca Renacimiento de 1915.

Por la tarde mi hijo y yo regresamos en el Altaria a Alicante, en las cuatro horas de viaje me dio tiempo a poner en orden mis notas y escribir el borrador de esta última crónica a mis andanzas buscando a un Azorín cervantino. Pasamos por La Mancha a toda velocidad, no apartaba mi vista de la ventanilla blindada del vagón/coche de preferente. Por un momento hago un disparo de memoria, un tiro veloz de recuerdos, que la llevo como en un macuto a la espalda, y en mi alegría lloro y me pongo triste por recordar los lugares de La Mancha buscándole a usted, señor Azorín, buscando sus huellas en las casas vetustas, en los pueblos señoriales, en los batanes, llanos y páramos, vides en ciernes, trigales, las lagunas, los ríos que quieren acordarse de que son ríos y de vez en cuando desaparecen en el subsuelo y vuelven en las Tablas de Daimiel, aquellos molinos de viento ahora en descanso de aspas y velas con aquel motorista hablando por teléfono móvil, sus pueblos tranquilos e históricos, y de las múltiples esculturas de don Quijote y Sancho, de don Quijote y Dulcinea...

El tren tiene una estación en su pueblo, pasado la de Elda-Petrel, pero no tiene ya parada Monóvar. Recuerdo que el día 8 de junio se cumplirá el 132 Aniversario de su nacimiento, no sé si cantarle cumpleaños feliz, no sé si es

apropiado o ni siquiera literario. Ya son cerca de las 22 horas y el tren ha pasado por debajo del puente rojo, un din-don, anuncia la estación término de Alicante.



Su 132 cumpleaños con libros



Señor Azorín:

No quiero echar la llave sin contarle que en la Casa de Cultura de su pueblo celebramos el CXXXII aniversario de su nacimiento el día 8 de junio del 2005. Me invitó a los actos el director de la Casa-Museo don José Payá para la presentación del libro editado por el Centro de estudios Castilla-La Mancha, de su libro de *La ruta de don Quijote I Centenario 1905-2005*, y con epílogo de José Payá. A las 19 horas tomé la A-31 y llegué a Monóvar, crucé la calle Mayor, pasé por la iglesia y está la plaza del Ayuntamiento y ya en la calle Argentina, aparqué en una transversal empinada porque la calle de Salamanca está tan cerca que desde el coche se puede leer la placa, además de estrecha esta calle es dirección prohibida. Allí, Enrique, administrativo, que es prejubilado de la CAM y que vive en Novelda, con la amabilidad que le caracteriza, me dio un catálogo de la Conmemoración de su 132 Aniversario, que muestro para este artículo.

Recogí las fotocopias de la introducción a *La ruta de don Quijote*, de Santiago Riopérez y Mila, de la rara edición Rembrant de Alicante, 1982, y que ya tenía concertada de que me la prepararan, pues sabía que en esta introducción me ampliaban muchos datos que yo ignoraba sobre su libro.

Desde la Casa-Museo a la Casa de Cultura fuimos andando un grupo de personas que habían venido desde Ciudad Real: Isidro Sánchez y Esther Almarcha del Centro de Estudios de Castilla-La Mancha; Francisco Allá Miranda, Vicerrector del Campus de Ciudad Real y el editor del libro de Rafael Amorós; Juan Manuel Abascal, Director de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; José Payá; y un representante del Vicerrectorado de Extensión Universitaria de Alicante; Miguel Salvador, Concejal de Cultura del Ayuntamiento de Monóvar.

En la puerta de la Casa de Cultura estaba el adelantado de Monóvar Salvador Poveda y el Concejal de Cultura, y mucho público. A la entrada compré el nuevo libro que se presentaba y pedí un autógrafo a Esther Almarcha, más que nada para autenticar la compra y el momento, ya sabe usted que los libros sin autógrafos parecen salchichones caseros, sin marchamo ni garantías.

El acto empezó a las 20,15, hora española de los actos, como siempre un cuarto de hora más tarde porque en España esto es así, siempre un cuarto de hora y hasta media hora más tarde, porque parece que no es educado empezar con el patio de butacas medio vacío, es mejor esperar un poco más tarde, hacerse el remolón. El salón de actos a modo de teatro tiene un escenario amplio: había una mesa con sillas para los oradores, y un decorado elegante con una especie de colcha sobre un tendedero, y detrás el cuadro gigante de la Xantipa, vestida con su uniforme de luto y su pelo recogido en moño. He de destacar que tras las presentaciones del libro ya anotado, hubo una lectura dramatizada de los capítulos que hablan de la Xantipa. Subieron al escenario dos mujeres vestidas de luto con melena suelta, como las de *La casa de Bernarda Alba* de García Lorca, y un violonchelista, Francisco J. Alvillar, que como todos los violonchelistas se sentó como para lavarse los pies, allí delante de todos los espectadores; más un lujo de actrices que nos hicieron emocionarnos y aplaudir con entusiasmo. Durante la representación no hubo una sola tos, ni sonó ningún móvil ni la gente se levantó para ir al retrete. Ellas eran las actrices Manuela Amat y Brígida Blasco, profesoras de alguna escuela de arte dramático.

Luego me dijo José Paya que cuando los oyó recitar por primera vez les dijo: *nada, sin más al escenario, y no creo que sea la última vez, porque uno puede actuar, pero otra cosa es vivir la escena.*

Luego, cerrada la vivencia escénica de la Xantipa, hubo recordatorio del 132 aniversario de su nacimiento, y clausurado por el alcalde, Concejal de Cultura y un representante de la CAM. Hubo también un cambio de tarjetas de visitas. Lo normal en estos actos, que siempre sirven para dar a conocer la cara y la talla, porque los nombres de por sí no son más que mudos anagramas, las personas son más interesantes que los cargos y cátedras.

Regresé a mi casa a eso de las once, me leí de un tirón el libro que había comprado, ilustrado con fotografías antiguas de La Mancha, un libro para poner una nota muy alta.

No quiero finalizar estos artículos monográficos sin agradecer a Luis Alonso de *Monòver punto com*, la diligencia y disposición en pasar estos trabajos a su portal, donde los artículos azorinianos tienen un lugar de privilegio.

Un amigo indulgente y socarrón me preguntó en broma:

-¿Qué, encontraste a Azorín por La Mancha?

Y yo, que soy un pobrecito escritor, le dije que por supuesto que sí.

Anexo: Azorín, el último romántico



«La figura señera y la ingente obra de Azorín», como ya escribiera Vicente Sala Belló para la presentación de «Azorín y el fin de siglo (1893-1905)», con motivo del I Centenario de Desastre de 1898, debería ser considerada como «El último romántico» por la génesis de su formación política, filosófica y literaria en lo que corresponde a la etapa de su adolescencia hasta su viaje a Madrid (1896), ya convertido en adulto y en un periodista vocacional y una reconocida promesa literaria. Un periodo juvenil, anterior a la de ser reconocido por su imperial pluma universal, demostraremos que este apelativo de «El último romántico», no es gratuito ni oportunista. Sin embargo, situemos el vocablo romántico donde le corresponde históricamente, no con la acepción que nos sugiere actualmente de enamoramiento o soñador, sino como revolución, progreso y libertad (finales del XVIII a primera mitad del siglo XIX).

Antes de llegar al peculiar estilo periodístico por el que le conocemos, aparentemente sencillo y sucinto con escasas subordinadas, frases cortas y léxico rico en arcaísmos, de palabra precisa y justa, vivió una adolescencia bélica de ideas y agresiva, anarquista, realista, en un intento de denunciar la injusticia social. Más tarde se incorporaría a lo que se llamó modernismo o renovación e innovación del lenguaje y sobre todo repudiando viejos vicios dieciochescos, un movimiento occidental de cambios filosóficos, literarios y artísticos (las vanguardias). Miguel Ángel Lozano Marco, Universidad de Alicante, comentó:

«Conocedor del valor sustancial de la literatura, Martínez Ruiz, comenzó su vida pública como crítico (sic), [crítico], precoz -lo que él encontraba a su alrededor- sino interpretación, comprensión, intento

personal de apresar el espíritu del libro». (*Azorín. La mirada atenta*, 1998).

En este trabajo hemos tenido presente el artículo del biógrafo de Azorín, Santiago Riopérez y Mila, titulado «Azorín, anarquistas» (*Anales Azorinianos*, n.º 2, Monóvar, 1985), en el que nos expone una amplia tesis sobre este credo anarquista de José Martínez, que comentaremos puntualmente.

Para analizar y documentar la hipótesis romántica tardía de la su adolescencia como revolución y renovación de ideas, hemos de indagar primero en las fuentes.

Datos filiales



José Martínez Ruiz (Azorín), nació a las tres de la madrugada del domingo 8 de junio de 1873, en calle Cárcel (un caserón hidalguesco de dos pisos y otro con troneras de desvanes, según descripción que hizo Ernesto Giménez Caballero¹), en Monóvar (Alicante), localidad de habla valenciana del Alto Vinalopó o valle de Elda. Al neófito le bautizaron con los nombres de José Augusto Trinidad, en la parroquia de San Juan Bautista. Fue el mayor de nueve hermanos, hijo de don Isidro Martínez Soriano, natural de Yecla (Murcia), abogado, alcalde de Monóvar desde 1877 hasta 1881, y de doña María Luisa Ruiz Maestre, natural de Petrel, descendiente de los Ruiz, linaje de hidalgos con privilegios de Corte, era hija de propietarios. La familia tenía una casa de campo en Collado de Salinas (La Cañada era el nombre de la finca de los padres, donde el joven Pepe, así le llama la familia, empezó a observar la naturaleza. (Ver fotografía adjunta, de un cuadro del pintor Luis Vidal Maestre -Monóvar 1909-1970- fundador del grupo «La Parela». Gerardo Diego le escribió el texto a un catálogo de una exposición de Luis en 1976 en Monóvar).

Don Isidro Martínez pertenece a una familia acomodada, católica, tradicional, conservadora «romerista», es decir, partidario del político conservador antequerano Francisco Romero².

Los antecedentes maternos de Azorín, se hallan en Petrel, investigados concienzudamente por José Payá Bernabé, director de la Casa-Museo, de quien tomo el siguiente párrafo:

«Entre los antepasados de J. Martínez Ruiz por la rama materna figuran, entre otros, Pedro Ruiz Hernández Yagüe, familiar del Santo Oficio, casado en Monóvar con Catalina Escrivana Romero; Fernando Ruiz, Rector de la Iglesia parroquial de Monóvar; Pedro Ruiz Miralles, Licenciado presbítero que recibió, en 1708, el título de Noble Hijodalgo de manos del Rey Felipe V».

Descendiente de este árbol genealógico fue Amancio Ruiz Mira, de Monóvar, que se casó con Josefa Maestre Rico, natural de Petrer. Josefa y Amancio tuvieron dos hijas: Josefa María Roberta, que falleció con un año de edad, y María Luisa, quien, con el tiempo, se convertiría en la madre de Azorín.

El carácter de José Martínez era el de un tipo raro, reservado, según sus vecinos contemporáneos que le conocían, que apenas tenía contacto con la gente, a pesar de conocer muy bien las costumbres y los lugares geográficos de su tierra natal.

Primeros estudios



Las primeras letras o «luces», como nos dejó escrito el propio Azorín, según cuenta en *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), las aprendió en la escuela de Monóvar, donde nos confiesa, nunca mejor dicho, que «este maestro que me inculcó las primeras luces era un hombre seco, alto, huesudo, áspero de condición, brusco de palabra, con unos bigotes cerdosos y lacios... porque yo -hijo del alcalde- recibía del maestro todo los días una lección especial».

Con nueve años, en 1881, ingresa como alumno interno al Colegio de los Padres Escolapios de Yecla (Murcia), o la Yécora de Pío Baroja en *Camino de perfección*, pueblo de naturaleza del padre, para estudiar el bachillerato, que le costará siete años. Salió con dieciséis años de edad para Valencia. Tuvo como profesor al padre Carlos Lasalde (1841-1906). Sobre esta triste época juvenil nos la relatará más tarde en su primera novela *La Voluntad* (1902). El hispanista estadounidense E. Inman Fox, escribió una amplia introducción a modo de ensayo de la citada novela para la edición de Clásicos Castalia, n.º 3, 1989, en la que argumenta sobre su estancia yeclana: «Los años de Yecla resurgen en la memoria de Azorín como una sombra casi siempre teñida de tristeza. Hablase sentido arrancado del seno familiar y de la radiante naturaleza alicantina». Esta última apreciación de E. Inman Fox no debería ser causa de provocar aflicción, no obstante, para la sensibilidad el joven Pepe, sí es causa de tristeza, a pesar de que las dos localidades, sin pertenecer a la misma provincia, separadas por unos 40 kilómetros, pertenecen a la misma comarca geográfica.

En el mismo comentario crítico de E. Inman Fox (1989, p. 13), argumenta que «sólo Gabriel Miró, otro alicantino, ha dejado impresiones más intensas, de una angustia artísticamente muy elaborada, sobre el impacto opresivo que produce el internado en un colegio de religiosos...» (recordemos que Gabriel Miró era buen amigo de Azorín³ estudió en el colegio Santo Domingo de los jesuitas de Orihuela 1887/92).

Etapa valenciana y formación romántica △▽

En octubre de 1888 comienza la carrera de Derecho en la Universidad literaria de Valencia, ciudad de color huertano y sorollesco, su profesor de Derecho Político era Eduardo Soler, krausista. Carrera que se ve truncada, ya que el Derecho Romano se le atranca. Aquí, en Valencia, a través de la recomendación de su tío Miguel, publica sus primeros artículos en *La Monarquía* de Alicante y otros diarios regionales, y empieza la batalla en busca de un seudónimo, primero «Juan de Lis» y «Fray José», no sólo por lo común de sus apellidos, sino porque quería ocultarse de la autoridad paterna que, seguramente, no vería con buenos ojos que su hijo se distrajera de los estudios con artículos periodísticos.

Ante la evidencia de los suspensos traslada el expediente universitario a Granada (1892). Vuelve José Martínez Ruiz ese mismo año otra vez a estudiar en Valencia, pero ya le ha picado el gusanillo de la letra impresa, que debió provocar en su vanidad, ese vicio que nos sustenta a quienes intentamos seguir en vano el mismo camino. En Valencia descubre un mundo nuevo, y esta libertad, llamémosle libertad valenciana, lejos de la estrecha vigilancia del profesorado seglar de la Orden religiosa de los Escolapios de Yecla y de la vigilancia paterna, le facilitan los movimientos dentro de la ciudad naranja, libertad de elegir libros de viejo, no censurados por la iglesia, lecturas de las corrientes anarquistas del momento, que le convierten en un rebelde de ideas, como no podía ser menos en una incipiente vocación de escritor, crítico y periodista. Empieza a escribir artículos en 1892 en *La Educación Católica* con el seudónimo de Fray José, en *El Defensor de Yecla* con el de Juan Lis, y *El Eco de Monóvar*.

Durante su etapa valenciana universitaria no se aplica en los estudios, pierde el tiempo con la afición al teatro (actores de la época eran Vico, Novelli), acude a las tertulias de café a escuchar música de Wagner (1813-1883), que por aquella época el músico alemán era predilecto de los valencianos. Se siente liberado de la represión a que había sido sometido en sus años de bachillerato en el internado de Yecla. En su libro *Valencia* (1941), comenta que asiste a conferencias, frecuenta las librerías de viejo, también iba a los toros, aunque luego renegara de esta afición. Salas de juego, cafés como el de España⁴. Conoce a artistas como Benlliure. Además era un joven aficionado al deporte de la pelota valenciana y a la pintura. Pensamos que los padres no deberían estar muy contentos con la alergia que su hijo le tenía a los libros de texto de Derecho: eterno repetidor de asignaturas. En 1896 traslada el expediente universitario a Salamanca y desde allí a Madrid.

En Valencia habías dos ambientes, dos corrientes estéticas, es decir dos tendencias de ideas, una la de Teodoro Llorente, director de *Las Provincias*, y otra la de Vicente Blasco Ibáñez, director de *El Pueblo*. Se incorpora a la redacción de *El Mercantil Valenciano*, de Francisco Castell; no gustó uno de sus artículos y le echaron de la redacción. Colabora en la revista valenciana *Bellas Artes* entre 1894-1895. En *El Pueblo*, de Blasco Ibáñez, entre 1894 a 1896; este autor le dedicó su libro *Arroz y tartana* (según la nota de José Payá

en su artículo «Blasco Ibáñez en Azorín») con la dedicatoria «a mi querido amigo el distinguido crítico don José Martínez Ruiz, como muestra del afecto». Empieza a firmar con los ya repetidísimos pseudónimos, y «Cándido» para el folleto del Ateneo de Valencia, *La crítica literaria en España*, como búsqueda de un necesario encubrimiento o desdoblamiento de personalidad que le llevó hasta 1903, cuando tras el éxito de la novela *Antonio Azorín* (1904), aunque el personaje Antonio Azorín aparece por primera vez en *La Voluntad*. Firma con el definitivo pseudónimo de Azorín en su artículo «Somos iconoclastas», publicado en *Alma Española* el 28 de enero de 1904, un apellido común de la comarca del Vinalopó. Quizá sea interesante observar el prefijo semejante a azor, azotar, ácido, y el sufijo agudo en esa «i» tónica y aguda, casi con sonidos onomatopéyicos: *ring* o *rin*.

En alusión a las lecturas juveniles tomo el párrafo de su biógrafo Santiago Riopérez (1985, p. 36):

«Y, sobre todo, el aluvión de sus lecturas juveniles -cuyas obras podemos ver en el despacho de esta Casa-Museo-, y sus personales traducciones de anarquistas eminentes. Repasemos estos nombres: Hamon, Kropotkine, Bakunin, Faure, Nietzsche, Shopenhauer, Leopardi, Baudelaire. Califica a Larra, e iluminado por su tragedia, de maestro de la presente juventud».

La influencia de los artículos periodísticos de Mariano de Larra son harto evidentes, no ya por el encargo de selección de Azorín de *Artículos de costumbres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942 (col. Austral), sino por el estilo agresivo y directo del suicida madrileño. Un 13 de febrero de 1901 -nos lo cuenta José Ferrándiz Lozano en «Periodismo y literatura: el roce hace el cariño»-, que unos enigmáticos visitantes pronunciarán un discurso ante su tumba: Pío Baroja redactó una crónica que se imprimió en hoja suelta; José Martínez Ruiz -todavía no firmaba con su pseudónimo Azorín- incluyó la escena en su novela *La Voluntad* (1902). «Los tres hallaron su medio de vida en el periodismo».

Federalista



Lee infatigablemente lecturas de ideólogos anarquistas como a Dorado Montero⁵, con quien mantiene una correspondencia epistolar; lee también estudios sociales y jurídicos de Lombroso, y lecturas francesas de Baudelaire con *Las flores del mal* (1857), lecturas que le conducen a su concepto de anarquismo de ideas basado en Dubois; amante de la justicia y de la libertad, le llevan a escribir *Notas sociales* y *Anarquistas literarios* (1895) que firma con

su nombre y guiños hacia el federalismo, no en vano era hijo espiritual de la I República Federal, con el mandato del apático y falto de carácter primer presidente Estanislao Figueras Morante, por 244 votos, que a los cinco meses de presidencia abandonó el gobierno y marchó a Francia de incógnito. Le sucedió en la presidencia un seguidor de las ideas federalistas: el catalán Pi y Margall⁶, pontífice máximo del federalismo español provocando con su actitud el movimiento cantonalista, periodo entre el reinado de Amadeo y la restauración de Cánovas. Años después Azorín, escribe en *Crónica* de 26 de enero de 1897, «El País»: considera a Pi y Margall «padre del anarquismo español, adversario del Estado y de la Autoridad».

El federalismo es, ideológicamente, sucesor de los principios románticos de libertad, nacionalismo, ideas sociopolíticas que se venían arrastrando del llamado «Siglo de las Luces» y la revolución Francesa y el romanticismo histórico en *El Contrato Social* (1762) de Rousseau. (Ver los trabajos de Giovanni Restrepo sobre este tema). La tesis romántica de las nacionalidades se debe a la creencia de la libertad del individuo basada en su voluntad y, además, en que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes. (Voluntad del Individuo como sugerencia al título de su famosa novela *La Voluntad*).

La tesis que Carlos Seco Serrano, de la Real Academia de la Historia, nos lo confirma cuando escribe: «Desconcertante Azorín el de sus vinculaciones políticas: que parte del afectado gesto anarquista; que se identifica más tarde con Pi y Margall y con Cautelar, y luego se vincula al maurismo...», en su artículo «Mi amistad con Azorín» (*Anales Azorinianos*, n.º 5, Monóvar, 1993, pp. 269-270).

Envía una carta el 21 de septiembre de 1897 al Presidente del Comité local del Partido Republicano Federal de Monóvar, José Pérez Bernabeu, que era médico⁷, de adhesión al federalismo. Ese año, 1897, Martínez Ruiz se convierte públicamente en un infatigable luchador en pro del anarquismo de ideas, portavoz de la intelectualidad ácrata. Sus primeros trescientos artículos periodísticos combativos, *Obras Completas* (Madrid, 1947), a los que consideró, en su vejez, artículos agraces o inmaduros, de propaganda anarquista: «Desde ellos, se alcanzó una voz limpia y fuerte, hondamente preocupada por los problemas nacionales, denunciadoras de injusticia, atropellos y corruptelas...» según el ya referido artículo de Riopérez. Ideas quijotescas que se transformaron a través de los siglos en románticas ideas, ideales imposibles y utópicos, que después pasaron a un joven progresista que tomó la pluma como arma beligerante.

Se hace necesario recordar que cerca de Monóvar sucedió, años atrás, lo que se llamó «Guerra del Petróleo», promovida por la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) del 9 al 13 de julio de 1873, con el asalto y quema de la casa consistorial de Alcoy y la muerte de su alcalde Agustín Albors Blanes; el balance de víctimas fue de 15 muertos y 17 heridos. Ver *El cantonalismo en la ciudad y reino de Valencia* (Vicente Gascón Pelegrí, Imp. Mari Montañana, Valencia, 1974).

Conclusiones



La conclusión a la que llego sobre esta primera etapa adolescente de Azorín hasta el 25 de noviembre de 1896 es que viajará a Madrid instalándose en calle Barquillo: «Entré a trabajar en un diario [...] mi vida era austera y mi comer frugal», escribe en *Posdata* (1959); es impensable que un joven que deseara aspirar a empresas mayores, no se confiara a los brazos amables del conservadurismo cómodo, ajeno a la política del momento social y lucha de clases, ciego a la injusticia y a la vida propia de los sibaritas bajo la propina de los padres, y a la espera de que alguien haga algo por ti; sin embargo en José Martínez la lecturas anarquistas le conducen a un ataque feroz contra las instituciones (Estado, Ejército, Iglesia) que él considera que coartan la libertad individual de las personas. Por ello, y como un quijote, Azorín salió «por la puerta falsa de un corral», lleno de ideales hacia Madrid.

¿Fue la guerra de Cuba (1895-98), causa de su no beligerancia y anarquismo? El saneado patrimonio familiar impide su reclutamiento en el servicio militar obligatorio: tenía la edad para del alistamiento forzoso, se convierte en un soldado de cuota; posiblemente su padre debió pagar las casi 2.000 pesetas de librarse de la leva, de lo contrario le hubiéramos visto en la guerra de Cuba, vestido con el traje blanco a rayas y el sombrero de ala ancha; pero, seguramente, hoy, no estaríamos analizando a un escritor innovador y revolucionario, al último romántico del lenguaje.

Alicante, mayo 2005

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

